



Paul Groussac

# La divisa punzó

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Paul Groussac

# La divisa punzó

## PERSONAJES

MANUELA DE ROSAS Y EZCURRA.

MARÍA JOSEFA DE EZCURRA.

ROSITA FUENTES DE MAZA.

AGUSTINA ROSAS DE MANSILLA.

MERCEDES ROSAS DE RIVERA.

MERCEDES FUENTES DE ORTIZ DE ROSAS.

JUANA SOSA.

MERCEDITAS ARANA.

ÑA CARMELA, sirvienta de MAZA.

JUAN MANUEL DE ROSAS.

JAIME THOMPSON.

RAMÓN MAZA.

JOHN HENRY MANDEVILLE.

GENERAL MANUEL CORVALÁN.

JACINTO R. PEÑA.

BERNARDO VICTORICA.

JUAN NEPOMUCENO TERRERO.

CAPITÁN ÁLVAREZ MONTES.

ENRIQUE LAFUENTE.

Mr. THOMAS G. LOVE.

GENERAL LUCIO MANSILLA.

GENERAL LA MADRID.

CORONEL FRANCISCO CRESPO.

Joven PASTOR LACASA.

CORONEL VICENTE GONZÁLEZ.

TÍO BENITO.

CAPITÁN GAETÁN.

CABO CEJAS, asistente.

LUZ DE SOUZA DÍAZ.

Tte. DÍAZ, oficial de guardia en Palermo.

P. BIGUÁ, bufón de Rosas.

ABDÓN, gaucho guitarrista.

OFICIAL, del navío inglés «Acteon».

PEDRO DE ANGELIS.

OFICIALES, ORDENANZAS, SOLDADOS, etc.

#### Prefacio

Hoy 12 de septiembre de 1923, día en que me pongo a escribir unas líneas de prefacio para esta obra, cuya impresión toca a su término, veo en un cartel que se anuncia para esta noche la 90ª representación de La divisa punzó. Así las cosas, no creo que sea temerario calcular -sin auxilio de la tabla de logaritmos- que la salida a luz del drama impreso podrá coincidir, la semana próxima, con la centésima de sus representaciones consecutivas, durante los dos meses y medio contados desde el estreno (6 de julio último) por la compañía Quiroga, en el teatro Odeón, de Buenos Aires. El feliz éxito teatral no es discutible, sin que, para afirmarlo, sea necesario acudir a las exageraciones «reclamatorias» que le pregonan como «un triunfo sin precedente». Por lo demás, para mostrar que al autor no se le han subido a la cabeza los humos triunfales, y, sobre todo, para cumplir el acto de estricta justicia debida a mis [X] colaboradores, así en la preparación escénica de la obra como en su ejecución, me es grato reconocer la parte positiva que a unos y otros, respectivamente, les corresponde.

La empresa Quiroga, desde luego, es acreedora a mi agradecimiento por la acogida entusiasta -el término no es excesivo- que sus directores tributaron a la pieza a raíz de la primera lectura, dándose cuenta inmediata, con su experiencia profesional, del hondo interés que para un público argentino presenta el asunto, y, como ellos dicen, de su intensa «teatralidad». Sin pérdida de momento pusieron manos a la «obra», con toda diligencia, no ahorrando gastos ni esfuerzos en vista de la mejor preparación del drama y su más pronta realización escénica. Por cierto que, a este respecto, Buenos Aires no es París, ni siquiera ofrece los recursos «utileros» de Milán o Viena. Es tanto más meritorio haber improvisado todo el complejo aparato escénico que este drama histórico requiere -decoraciones, moblaje, indumentaria para un elenco de cuarenta personajes, los mil detalles de mise en scène que huelga mencionar, -lográndose, en pocas semanas de febril actividad, vencer las enormes dificultades inherentes a la situación- desde la escasez de buenos actores nacionales hasta la exigüidad del escenario, totalmente inadecuado a [XI] piezas de espectáculo, -para realizar, como se ha hecho, una ejecución si no perfecta, por lo menos excelente bajo muchos aspectos y en conjunto satisfactoria a juicio de los más exigentes.

Otro factor concurrente para el éxito, y por cierto de capital importancia, era el de la interpretación artística. Acabo de aludir a la escasez de verdaderos actores nacionales aquí, donde la carrera teatral ha sido, hasta hace pocos años, profesión exótica, faltando todos los elementos para implantarla seriamente, desde la educación general de los aspirantes hasta la preparatoria y técnica que se adquiere en los conservatorios de declamación. En

condiciones tales -y agregándose a ellas ciertos vestigios aún subsistentes de la antigua preocupación social adversa a esta carrera- no cabe esperar todavía la formación espontánea de un verdadero gremio histriónico, análogo al existente en las naciones europeas. Es fuerza contentarnos con que, del grupo de medianías anónimas, surja tal o cual individualidad interesante, hija de una vocación irresistible, y tanto más digna de aplauso cuanto que el medio en que regularmente actúa no es el más propio para inculcarle sanas nociones estéticas. Este prefacio no es una crónica; ni desempeño aquí funciones de crítico teatral. [XII] No me toca, pues, pasar revista a los estimables actores que han estudiado con laudable celo sus respectivos papeles -algunos bastante difíciles, en *La divisa punzó*,- desempeñándolos en general con una buena voluntad y un acierto que el público ha sabido recompensar. No dejaré, sin embargo, de destacar del grupo masculino al primer actor, don Enrique Arellano, que ha creado con autoridad el importantísimo papel de Rosas, poniendo en relieve los múltiples aspectos del complejo personaje, y acentuando tan magistralmente la histórica figura, que no había de tardar en desvanecerse la impresión desfavorable, que en el primer momento produjeron ciertas deficiencias físicas del intérprete. En cuanto al papel de Manuela Rosas, la otra protagonista del drama, sabíamos de antemano que al asumirlo la señora de Quiroga, nos presentaría una fina y encantadora silueta del hada buena de Palermo (luciendo con personal elegancia los ricos trajes de una gran *faiseuse* parisiense); pero no esperábamos que su gracia natural y risueña del primer acto se transformara, en el tercero, en un despliegue tal de patética energía que, cada noche, arranca al público entusiastas aplausos, llegando luego a su colmo la emoción general durante la tierna despedida del epílogo. [XIII]

Con el concurso de tan valiosos elementos es como *La divisa punzó* ha podido realizarse teatralmente en sus aspectos esenciales, sino en su integralidad. Pero, en suma, aquéllos son factores extrínsecos a la obra. En cambio, el factor verdaderamente intrínseco -si tiene entrada la terminología didáctica en los dominios de las Musas- es el que constituye el asunto mismo del drama. La víspera del estreno expliqué al «reporter» de un importante diario de la tarde cómo, privado de mis habituales lecturas con luz artificial por el debilitamiento de mi vista, me había sido forzoso sustituirlas con la composición mental -de literatura imaginativa, por supuesto- a guisa de sucedáneo durante mis insomnios nocturnos. Era lógico que en este devaneo me inclinara a la forma dramática, como más concreta y fácilmente recordable, para escribir al día siguiente lo inventado en la vigilia; y también que, una vez instalado en mi cerebro aquel «retablo de Maese Pedro», me atrajera, desde luego, el drama histórico argentino, como más afín a mis estudios. Así las cosas, parece hoy inevitable que, dentro del marco local, se presentara a mi alcance inmediato la época de Rosas, que conocía suficientemente por haberle dedicado un largo ensayo; y, dentro de ella, el episodio célebre de la llamada «conjuración» de Maza, [XIV] no sólo por su intensidad trágica, sino también por corresponder a un momento crítico de la dictadura. Tal sucedió, en efecto; y no de otro modo prelude a su venida al mundo literario *La divisa punzó*.

Con respecto al procedimiento observado en la preparación constructiva de la obra y a las circunstancias en que se produjo su elaboración, nada encuentro más tópico que recordar los datos y razones que formulé horas antes del estreno, y a los que la larga e inequívoca aceptación del público confiere hoy una suerte de sanción o visto bueno retrospectivo.

La primera precisión del asunto me ocurrió en Buenos Aires, a fines del año 1921. Inmediatamente me puse a trazar el escenario de la pieza, alrededor del complot de Maza como episodio central, al mismo tiempo que completaba mi documentación con la consulta de ciertos diarios de la época, cuyos extractos no figuraban en mis fichas. Sin más bagaje que el cuaderno así formado, empecé en la manera arriba indicada la escritura del texto, de primera intención, sin borrador, según tengo costumbre, dejando en blanco una mitad de la página para las enmiendas y adiciones. Así se redactó la obra entera, en su forma casi definitiva, durante el verano de 1922: el primer acto, en Carhué; el segundo [XV] -lo mismo que el cuarto o epílogo- en Buenos Aires, el tercero, en la estancia del sur de la provincia a que se refiere la dedicatoria; y no deja de ser curioso, como efecto de contraste, que este acto, el más sombrío y trágico de la pieza, se haya escrito al aire libre, en un ambiente de flores, a la sombra de las enramadas que tamizaban sobre mi mesita portátil los rayos del sol, entre el rumor de los follajes y los gritos de los niños, más alegres que los gorjeos de los pájaros... Ya tengo indicado mi modus operandi que consistía -y consiste todavía- en reproducir cada mañana en el papel la escena representada por mis fantocci nocturnos, con gestos y diálogos en el tablado ideal de mi reciente vigilia. De aquellas tinieblas sucesivas ha salido a luz el drama que hoy imprimo.

Volviendo a mi tema de los factores concurrentes al buen éxito de *La divisa punzó*, tan lejos estoy de querer disimular o aminorar la parte que en él corresponde principalmente a la feliz elección del asunto, que antes, sobreponiéndose el historiador al dramaturgo, me sentiría inclinado a exagerarla. Todos los que de cerca me tratan, me han visto y oído, siempre que se admitía la posibilidad de renovar mi experimento teatral (tan tardío que parece extemporáneo), revelar mi escepticismo, repitiendo: *Non bis in idem*. Aunque [XVI] mi segunda pieza -hipotética- resultase artísticamente superior a la primera, nunca jamás alcanzaría la suerte de aquella. Y la razón, que a veces omitía por evidente, es que no puede existir para un público argentino, un sujeto teatral que, como fuente de interés y palpitante emoción, se compare al drama histórico que pone en escena, como protagonistas, a Rosas y su hija Manuela, durante el lapso climatérico de los años 39 y 40. Comprenderá lo que aquí indico, sin necesidad de insistir, quien haya presenciado y sentido, especialmente en las primeras representaciones de *La divisa punzó*, el estremecimiento que por momentos sacudía al público entero ante la potencia evocadora de ciertas escenas, en que la honda verdad humana de la situación aparecía realzada por el intenso colorido de la realidad histórica. Y declarado todo ello con franca y sincera ingenuidad, no afectaré agregar, con una falsa modestia que fuera hipocresía, que en mi opinión la estructura y el estilo de la pieza hayan tenido una parte insignificante en el éxito... Pero lo que en esto haya de cierto, otros se han encargado de decirlo con una autoridad benévola que nunca me correspondería usar en causa propia; así que, sin una palabra más sobre este punto, paso a tocar otros menos personales de la presente producción. [XVII]

Al intitularla «drama histórico», he pretendido definirla, sin pasar, según entiendo, un punto más allá de su característica. Creo que *La divisa punzó* sea «histórica» en la proporción extrema que admite una composición teatral y cuyos límites, según ya dije, no podría exceder sin salir del dominio artístico, degenerando en simple crónica dialogada. Bien seguro estoy de haberme ceñido a la historia en esta pieza, más estrechamente que lo hicieran en cualquiera de las suyas los grandes maestros del teatro histórico, desde

Shakespeare y Lope hasta Schiller y Hugo -sin que en esta comprobación pueda haber la más lejana idea de un paralelo entre términos que no lo admiten-. El consenso universal, por otra parte, se aviene más y más a no considerar en este género teatral los datos y rasgos propiamente históricos más que como materiales accesorios, destinados a realzar, ya la verdad y vida de los caracteres, ya la pintura del ambiente local. A ese criterio me he conformado; y si he procurado adaptar a mi obra dramática los conocimientos y resultados adquiridos en mis anteriores estudios sobre Rosas y su época, es porque he creído -y sigo creyendo- que esta sólida, aunque invisible, armazón documental constituye la mejor condición y garantía de exactitud para la reconstrucción artística del pasado. Pero [XVIII] dicho está que esta exactitud no es sino relativa y no debe en ningún caso trabar la plena libertad evocadora del artista. Así, para limitarme a los dos personajes centrales, si el modelado de una figura histórica, tan acentuada y familiar a los espectadores como la del Restaurador, tenía que ser el resumen y resultado concreto de cien rasgos auténticos y significativos, dispersos en su biografía: no ocurre lo mismo con la evocación de su hija Manuela, el numen templador de la tiranía, cuya imagen ha quedado por siempre idealizada en la memoria de este pueblo. Con todo, gracias a lo vago y flou de aquella personalidad juvenil (pues hasta después de los veinte años poco se exteriorizó la acción de Manuelita en la política paterna) he podido humanizar su gracia patricia, presentándola como sujeta ella también a la fatalidad de la pasión que todo lo vence -omnia vincit amor -hasta transformar en leona airada, cual otra Doña Sol, la mansa cordera de ayer, y mostrarla, en esos minutos de orgasmo psíquico, capaz de alzarse ante el déspota paterno para defender la vida del que ama.

En esta pintura episódica de la tiranía he evitado el fácil recurso de los cuadros horribles y reducido a su minimum la presentación de personajes odiosos que hartos se conocen, aquí mismo, por referencias de Maza, [XIX] Love, Mandeville y otros testigos. Sólo aparece un instante el sayón Gaetán, instrumento brutal del crimen, repugnante para el mismo tirano que lo empleara. Era también inevitable la exhibición del traidor Martínez Fontes; pero, cediendo a consideraciones sociales que se explican por sí solas, he preferido cambiarle el nombre en la pieza, y no convertir el escenario en picota de vergüenza para algún deudo, acaso sentado entre los espectadores.

Alguna vez hice tocar las dificultades de la historia contemporánea, comparándola con esa selva pavorosa del Infierno dantesco, compuesta de troncos que salpican con sangre la mano que intenta herirlos. Mucho mayor, por cierto, aparece el impedimento, tratándose de la viva y palpitante exhibición teatral... Y no necesito disculparme por haber quitado todo viso antipático a ciertos deudos del tirano o familiares de su casa, siendo así que este aspecto se conforma con la realidad. No calumniemos la naturaleza humana, presentándola más perversa de lo que es, cuando las más de las veces es sólo débil y pusilánime. Así he mostrado al inofensivo anciano Corvalán, legendario «súfrelo todo» de Rosas, que lo hacía víctima de sus groseros atropellos, mal rescatados por minutos de benevolencia. Buen administrador militar [XX] bajo San Martín, y «generalizado» por el mismo Rosas, no fue Corvalán un carácter ni un gran guerrero, empero, por su notoria honradez (de la que tengo a la vista un curioso y auténtico comprobante, acusador de otro palaciego), ya que no por sus talentos ni hazañas, merecerá el juicio indulgente de la historia.



En el momento de ponerme a escribir el texto de *La divisa punzó*, he tenido mis hesitaciones respecto del lenguaje o estilo más adecuado para el diálogo, vacilando entre el castellano castizo y el adulterado que aquí se usa, entre la gente culta que no ignora el español correcto. Invenciblemente, al eruir, en el nocturno retablo que he descrito, a mis fantoches imaginarios, hacía les emplear (siendo ellos argentinos, se entiende) las formas y locuciones corrientes de nuestra jerga criolla. Pareciome ver en ella una indicación imperativa a la que me he sometido, no haciendo excepción sino en favor de Jaime Thompson, hijo de extranjero casi educado en Europa, a quien suele remedar Manuela en los momentos patéticos. -Consigno aquí, para los lectores o espectadores extraños, que nuestras principales desviaciones lingüísticas consisten: para la fonética, en la confusión andaluza de la *z* o *c* (ante *e* o *i*) con la *s* [XXI] así como de la *ll* con la *y*, pronunciadas en Buenos Aires como *ge* o *gi* francesas; y, para la analogía, en la conjugación viciosa de los verbos en la segunda persona del singular, debida a la substitución pecaminosa de *tú* por *vos*; de ahí las formas híbridas: *querés*, *poné*, *vení*, etc., que son simples arcaísmos, encontrándose en los primeros siglos del idioma, especialmente en el lenguaje rústico. Otras locuciones (*recién*, *no más*, etc.), merecerían una discusión aparte, aun después del estudio que les han dedicado lexicólogos tan avisados como Maspero, Menéndez Pidal, Cuervo, Joret y otros. A pesar de lo dicho, en momentos de imprimir este drama, y para no aparecer pagando también mi tributo a este trasnochado «criollismo», tuve intención de presentar a los lectores del exterior un texto expurgado: cuando reparé en ello, era ya tarde, hallándose muy adelantada la impresión y distribuido el tipo de los primeros pliegos. Queda, pues, el texto conforme a la representación, aunque restablecidos los pasajes que hube de suprimir para someterme a las exigencias «procustianas» del tiempo máximo que impone nuestro público.

No cerraré este prefacio sin expresar mi agradecimiento por la benévola acogida que mi obra ha recibido del público, no menos [XXII] que de la crítica teatral, así argentina como extranjera. Me es doblemente grato haber dado ocasión a que salieran a luz varios artículos tan notables por su elevación de pensamiento y doctrina como por su belleza de estilo, permitiéndome decir que tales manifestaciones de alta cultura literaria honran más aún a sus autores que al favorecido por ellas. Y por cierto que no dejaré de mencionar aparte -last not least- la preciosa ayuda que me ha prestado, en este noviciado dramático, mi talentoso amigo don Joaquín de Vedía, quien desde su primera lectura de *La divisa punzó*, puso espontánea e incansablemente al servicio de la mejor adaptación teatral de la obra, el inapreciable concurso de su experiencia y habilidad escénica.

P. G.

Buenos Aires, 13 de septiembre de 1923. [1]

Acto I

En casa de RAMÓN MAZA. -Una salita sencilla pero decentemente puesta, a la moda de la época, con ciertos detalles de elegancia en el mobiliario de recién casados. Alfombra; sofá y sillones de caoba forrados de crin; sillas doradas de esterilla; una mesa central y otras de arrimo (volantes); floreros con flores; un espejo de pared sobre una repisa; lámparas, rinconeras con chucherías. Puerta en el fondo que da al zaguán, frente a otra puerta simétrica que conduce al escritorio de Ramón Maza. Puerta a la izquierda (todas las indicaciones corresponden a la derecha o izquierda del espectador) que da a las habitaciones interiores. A la derecha, dos ventanas de reja volada mirando al este. -La casa está situada en la calle de Las Piedras (acera oeste), entre las del Restaurador (MORENO) y la de BELGRANO. Cuando se abre la ventana penetran los rumores callejeros.

Escena I

ÑA CARMELA, luego el TÍO BENITO; después CEJAS.

(ÑA CARMELA es una mulatilla avispada y muy emperifollada; vestido de percal; grandes aros de cobre dorado, collar de cuentas coloradas; moño punzó en la cabeza; sacude los muebles, flojamente, atenta al tráfico de fuera. Habla a lo criollo usual, como nacida en el país). [2]

CARMELA.- ¡Ya las doce y nada todavía del tío Benito y sus pasteles!... (Abre la ventana y entra una ráfaga de gritos callejeros; «¡Aceituna, una!... ¡Ricos tamales federales!... ¡Alfajores!... ¡Pastelitos calientes!...» Al oír este grito, CARMELA corre a la

ventana, donde asoma por la reja la cabeza del negro BENITO.) ¡Al fin apareció, tío Benito!...

BENITO.- (Con su risa ancha que muestra la blanca dentadura, sobre el cutis de hollín.) Aquí estoy, pela fina; siempre listo pala selvir a las buenas mozas. (El TÍO BENITO habla a lo africano de comparsa carnavalesca.)

CARMELA.- Entre, tío Benito, no hay nadie en casa...

(Entra el TÍO BENITO, con su bandeja de pastelitos. Viste chaquetón de bayeta oscura con enorme divisa; chiripá punzó y calzoncillos blancos de fleco; calza ojotas y lleva encasquetado, sobre las motas de astracán, un sombrero de paja con ancho cintillo rojo.)

Todos están fuera: la señora doña Rosita en misa: ¡en San Juan y día del santo, hay [3] para rato!... El comandante ha ido a la quinta del señor don Manuel Vicente; hasta el asistente Cejas salió de mañana para Flores, pero no tardará en volver.

BENITO.- Plimelo que todo, el negocio. ¿Cuántas me toma hoy? Y mile que son de lechupete...

CARMELA.- Le tomaré una docena. Tenemos un convidado a comer. Un joven Tonson, o cosa así, pariente de doña Rosita, recién llegado de Uropa.

BENITO.- Güeno, pues, le elijo los mejores.

(CARMELA recibe los pasteles en un plato y le da el dinero.)

Y ahora (Va a cerrar la ventana.), ¿qué tenemos de nuevo en casa? Cuénteme ligelo, no sea que nos solplendan...

CARMELA.- Anoche, nueva reunión aquí: los cinco de siempre con don Ramón: don Jacinto Rodríguez Peña, don Enrique Lafuente, don Carlos Tejedor y don Avelino Balcarce. Pero el amo tuvo que dejarlos luego, por un mensaje del señor don Manuel Vicente, desde [4] su quinta de la plaza Lorea. Sólo faltaba en la reunión aquel otro nuevo, vestido de oficial, de noches pasadas, que le dicen el paraguayo Álvarez Montes...

BENITO.- ¿Oía bien?

CARMELA.- No del todo; conversaban a puertas cerradas y no muy fuerte. Pero luego se acalararon, y como uno de ellos me golpeara las manos pidiendo un vaso de agua, entré por este cuarto oscuro (Enseña la puerta de la izquierda.), teniendo cuidado, al retirarme de dejar abierta una «hendija» para oír mejor...

BENITO.- ¿Y qué sacó en limpio?

CARMELA.- No puedo explicarlo bien por no haber oído el principio. Se trata de dar un golpe esta tarde. No sé qué golpe será... pero han de entenderlo en la «sección». Lo que sí he pescado, es que esta noche sale el patrón para el sud, dijo que a sublevar una fuerza... [5]

BENITO.- Güeno es eso. Aunque no sea mucho lo que ha pillado esta vez, segulo que el comisalio ha de sacal lo que senifica. Y esta talde puede pasal pol la sección a lecibil la paga semanal.

CARMELA.- ¿Cómo cuánto se le hace que será esta vez, tío Benito?

BENITO.- ¿Quién sabe? ¡Cuitiño es tan agalao! Pero no menos de cincuenta...

CARMELA.- ¿Nada más? ¡Ay! que el platero de Buen Orden me pide doscientos y tantos pesos por unas caravanas de oro que tiene en la vidriera y me sacan los ojos...

BENITO.- Hijita, todo se andalá juntando de a poco en una alcancía, como hago yo... Pero, estas muchachas, ¡todo es pala pelifollo!... (En esto aparece el asistente CEJAS en el zaguán; se detiene unos segundos para escuchar, pero TÍO BENITO, que lo ha visto, muda la conversación, después de una guiñada a CARMELA.) [6] (En voz alta.) Así, pues, ña Calmela; no faltal esta noche al baile de San Juan en la Conceción, donde estalá la flol y nata de las naciones; aunque pol su luto dicen que este año doña Manuela no podlá asistil...

(CARMELA se acerca al zaguán y vuelve.)

CARMELA.- Es el asistente que ha entrado al escritorio del amo; esa mala sarna que nos viene espiando y no nos puede pasar. Pero no hay cuidado, no ha oído nada.

BENITO.- (A media voz.) Si algo nuevo solplende, avisal a la comisalía, ¡Y hasta mañana!

CEJAS.- (Entra teniendo en las manos unas espuelas que está bruñendo. Vestuario de cuartel con el galón de cabo.) ¡Otra vez aquí! (A TÍO BENITO.) Ya le tengo dicho, de orden del comandante, que no pise del umbral adentro. ¡Vamos ligero, a la calle con su canasta! Y vos, ¡a la cocina!

(Salen por la puerta del zaguán; mientras el TÍO BENITO toma la calle, CARMELA se dirige al interior, refunfuñando.) [7]

CARMELA.- Tampoco es cosa de tratar como perros a los pobres negros...

CEJAS.- ¡Bueno sería que algunos negros aprendiesen del perro a ser fieles a sus amos! (Divisando un oficio puesto sobre la mesa.) Oiga, Carmela, ¿a qué hora han traído este oficio?

CARMELA.- (Vuelve malhumorada.) ¡No sé! Hará una hora. (Sale golpeando la puerta.)

CEJAS.- (Riéndose.) A la conguita, yo sé dónde le aprieta la chancleta... Pero es de balde hijita: nunca me dio por el candombe... (Contempla las espuelas de su jefe y sigue lustrándolas.) ¡Ya relumbran como nuevas! ¡Si sospecharan estas espuelitas qué bonito galope van a dar!... (Continúa su operación, tarareando en falsete, a lo gaucho.):

Cuando te estoy mirando

niña, las piernas,

se me ponen los ojos

como linternas (Bis.), [8]

## Escena II

RAMÓN MAZA, CEJAS.

MAZA.- (Aparece en la puerta; viste uniforme de diario. Cejas se cuadra.) ¿Ya estás de vuelta? ¿Hicistes todo como te lo mandé?

CEJAS.- Todo, mi comandante. Está avisado el caballero Otero, de Montserrat: su bayo estará ensillado desde la oración. [En la quinta de Flores, tendrán en el corral, además del congo, un parejero más y otros dos para mí.] Podremos emprender marcha al minuto.

MAZA.- Bien. No necesito repetirme, Cejas, que nada debes chistar sobre estos preparativos, pues una palabra de más podría perdernos...

CEJAS.- No necesita repetírmelo, mi comandante. Pero debo avisarle que desconfío de la cocinera [9] Carmela, a quien varias veces he sorprendido en secreteos con el moreno pastelero, espía conocido de la sección.

MAZA.- No me extraña la noticia: hace días que sospecho este espionaje doméstico. Pero no es momento de remediarlo: mejor será cuidarnos de ellos sin alerta. No atropelles, pues, a esa gente que nos cree dormidos.

CEJAS.- Así haré, mi comandante. ¡Ah! trajeron hace un rato este oficio del gobierno. (Le entrega un sobre lacrado de negro.)

MAZA.- (Después de leer la nota de pocas líneas y reflexionar unos segundos.) Oí: te vas a casa de don Jacinto Rodríguez Peña, y le decís que necesito hablar con él urgentemente; que aquí lo espero.

CEJAS.- (Sale y vuelve desde el zaguán.) Casualmente está entrando don Jacinto... [10]

MAZA.- (A CEJAS.) Mejor: dejanos solos, y velá porque no entren a interrumpirnos... no siendo don Jaime Thompson, que come con nosotros...

### Escena III

MAZA, JACINTO PEÑA, se dan la mano.

MAZA.- Bien venido, Jacinto. Estaba mandando a Cejas por usted, y supongo que lo trae algo relacionado con mi propio llamado; pues en este día decisivo sólo un asunto puede preocuparnos.

PEÑA.- Me trae en efecto, el deseo de que no ignore ninguna novedad relativa al complot. Esta mañana me buscó el amigo Enrique Lafuente, cuyo concurso nos es tan precioso por estar adscrito a la secretaría de Rosas. Como no me hallara, me dejó en casa unas líneas, comunicándome que, a pesar de ser hoy día de fiesta, concurriría a Palermo para terminar una copia urgente. Con esto ha querido avisarnos que no faltará allá... [11]

MAZA.- Perfectamente. He aquí ahora el motivo de mi consulta. En mi ausencia, hace una hora, me llegó esta nota (La lee.): «De orden de Su Excelencia el señor Gobernador, ruego a usted quiera concurrir a la quinta de Palermo esta misma tarde... MANUEL CORVALÁN.» ¿Qué piensa usted que debo hacer? ¿Acudir a la cita, o desoírla, a riesgo de precipitar el estallido?...

PEÑA.- (Después de unos segundos de reflexión.) Ante todo, recapitulemos juntos las condiciones de nuestra empresa. En ella, no sólo juega usted la vida, como todos nosotros, y por cierto que ha de apreciarla indeciblemente en plena luna de miel;

(MAZA, involuntariamente, cierra los ojos.)

sino que mira comprometida la de un padre venerado, a quien ya vienen apuntando los sicarios del tirano...

MAZA.- Tiene usted razón, Jacinto. Con todo, y aunque hoy aparezco como el motor del golpe que se intentará esta tarde, le consta que no he sido sino un adherente tardío... [12]

PEÑA.- Bien, pues. Como tuvo usted que dejarnos anoche en plena conferencia para acudir al llamado de su padre, le resumiré en pocas palabras lo acordado en su ausencia. Sabe usted que con la comisión argentina de Montevideo está convenido que esta tarde, a las 4, se desprenderá de la corbeta bloqueadora Ariadne un bote tripulado por seis marineros franceses y que trae otros tantos amigos nuestros, siendo materia entendida que los extranjeros no tomarán parte en el ataque. A las 5 en punto, el bote atracará en el ancón próximo al conocido sesteadero de Rosas. Ahora bien: si debe o no efectuarse la intentona, nos lo avisará una señal de fuego que queda a cargo del amigo Lafuente, como empleado del tirano y familiar de la casa...

MAZA.- Ahora me explico su aviso de esta mañana.

PEÑA.- La señal consistirá en cohetes voladores disparados desde la torre de la ermita de San Benito: uno solo, si conviene el desembarco; [13] dos, si es inútil o peligroso. Logrado el golpe y asegurada la persona del dictador, éste será entregado, sin atentar a su vida, al comandante de dicha nave francesa, que lo transportará a lugar seguro mientras se desarrollen los sucesos políticos y militares... Aquí entra usted en escena, mi querido Ramón, con arreglo al plan de campaña elaborado en Montevideo.

MAZA.- Nunca fui partidario del atentado personal como medio de reforma política. Sin embargo, dados los visos plausibles de la tentativa de Palermo, no cabe desconocer que su éxito favorable acarrearía, sin efusión de sangre, una solución inmediata del problema político.

PEÑA.- No es dudoso. [Aprehendido Rosas, recaería naturalmente en su padre de usted, como presidente de la Junta, el gobierno provisional para convocar a elecciones de verdad. Y entonces, después de diez años de pruebas y sacrificios, quizá una designación feliz abriría a la República la era de reparación a que es acreedora por su largo sufrimiento, ya que no por su prudencia...] [14]



MAZA.- Dios lo oiga, amigo. Entre tanto, vuelvo al objeto de mi consulta y deseo oír su parecer...

PEÑA.- A ello voy... Lafuente está persuadido de que Rosas tiene conocimiento de nuestro complot. Habrá sido puesto sobre aviso por alguna vaga revelación de la policía, precisada, acaso ayer, por la delegación de alguien próximo a nosotros. ¿Quién puede ser el delator?

(MAZA le mira fijamente.)

Leo en su mirada el nombre que tengo en la punta de la lengua. Es el de Álvarez Montes, que asistió a uno de nuestros conciliábulos, traído por el atolondrado de Avelino Balcarce.

MAZA.- Yo desaprobé la ligereza de Balcarce al introducir entre nosotros al tal Álvarez Montes, que se estrenó pidiéndonos cinco mil pesos como gaje de su concurso...

PEÑA.- [Estaba usted probablemente en lo cierto; el soldado leal vende al traidor. Feliz, mente, no asistió sino a esa reunión, en la [15] que, según lo establecido, todos llevábamos careta, llamándonos por nombres convencionales. Ha sido también otro rasgo de prudencia no citar a Álvarez Montes para nuestra conferencia de anoche, donde tomamos las últimas disposiciones.] De ahí el que Rosas pueda estar enterado del complot, aunque no de sus datos más esenciales, como ser la fecha exacta de la ejecución y los nombres de los ejecutores. Al natural afán de arrancárselos ha de responder este llamado urgente, siendo así que podía verlo mañana en la casa de gobierno.

MAZA.- ¿Cómo piensa usted que, conociéndome, pueda Rosas incurrir en tal torpeza?

PEÑA.- No dude usted que su antigua perspicacia para conocer a los hombres se ha venido embotando por el trato diario con serviles y cobardes. En todo caso, creo que el hecho de citarlo en este día de fiesta a su quinta de Palermo, llena de parentela y visitas, aleja toda idea de propósito violento. [Así, pues, para otro que no fuera Ramón Maza, no habría riesgo inminente en la entrevista, bastando [16] que el interrogado considerase de buena guerra contestar con disimulo a quien pregunta con perfidia.] Pero, entre el déspota que domina por el terror y el soldado que no conoce el miedo, miro el choque tan inevitable, como fatales para usted sus consecuencias... Sin desconocer, pues, qué factor importante podría significar su presencia en Palermo, en el momento crítico, contemplo tan desastrosa la eventualidad de su prisión, vale decir de su ausencia en el sud el día del levantamiento general, que lejos de aconsejarle ese paso, estaría, al contrario, porque anticipara esta tarde su marcha a Tapalqué...

MAZA.- Esto, no; me es indispensable conocer primero el resultado de la intentona. De su éxito dependerá mi actitud allá con el coronel Granada que, como usted sabe, me ha reemplazado en el mando de la división. Además... (Su frente se nubla.), tengo que hacer mis últimos arreglos con Rosita, para los días que dure mi ausencia...

PEÑA.- (Moviendo tristemente la cabeza.) ¡Pobre Rosita!... [No quisiera, amigo, agravar su angustia ni debilitar su energía, que en esta hora solemne le hace falta toda [17] entera... Pero, Ramón, (Después de vacilar un momento.) ¿cómo ha podido usted casarse, asumir tal responsabilidad casi la víspera de precipitarse la tragedia en que tenía designado tan tremendo papel?... Perdóneme si toco con dedo indiscreto su herida íntima...]

MAZA.- (Sombrío.) [Le explicaré, sin justificarla, esta conducta mía que, en efecto, mirada desde afuera, mucho se asemeja a una mala acción. Bien sabe usted cómo, a fines del año pasado, me encontré de golpe relevado de mi mando en la frontera del sud. Ante suceso tan imprevisto, que entorpecía mi carrera, cumplí un deber de lealtad exponiendo el caso a mi novia Rosita. No sólo no logré conmover sus sentimientos, sino que apenas quiso esperar a que se formalizara un establecimiento de campo que tengo emprendido. Cedí al impulso del corazón, que no calcula. Nos casamos hace tres semanas: a los pocos días vino a despertarme del embriagado sueño la cruel campanada de la realidad, recordándome que otro compromiso solemne, el militar y el patriota tenía contraído...] ¡Por suerte, Rosita sólo se da cuenta muy vaga del riesgo que corre su frágil felicidad! ¡Para ella, mi proyectado viaje de esta noche es a esos [18] campos que estoy poblando en el sud... ¡Ahora, amigo, puede usted medir cuánta debilidad interna se oculta a veces debajo de un exterior viril!...

PEÑA.- (Apretándole la mano.) Es usted un héroe... (Aparte.) ¡Pobre Rosita!...

MAZA.- Así y todo, debo agregar que de otra parte, es de donde me llegan a lo íntimo del corazón las heridas más punzantes que lo hacen sangrar.

PEÑA.- Ya entiendo: la situación de su padre...

MAZA.- (Señal afirmativa.) Por el solo hecho de habersele interceptado unas cartas de Montevideo, en que mi cuñado Valentín Alsina le pintaba sus anhelos de unitario emigrado, mi padre se ve perseguido como afiliado a una conjuración de cuyos propósitos y medios nada sabe, ¿oye usted? nada absolutamente. Anoche, una partida de la Sociedad popular se juntó en la plaza Lorea para asaltar su quinta: intentó romper a pedradas las puertas y ventanas, [19] profiriendo gritos de muerte que son el anuncio certero del crimen en incubación. ¿Se da usted cuenta de mi suprema angustia? A mi padre, hace tres días que se le ofrece trasladarlo a Montevideo; él se resiste, temiendo comprometerme; del propio modo que no quisiera yo lanzarme a la revolución hasta saber que no puede descargarse en él la venganza del tirano.

PEÑA.- Sí, Ramón: tiempos de hierro son los que oprimen nuestra generación; y acaso será el mayor crimen de Rosas ante la historia el haber perturbado las conciencias, sembrando la discordia en los hogares...

MAZA.- ¿Qué mayor ejemplo de tales conflictos, que el de mi propia casa? Rosita, mi mujer, tiene hoy el mismo estrecho parentesco con el unitario Alsina y con el hijo del tirano; ¡sobre ser, más que amiga, hermana de Manuelita Rosas!...

PEÑA.- Sí, en efecto; el caso es característico... ¿Y por supuesto que nada hay que recelar de este trato familiar?... [20]

MAZA.- ¿Con Manuelita? Si es un dechado de nobleza y lealtad: un argumento vivo contra la supuesta fatalidad de las herencias paternas, pues ésta a ninguno de los suyos se parece... ¿Qué más le diré? Manuela podría estar aquí presente y oírnos atacar al Restaurador, sin que, a pesar de sufrir intensamente en su amor filial, le ocurriera el pensamiento de delatarnos...

PEÑA.- Enhorabuena. Y, finalmente, después de tanto deliberar, ¿quedamos en que usted...?

(Abre la puerta del foro el asistente CEJAS, que se retira después de anunciar.)

CEJAS.- El señor don Jaime Thompson...

MAZA.- Que entre. (Se adelanta a recibirlo.)

Escena IV

Dichos, THOMPSON.

(Éste viene en traje de calle, moda inglesa; en el lado izquierdo de la solapa trae una cinta punzó que puede pasar por divisa federal.) [21]

MAZA.- Adelante, Jaime. Te encuentras con un amigo.

(Apretones de manos.)

THOMPSON.- (Mira el reloj de pared.) Creo, Ramón, que me he adelantado un poco a la hora del almuerzo...

MAZA.- Estás aquí en tu casa. Rosita ha ido a la misa de once en San Juan, pero no ha de tardar... ¿Quieres sentarte? Nosotros quedamos en pie por comodidad.

THOMPSON.- Gracias, no quiero interrumpirlos. Y ya que dispongo de algunos instantes libres, los aprovecharé, si me permites, pasando a tu escritorio para formular una solicitud de pasaporte al señor jefe de policía...

PEÑA.- ¿Cómo así? Llegado de Europa hace ocho días, ¿pensaría ya en regresar?

THOMPSON.- Nada de eso. Se trata de un pasaporte para Chilecito, donde tengo que realizar algunos [22] estudios mineros; pues sabrán ustedes -o no sabrán- que les está hablando todo un ingeniero de minas.

PEÑA.- Pues, yo lo creía a usted dedicado exclusivamente a la carrera diplomática... Y a propósito de diplomacia (Enseñando con una sonrisa la cinta roja de THOMPSON.) sin que esto importe la más leve intención de crítica, veo que no ha tardado usted en adaptarse a nuestros hábitos...

THOMPSON.- (Con buen humor.) ¿Mi cinta punzó? Diplomacia pura, en efecto. Lo que usted y muchos otros toman por una divisa federal, muy parecida a la que sin duda guardan en el bolsillo, es sencillamente la insignia de la orden belga de Leopoldo, otorgada a este pichón de diplomático argentino por la hazaña, verdaderamente diplomática, de haber asistido a la conclusión de un tratado comercial. Volviendo a mi carrera, es cierto que, hasta hace algunos meses, he estado desempeñando las poco recargadas funciones de segundo

secretario -ad honorem- de nuestra legación en Londres. Allí, gracias a la benevolencia del ministro [23] don Manuel Moreno, amigo de mi padre, pude dedicarme, durante años, en King's College, a los estudios científicos de mi afición hasta recibir el año pasado el diploma de ingeniero de minas.

PEÑA.- ¿No será precisamente en su país donde espera ejercitar la profesión?

THOMPSON.- Pues no crea usted. Por lo pronto, un grupo de capitalistas ingleses ha resuelto resucitar la difunta sociedad rivadaviana de «Los minerables de Famatina». De ahí el que, siempre por recomendación del ministro Moreno, se me propusiera, en condiciones muy ventajosas, una misión de estudio de esas minas. Heme aquí, pues, en vísperas de dejar sin gran sentimiento este tétrico Buenos Aires y partir para Chilecito a desempeñar mi cometido... Y con esto los dejo a ustedes entregados a su politiquería y discúlpenme que los haya interrumpido, hablándoles de lo que sólo a mí puede interesar...

MAZA.- Pero, Jaime, creo interpretar el parecer de Jacinto, diciéndote que no estás de más en [24] nuestra conversación...

(PEÑA hace una señal de asentimiento.)

THOMPSON.- (Dirigiéndose a PEÑA.) Gracias, amigos míos, por su confianza; pero permítanme no aceptarla. [No es un misterio para mí que está urdiéndose una conspiración cuyos lineamientos, si bien conjeturales, andan en boca de la gente. No debo saber más.] Y permítanme agregar, correspondiendo a su honrosa demostración, que tal vez se hayan mostrado algo ligeros con ciertas adhesiones recientes... Conque ¡hasta ahora!... No estaré más que algunos minutos, y supongo que todavía encontraré aquí a mi amigo Peña... (Sale por la puerta del fondo.)

Escena V

MAZA, PEÑA.

PEÑA.- ¡Qué simpático sujeto!

MAZA.- Sí, y algo más, según sus directores ingleses que colocan en el mismo nivel superior la personalidad moral de Thompson, y su talento... ¡Qué signo de los tiempos, jacinto, el que nosotros, sus amigos, estemos en el [25] caso de deplorar su vuelta al país, y hacer votos por su pronto regreso al extranjero! Y dígame: ¿supongo que a usted, lo mismo que a mí, no se le habrá escapado la alusión contenida en su última frase? (Con ira reconcentrada.) ¡Si ello fuera cierto, y que por obra de un traidor se sacrificaran en vano nuestros amigos y corriera peligro la vida de Enrique Lafuente, voto a Dios que el miserable no había de llevar al infierno el castigo de su traición!

PEÑA.- Esperemos que eso no sucederá. Entre tanto (Mirando el reloj.) ya van a dar las doce: creo que por ahora nada más tenemos que decirnos. Y si está usted decidido a esperar aquí hasta la noche...

MAZA.- No estoy decidido, y las últimas palabras de Thompson aumentan mi perplejidad... (Se interrumpe para escuchar. Hace un momento que viene llegando desde la calle un rumor de tropel de gente y de tambor que bate marcha. Se acerca gradualmente. Ya se perciben gritos de ¡viva! y ¡muera! lanzados por una voz sola y repetidos por la muchedumbre callejera. Ha abierto la ventana y mira por la reja volada.) ¿Qué algarada será esa? [26]

UNA VOZ.- ¡Viva el ilustre Restaurador de las leyes, brigadier don Juan Manuel de Rosas!...

EL PUEBLO.- ¡Vivaaa!

OTRA VOZ.- ¡Viva su digna hija, doña Manuelita de Rosas y Ezcurra!

EL PUEBLO.- ¡Vivaaa!

PEÑA.- (Que se ha acercado y mira también.) Es una manifestación de la distinguida Sociedad popular que sale de San Juan, amadrinada por el benemérito comisario Laguna, ¡Gracias a Dios que, sin llegar hasta aquí dobla por la esquina del Restaurador!... Según parece, ha venido escoltando el coche de Manuela Rosas, que sin duda salía de misa...

OTRA VOZ.- ¡Muera el pícaro viejo Maza, renegado de la Santa Federación!...

EL PUEBLO.- ¡Mueraaa! [27]

MAZA.- (Haciendo un gesto violento hacia la calle.) Ganas me dan de dispersar a cintarazos a esa canalla...

LA VOZ DEL COMISARIO LAGUNA.- Amigos y compañeros federales: me manifiesta la señorita Manuela que prefiere no oír hoy sino vivas patrióticos. ¡Viva, pues, la Santa Federación!

EL PUEBLO.- ¡Vivaaa!

(Poco a poco se va debilitando el rumor, y el tropel se aleja; pero antes de extinguirse, se perciben los mismos gritos de antes, que se repiten: ¡Muera el viejo pícaro Maza!...)

PEÑA.- (Desde la ventana.) El coche se detiene aquí... ¡Toma! si trae también a Rosita con Manuela y la inseparable María Josefa, que se reconoce a la cuadra por su monumental moño punzó... (Se retiran cerrando la ventana.)

MAZA.- Esa indecente saturnal me ha decidido. Iré a Palermo esta tarde para intentar, a cualquier riesgo, arrancar a mi pobre padre de los colmillos de esa jauría... [28]

PEÑA.- A fe que, pensándolo bien, puede que sea lo más acertado... Si es que no sugiere otra cosa esta visita de Manuela con su amable tía... Y a propósito, ¿no convendría prevenir a Thompson de la visita, por si prefería no entrar en relación con la augusta familia restauradora?

MAZA.- ¡Pero si Manuela y Jaime son amigos de infancia!

Escena VI

Dichos; MANUELA, ROSITA, MARÍA JOSEFA y luego THOMPSON.

(Las señoras visten de negro; MANUELA y MARÍA JOSEFA, de luto, con manto; ROSITA, de mantilla: todas con el moño federal, que ROSITA se quita al entrar. Tras ellas, se ve pasar para adentro al negrito portador de la alfombra de ROSITA.)

MARÍA JOSEFA.- Unos minutos no más: entrada por salida. ¡Qué hermosa manifestación! ¡Ojalá pudieran presenciarla los salvajes de Montevideo que niegan la popularidad del Restaurador! (Saludos, apretones de manos.) [29]

MANUELA.- (Muy afable, a RAMÓN.) ¡Dichosos los ojos! Y también a usted, Peña, tan perdido...

(Éste saluda con una fría inclinación.)

MAZA.- Eso dirán los míos... Pero lo que es hoy, creo que tendrá usted ocasión de saciarse. Pienso ir a Palermo después de comer, correspondiendo a una invitación del gobernador.

MANUELA.- ¡Cuánto me alegro! ¿No es cierto, María Josefa, que es buena noticia para todos?

MARÍA JOSEFA.- Seguramente... (Entre dientes.) Según y conforme...

MANUELA.- ¿Y por supuesto, con Rosita?... Allá estará también su hermana Mercedes, aunque Juan quedó en el Salado.

MAZA.- (A ROSITA.) ¿Qué te parece? [30]

ROSITA.- (Alegre.) ¡De mil amores!... La tarde va a estar espléndida con este tibio sol de junio. Iremos y volveremos a caballo, sin darnos prisa...



MANUELA.- ¿Por qué no se vienen a comer con nosotros? El coche es de cuatro asientos. Y ya saben que tatita no come hasta las dos...

MAZA.- Muchas gracias, pero hoy me es imposible: tenemos un convidado...

ROSITA.- [Y es un viejo amigo tuyo: tu antiguo compañero de juegos y paseos en la estancia del Pino.]

MANUELA.- (Procurando disimular su emoción.) Jaime Thompson, ¿verdad? Qué gusto tendré en verlo. Supe que había vuelto de Europa hace unas semanas, y extrañamos no recibir su visita, ni en casa ni en Palermo...

MARÍA JOSEFA.- De veras que ha tenido tiempo sobrado; y más siendo hasta ayer empleado del gobierno...[31] Pero, ya se ve: se nos vendrá hecho un inguilis mánguilis...

MANUELA.- (Sin parar atención en la charla de su tía.) ¿Y dónde está el viajero?

MAZA.- (Dirigiéndose al fondo.) Estaba escribiendo unas líneas... un pedido de pasaporte. Voy a ver si ha terminado. (Al salir al zaguán, da con THOMPSON, que estaba por entrar.)

THOMPSON.- (Aparece con un pliego cerrado, que luego dejará sobre la mesa.) Ya está mi nota al señor Victorica... Y no me ha costado poco redactarla en medio de esa infernal batahola. ¿Qué era eso, una revolución? (MAZA le hace señas de callar mientras entran al proscenio.) ¡Oh, Manuela! ¡cuánto celebro el feliz encuentro! (Le da la mano y después a MARÍA JOSEFA.) Y lo mismo le digo a usted, doña María Josefa.

MARÍA JOSEFA.- (Agridulce, mirándolo.) Y vos siempre buen mozo, aunque tan agringado como te me habían pintado... [32]

THOMPSON.- En cambio, usted nada ha variado en cinco años. Y la supongo tan poco cambiada en lo moral como en lo físico. Mis felicitaciones...

MARÍA JOSEFA.- Me encontrarás como me conocistes: pan, pan, vino, vino...

MAZA.- (Entre dientes.) Y vinagre, vinagre.

PEÑA.- (Se acerca a despedirse.) Estaba saliendo cuando ustedes entraron... Señoras... (Da la mano.)

MAZA.- Te acompañaré para que me des esos papeles... (A MANUELA.) Son dos cuadras; vuelvo al momento... (A ROSITA, que ha ido con él hasta la puerta del zaguán, enseñando a MANUELA y THOMPSON que están cambiando algunas palabras a media voz, y a quienes visiblemente estorba la presencia de la tía.) Procura quitar de en medio al mamarracho: estos chicos se desviven por cantar a solas su duettino... [33]

ROSITA.- (Riéndose.) Descuidá: me encargo de eso. (Salen RAMÓN y JACINTO, y ROSITA vuelve al proscenio.) Necesito pedirte un favor, María Josefa. Tengo preparado un fiambre, y para no quedar mal con este convidado de tono, quisiera que me enseñaras aquella salsa fría que tanto nos gustó en tu casa. Ya me distes la receta, pero no me animo si no me la muestras otra vez...

MARÍA JOSEFA.- (Halagada.) Hija, con mucho gusto. Vamos allá, vamos allá. (Deja sobre la mesa tapado, mantilla, abanico, mitones, rosario, etc., mientras sigue hablando:) ¿Me permitirán dejarlos solos un momento?

THOMPSON Y MANUELA.- (A dúo.) Sí, sí.

MARÍA JOSEFA.- (A ROSITA, al marcharse juntas.) ¿Tienes en la cocina todo lo necesario: grasa de chanco, hongos, zanahoria, cebolla, puerros, perejil...? Vamos ligero que es tarde. ¡Ah! me olvidaba de lo mejor: un vaso de vino blanco... de los nuestros, con preferencia de Mendoza o La Rioja... Pero (volviéndose desde la puerta a los jóvenes, con algo de [34] sorna.) ¿no se resentirán si los dejamos solos unos minutos?

THOMPSON Y MANUELA.- (Juntos, mientras ROSITA se ríe sin disimulo.) ¡No, no!

(Salen MARÍA JOSEFA y ROSITA.)

Escena VII

THOMPSON, MANUELITA ROSAS.

THOMPSON.- ¡Qué criatura tan simpática... (Aparte, refiriéndose a ROSITA que ha salido con la tía MARÍA JOSEFA.) sobre todo cuando se lleva a la otra! ¡Es tan graciosa, que resulta hasta bonita!

MANUELA.- (Sonriéndose.) ¿A quién se refiere usted?

THOMPSON.- (Irónicamente.) ¿No le parece que ha de ser a María Josefa?

MANUELA.- (Con reproche bondadoso.) ¡Pobre María Josefa! Sería crueldad poco digna de usted perseguir a una infeliz vieja en quien penetran las burlas como los alfileres en un acerico, Pronto se convencerá, Jaime, [35] de que esos rasgos ridículos son todos de superficie y no afectan el fondo, que es excelente. Es una penca espinosa llena de agua fresca en su cogollo. ¡Si supiera usted cuánto la prefiero a otras tías más vistosas!... A usted, que ha de ser siempre tan generoso como lo conocí, le bastará, para que todo le perdone, desde sus tropezones de lenguaje hasta su exaltado federalismo de pacotilla, saber que me quiere más que a nadie y a nada en el mundo...

THOMPSON.- (Con acento sincero.) ¡Que sea éste su mérito mayor y le valga en adelante para merecer mi profunda simpatía! Pero, volviendo a Rosita Fuentes, ¿no es cierto que es una alma exquisita?

MANUELA.- Encantadora y digna seguramente de la dicha más completa... y que quizá la suerte no le depare...

THOMPSON.- ¿Qué quiere usted decir? ¿Acaso Ramón Maza no posee todas las prendas de un caballero y de un excelente esposo? ¿No la quiere entrañablemente? [36]

MANUELA.- Ramón la quiere y la merece; pero le sospecho embarcado en una aventura terrible, y que tal vez cueste a la pobre Rosita más lágrimas que si fuera Ramón malo o desamorado.

(Después de un silencio, THOMPSON muda la conversación.)

THOMPSON.- Somos algo parientes, y nos vemos a menudo, en confianza fraternal. El ambiente de este hogar, joven y risueño, me refresca el alma. ¿Me permitirá usted confiarle que, con Rosita hablamos mucho de usted? Ayer me estuvo refiriendo la cariñosa solicitud con que usted había rodeado a mi pobre madre, el año pasado, durante su última enfermedad... Algo de ello sabía yo por cartas de la misma enferma; pero, naturalmente, no podía estar informado de lo que siguió después... (Con sencillez conmovida.) Sé ahora que usted la acompañó en sus últimos momentos y que sus ojos fueron cerrados por esa blanca mano que le pido permiso para besar. (Se inclina y le besa largamente la mano.) [37]

MANUELA.- (Desviando el tema para ocultar su emoción.) Igual cosa me pasa con Rosita respecto de usted. Le aprecia y quiere realmente como a un hermano. Hace un rato, en el atrio de San Juan, a la salida de misa, mientras María Josefa hacía su colecta de chismes parroquiales, Rosita me contaba algunos detalles de su existencia en Inglaterra, tan interesantes y honrosos que -se lo confío con algún rubor- estoy aquí, en realidad, yo, Manuela Rosas, haciendo una visita a quien no se ha dignado hasta ahora, hacérmela a mí...

THOMPSON.- (Confuso.) ¡Oh! Manuelita, no me hable usted así. Bien lo adivina usted, son consideraciones extrañas a su persona las que me han hecho diferir el cumplimiento de esa obligación -ella, perdóneme la franqueza- quizá no tenga de cómoda y grata sino la parte que, por adelantado, estoy ahora disfrutando... Además (Con una pausa de vacilación.), no estaba yo seguro de que la actitud de usted conmigo sería... lo que es: ¡tan extraños rumores me llegaban allá...!

MANUELA.- (Vivamente.) ¿Rumores de qué género? [38]

THOMPSON.- ¡Oh! nada ofensivo a su persona. Pero algunos la describían como representando en Buenos Aires no sé qué papel de infanta... ¡Hasta llegó a propalarse que figuraba usted en los proyectos de la Junta legislativa como presunta heredera de la dictadura paterna!...

MANUELA.- (Alzando los hombros.) ¿Y esa ridiculez es todo lo que ha sabido de mí?

THOMPSON.- No; he sabido también que entre los excesos y violencias de un poder sin freno, su influencia no dejaba un instante de interponerse para atenuar en lo posible el peso de las iniquidades, y poner un poco de bien junto a tanto mal... Con todo, confieso que, hasta hoy, me he sentido renitente para cumplir con un deber que reconozco imprescindible...

MANUELA.- (Con una punta de melancolía.) ¡Ay! demasiado me hago cargo de su desvío, quizá fundado en prejuicios o informes exagerados y que no quiero discutir con usted... [39] Pero en su interés propio, comprenderá que esa visita oficial no puede diferirse más; y agregó, guiada por motivos especiales, que le aconsejo aprovechar la bella tarde de hoy para realizar un paseo a Palermo, el cual será, por cierto, en la más agradable compañía que pudiera usted desear...

THOMPSON.- ¿Con Ramón y Rosita? No puede imaginarse mejor, en efecto, y le doy las gracias por su insistencia...

MANUELA.- (Súbitamente alegrada.) Y ahora, para no hablar sino de los gratos recuerdos de otro tiempo, ¿nada le trae a la memoria la fecha de hoy, ni la fiesta que se celebra en la iglesia vecina?

THOMPSON.- (Queda buscando unos segundos; luego, golpeándose la frente.) ¿La fecha de hoy?... ¡Oh! qué abobado estaba! ¡Si no tengo recuerdo más presente y vivo! No agregue usted una palabra, Manuelita, y déjeme volver solo por mi crédito comprometido. ¡El día de San Juan del año 34! [40] ¡Ha podido pasármese por un momento la fecha del

almanaque, pero ese recuerdo nunca se ha separado de mí!... Hace cinco años, en tal día como hoy, una niña primaveral y un tímido adolescente delectaron juntos en el libro del corazón, la primera página, la más dulce de todas porque es la más pura.

MANUELA.- (Algo inquieta, sonriendo para disimular.) Ahora voy temiendo que tenga usted demasiada memoria...

THOMPSON.- ¿Cómo olvidar las últimas y exquisitas horas que juntos saboreamos en su estancia del Pino, donde vivía yo mucho más que en la nuestra del Manantial? Era la víspera de mi regreso a Buenos Aires, donde tenía que embarcarme para Inglaterra... Quiso la suerte que disfrutáramos sin estorbo toda aquella tarde, que marcaba el término de tres semanas de deliciosa intimidad. Brillaba un tibio y radiante sol de invierno, como el de hoy. Nos dirigimos a caballo, solos, a un puesto donde sabíamos que se había armado un baile campestre por la boda de una hija de su capataz...[41]

MANUELA.- La Casilda, mi hermana de crianza...

THOMPSON.- Nos mezclamos a esa gente sencilla; hasta recuerdo que bailamos juntos un baile criollo, al son de la guitarra y con sendas relaciones improvisadas.

MANUELA.- (Sonriendo.) Un pericón en cuadro con los novios. Y a fe que lo hacía usted muy bien, y me parecía elegante con su poncho recogido y su pañuelo de seda al cuello...

THOMPSON.- ¿Y qué decir de usted, fresca y pura como una flor, con su cabeza de camafeo, más perfumada que el clavel rojo, único adorno que ese día llevaba en la sien?...

MANUELA.- (Desprende furtivamente su moño y lo deja en la mesa; luego, cual hablando consigo misma.) Sí, aquellos contactos eran sanos en su rusticidad; no como otros rozamientos arrabaleros y nauseabundos que me he visto obligada a sufrir después... [42]

THOMPSON.- (Evocando a media voz la escena lejana, que MANUELA, con los ojos bajos, sigue con avidez.) Volvimos algo tarde, en el breve crepúsculo; pero riendo y cantando a la par de los pájaros que ya se recogían en los ramajes. Yo, de muy antes, conocía su gracia intrépida de precoz amazona porteña; pero ese día, a ratos me quedaba atrás para admirar su esbelta silueta en el ajustado vestidito claro, con sus trenzas atadas de la punta y la boina punzó, cuyo reflejo palidecía un poco su delicado perfil... Íbamos recorriendo así, al corto galope de campo, las dos leguas que nos separaban del Pino, cuando de repente, al arrancar su caballo para trepar la barranca del arroyo de Morales, se rompió una hebilla de la montura; y en ese despoblado, con la noche cercana, no hubo más remedio que dejar el caballo suelto y subir usted en ancas del mío para la legua que faltaba. El fresco arreciaba; y como sintiera yo sus manos frías, la obligué a que las metiera sobre mis hombros, bajo de mi poncho. A veces, para calentarlas, posaba sobre una de ellas mi derecha libre, pareciéndome tener allí unas charreteras de seda... Pero desde ese momento ya no nos hablamos con la soltura de [43] antes; y fue casi en silencio como, ya cerrada la noche, llegamos a su casa. Al saltar al suelo, se desprendió el clavel de sus cabellos, y usted fue quien, más ligera que yo, lo recogió para regalármelo. Helo aquí... (De su cartera saca

un sobrecito que contiene la flor seca.) Allá, en mi cuarto de Londres, en medio del estudio nocturno, cada vez que me volvía la añoranza del pasado, extraía de su relicario la flor marchita; y, de pronto, parecíame que trascendía en el ambiente una fragancia sutil emanada del inmortal recuerdo... (Lentamente y bajando la voz.) Es así, Manuela, cómo he olvidado aquel 24 de junio...

MANUELA.- (Profundamente conmovida.) Si usted, en el bullicio de la gran metrópoli europea, no ha olvidado el idilio de nuestra juventud, ¿qué mérito tengo yo en haber conservado su recuerdo, volviendo cada año al sitio mismo donde ocurrió y subsiste intacto su marco de frescura?... Así han pasado cinco años, con la mezcla de tristezas y alegrías que componen la existencia más feliz; pero, sin duda, lo que menos ha cambiado, es el sentimiento de quien los ha vivido en presencia de la inmutable naturaleza...

(Silencio, interrumpido por la entrada de MARÍA JOSEFA y ROSITA.) [44]

## Escena VIII

Dichos, MARÍA JOSEFA, ROSITA, luego MAZA.

MARÍA JOSEFA.- ¿He tardado mucho?

THOMPSON.- Un siglo, que nos ha parecido un minuto... No (Corrigiéndose al mirar a MANUELA.), quise decir lo contrario...

MARÍA JOSEFA.- ¿Sí, eh? ¡Buen farsante!... Pero, vamos, Manuelita, que ya son más de las doce y media... (Mientras se ponen el manto, los guantes, etc., MARÍA JOSEFA refunfuña a media voz, delante del espejo.) ¡Así, el boquirrubio como la mosquita muerta, muy creídos están de que me la pegan! Falta saber cómo a Juan Manuel le sentarán estos revuelos... (Fuerte.) ¿Ya estamos? ¡Hasta luego! ¡Au rebuar!

MANUELA.- (Que ya salía, vuelve sobre sus pasos; a THOMPSON.) ¡Ah! Deme usted esa solicitud de pasaporte para que se la haga tramitar. [45]

THOMPSON.- (Se la da.) ¡Cuánta bondad!

MANUELA.- (Despidiéndose, con besos, de ROSITA.) ¡Qué contenta estoy!

ROSITA.- (Riéndose.) Ya lo veo, Manuelita...

MAZA.- (En la puerta.) ¡Hasta luego!

MARÍA JOSEFA.- (Con ironía a THOMPSON, que se dispone a acompañarlas hasta el carruaje.) No te incomodes por mí... Sin cumplimann...

THOMPSON.- (Siguiéndolas.) Usted pronuncia el francés como un nativo...

MARÍA JOSEFA.- (Que husmea la burla.) ¡Eh!...

THOMPSON.- Formal... Como un nativo... (Aparte.) de la Coruña.

(Desaparecen.) [46]

ROSITA.- (A RAMÓN.) ¡Qué preciosa pareja harían!... Si esto pudiera cuajar, sería una dicha para todos nosotros, y acaso para el país...

RAMÓN.- (Incrédulo.) Muy difícil... Ni él querrá ser yerno del Restaurador, ni ella aceptará jamás abandonar a su tatita...

(Vuelve THOMPSON.)

Vamos a la mesa, que va a dar la una y tenemos que estar en Palermo antes de las tres, si no queremos volver de noche.... aunque hoy habrá luna casi llena. A propósito (A ROSITA.) te propondría, para no perder tiempo en buscar caballo, que Jaime fuera en tu zaino... ¿A no ser que te repugne ir en ancas, como cuando novios?...

ROSITA.- (Afectando gazmoñería.) Sí, mucho me repugna ir en ancas de este marido tan horroroso y antipático. Vamos al comedor. (Toma el brazo a JAIME.)

RAMÓN.- (Que los sigue, quedando un poco atrás.) Tu marido, pobre criatura... ¡Sabe, Dios cuánto tiempo te durará!...

(Telón.) [47]

## Acto II

La quinta de ROSAS en Palermo, hacia 1839 (antes de la transformación operada durante su permanencia, que desde 1842 fue allí casi estable). El escenario representa el patio trasero de la casa, lleno de árboles y plantas de adorno; mesas volantes y asientos rústicos. Se yergue en segundo término un corpulento ombú, cuyo ramaje, formando cenador, entolda esta parte central de la escena. La espaciosa casa baja desarrolla casi de perfil, a la izquierda del espectador, su galería de pilares a la que se accede por unas gradas; de la fachada lateral que cuadra el frente y se pierde entre bastidores, sólo queda visible una ventana, a unas dos varas del suelo. A la derecha, la entrada de una glorieta entapizada de enredaderas; en el fondo, perdida en la espesura, una ermita ruinoso, cuya torrecilla en cubo surge de la arboleda; del mismo lado, en primer término, el arranque de la calle que conduce al cuerpo de guardia y portón de entrada. Empieza el acto poco después de las tres de la tarde (habiendo transcurrido menos de dos horas desde el final del primer acto y terminará al anochecer, después del corto crepúsculo de invierno, a la luz de los faroles encendidos en la galería y los follajes.



Escena I

TENIENTE DÍAZ; GENERAL CORVALÁN; después el CAPITÁN ÁLVAREZ MONTES.

(El TENIENTE DÍAZ, sentado en un banco cerca de la gradería, se pone de pie al ver llegar al GENERAL CORVALÁN y, después de la venia, escucha sus órdenes.) [48]

CORVALÁN.- Teniente Díaz: avise al capitán Álvarez Montes, en el cuerpo de guardia, que le llama el general Corvalán. Y puede usted quedar a comer allí. (Vase el TENIENTE DÍAZ, y CORVALÁN queda paseándose en el escenario, meditabundo.) ¿Qué cosas van a suceder aquí esta tarde?... (Se presenta el CAPITÁN ÁLVAREZ MONTES: traje de cuartel; hace la venia y espera órdenes.) Capitán Álvarez Montes, aunque de hecho queda usted relevado de este servicio por haber vuelto a tomarlo el teniente Díaz, que se había ausentado en comisión, dispone Su Excelencia que no se aleje de la quinta hasta segunda orden. (Mirando hacia la derecha.) ¡Toma! ¿Qué no es el comandante Maza quien allí se apea, con su mujer y el joven Thompson?

ÁLVAREZ MONTES.- Ellos son, mi general. (Hace ademán de retirarse hacia el fondo.)

CORVALÁN.- ¿Qué es eso? ¿No tiene usted relación con Ramón Maza?

ÁLVAREZ MONTES.- (Algo corrido.) Como no viene solo... Por discreción... [49]

CORVALÁN.- (Aparte.) ¡Dijeras por vergüenza, bellaco!..

## Escena II

Dichos, MAZA, ROSITA, THOMPSON.

(Los recién llegados se han desmontado entre bastidores; los hombres han conservado en la mano su látigo. Saludos; venias de los militares.)

ROSITA.- Buenas tardes, general. (Después de una fría inclinación a MARTÍNEZ presenta THOMPSON a CORVALÁN.) ¿No se conocen? Mi amigo y pariente Jaime Thompson, el general Corvalán. ¿Todavía están en la mesa?...

CORVALÁN.- Están terminando. Pero ustedes... si gustan...

ROSITA.- ¿Qué te parece, Ramón?

MAZA.- Vos que sos de la casa, es natural que entres. Yo he sido llamado por el Gobernador: [50] quedaré aquí con Thompson, esperando que aquél se levante de la mesa para anunciarle mi presencia.

CORVALÁN.- Si usted me permite, Rosita, la acompañaré. Está en la sala su hermanita Mercedes, que no ha venido a la mesa. (Suben las gradas y desaparecen por la galería.)

## Escena III

Dichos, menos CORVALÁN y ROSITA.

(Durante el breve diálogo de MAZA y ÁLVAREZ MONTES, THOMPSON se mantiene alejado, observando el sitio.)

MAZA.- (Con frialdad.) Algo me sorprende encontrarlo aquí, capitán...

ÁLVAREZ MONTES.- (Sonriendo forzosamente.) Lo mismo podría decir yo, comandante...

MAZA.- Yo vengo llamado por un oficio del Gobernador...

ÁLVAREZ MONTES.- Y yo por orden del edecán general. Desde anteayer estoy substituyendo al ayudante Díaz. [51]

MAZA.- Bien; pero como no nos hizo saber este cambio de servicio, después de la reunión a que asistió en casa... Y por acá (Echando una sonda.) ¿no ha ocurrido novedad?...

ÁLVAREZ MONTES.- (Con deseo visible de no prolongar el diálogo.) Nada comandante, que yo sepa, al menos...

MAZA.- (Con desconfianza.) Si nada sabe usted... Está bien, capitán. No le detengo más.

(Se retira ÁLVAREZ MONTES, haciendo una venia a MAZA y una ligera inclinación a THOMPSON.)

THOMPSON.- (Que le ha mirado alejarse.) ¿Es ese el nuevo afiliado a que de oídas me refería ayer? No me gusta; y sentiría saberlo depositario de un secreto mío...

MAZA.- [¿Qué fundamento tienes para hablar así?]

THOMPSON.- [¿Fundamento? Ninguno. Es una simple [52] impresión. Le encuentro un aspecto sospechoso; lo que en su estilo un torero definiría: «un bicho de mirada sucia». Pero, ¿qué diantre los ha inducido a anexarse ese individuo?]

MAZA.- (Con violencia.) ¡Eh! A mí tampoco nunca me gustó; y menos hoy, que lo encuentro rondando las cercanías del tirano... (Mirando hacia la izquierda.) Pero allá diviso al amigo Enrique Lafuente, que sin duda me está buscando... Seguramente, como oficial de secretaría, ha de estar al tanto de cualquier novedad.

THOMPSON.- (Disponiéndose a apartarse.) Voy a dar un paseíto por la quinta mientras ustedes conversan de su asunto.

MAZA.- ¿Por qué no te quedas, Jaime? Podría ser útil que conocieras la situación.

THOMPSON.- Te expliqué hace unas horas mis motivos para abstenerme. Ahora tendría quizá otros más en apoyo de esta actitud... Escucha. Si hoy o mañana llegaras a necesitar de un amigo para secundarte en cualquier lance o [53] proteger a Rosita: cuenta conmigo. Si, más tarde, me encuentro aquí cuando despliegues la bandera liberal para combatir la tiranía en el campo de batalla, estaré al lado tuyo. Pero no me pidas que entre hoy en un complot a que tú mismo no has adherido con entusiasmo. No insistas más. (Saluda a LAFUENTE, dándole un apretón de manos.) ¡Los dejo hablar a solas, deseándoles buen éxito! (Se va.)

Escena IV

MAZA, LAFUENTE.

(Después de darse la mano se retiran hacia la izquierda.)

LAFUENTE.- (Con gravedad.) Al ver entrar a Rosita en el comedor, comprendí que estabas aquí y me escabullí sin ser notado. Hoy encontrarás al tirano desbordante de regocijo por [dos acontecimientos a cual más fausto para él. Es el primero la noticia de haber sido fusilado anteayer en el Arroyo del Medio -por su orden, naturalmente- el ex gobernador de Santa Fe, don Domingo Cullen, acusado de inteligencia con la escuadra francesa. El segundo motivo de regocijo, para el Restaurador, no es otro (Sombrío.) que] la revelación de nuestro [54] complot, con todos los detalles del día, hora y forma de la tentativa.

MAZA.- (Abrumado.) ¡Qué desastre!...

LAFUENTE.- Sí, todo está perdido. Están ya tomadas todas las medidas de defensa, y, como verás, con la parte de bufonería mezclada a la tragedia que es característica de Rosas. Hemos sido vendidos.

MAZA.- ¡Un traidor! No necesito que me lo nombres...

LAFUENTE.- Acabo de verlo rondar por aquí, sin duda tras de algún hilo más para su trama...

MAZA.- Perdé cuidado Enrique: te juro que si de ésta escapo con vida, él no escapará de la justa expiación...

LAFUENTE.- Todo vendrá a su tiempo. Por ahora, sólo pensemos, [antes que en el castigo del criminal,] [55] en la salvación de las amenazadas víctimas. Dentro de una hora, a no recibir aviso contrario, nuestros amigos desembarcarán aquí cerca, dispuestos a apoderarse de la persona del tirano, a quien supondrán descansando en su sesteadero. Ahora bien: gracias a los informes suministrados por el traidor, he aquí lo que encontrarán. Los desembarcados divisarán, en efecto el bulto de un hombre sentado entre el follaje, vestido como el tirano y que no será sino uno de sus bufones: esta vez le toca al idiota «Don Eusebio» servir de ñagaza a nuestros cazadores. Conforme a nuestro plan, el esperpento no corre en realidad peligro alguno; pero esto, lo ignora su amo, que no ha vacilado un segundo en sacrificar eventualmente al infeliz. Rosas prevenido, tendrá apostados unos veinte soldados que, a un grito, rodearán a los asaltantes, con orden de hacer fuego ante el menor conato de resistencia. Tal es el drama que se prepara. Ahora bien: frustrada nuestra intentona, ¿cómo impedir la catástrofe? (LAFUENTE, girando una mirada en derredor, ve, hacia el fondo, a ÁLVAREZ MONTES, que se ha acercado con disimulo, hasta ocultarse tras el ombú para oír la conversación. LAFUENTE, sin hablar, lo indica a MAZA que da un paso hacia el espía.) [56]

MAZA.- ¿No ves a ese miserable que se atreve todavía?...

LAFUENTE.- (Deteniéndole.) Calma, Ramón, nada de alboroto por ahora. (Dan vuelta al ombú. ÁLVAREZ MONTES ha desaparecido.) Tal vez estuviera ahí por casualidad: creo que estaba de guardia... Pero ganemos este reparo, donde nadie nos puede ver ni oír.

(Se colocan contra el ala izquierda del edificio, debajo de la ventana. Se ve a ÁLVAREZ MONTES doblar por el fondo de la casa.)

MAZA.- ¿Y esa ventana?

LAFUENTE.- Cerrada, como ves, Por lo demás, cabe en cuatro palabras lo que necesitas saber. No has olvidado que a las cinco en punto nuestros amigos desembarcarán del bote francés, a no recibir desde tierra una señal contraria. Esta señal convenida ya la conoces... (Asentimiento de MAZA.)

(Mientras estaba hablando LAFUENTE, se ha visto la ventana entreabrirse y aparecer la cabeza de ÁLVAREZ MONTES en la abertura. [57] En este momento MAZA, que ha alzado los ojos, nota la ventana entreabierta, y con un ademán impone silencio a LAFUENTE. Después se sube vivamente en una silla para echar una mirada al interior, donde no ve a nadie.)

MAZA.- Me parece que esta ventana no estaba así. De todos modos volvamos al descampado y habla despacio, es más seguro... (Vuelven a colocarse en medio del proscenio.)

LAFUENTE.- (A media voz, apenas perceptible para el público.) Termino. ¿Quién, al minuto fijado, encenderá los dos fuegos salvadores? Yo, sin duda, pues los tengo preparados y me encuentro en el sitio. Pero algo podría acontecerme que me inutilizara...

MAZA.- Aquí estoy para substituirte.

LAFUENTE.- Por eso he querido informarte. Los cohetes se encuentran en la capilla, tras del altar. [58] Ahora separémonos. Para alejar toda sospecha de mi presencia en el sitio, voy a despedirme ostensiblemente de Corvalán. Subo a caballo, camino de la ciudad, y vuelvo sin ser visto a ganar mi escondrijo de la ermita y esperar la hora. ¡Adiós!... (Se aleja LAFUENTE hacia la galería, mientras se ve pasar en el fondo a ÁLVAREZ MONTES, que de lo último nada ha podido pescar y se dirige hacia el cuerpo de guardia.)

Escena V

MAZA, THOMPSON.

THOMPSON.- (Que llega del fondo.) ¿Ya concluyó la conferencia?

(MAZA asiente con la cabeza.)

Pues, señor, este camino de sauces, hasta la lengua de agua y del barco varado, es un encanto... [Por suerte, el monte ha quedado como lo conocí hace años, sin embellecimientos de parque mal rozado...] ¡Pero cuánto tarda ahora en «restaurarse» nuestro ilustre Restaurador!

MAZA.- Ha de ser por los convidados. Él sigue siendo muy frugal... Allá veo salir al negro [59] Adolfo, ordenanza favorito, que sin duda viene por nosotros...

EL ORDENANZA.- (Baja las gradas, dirigiéndose a Maza.) Manda decir Su Excelencia que si el señor coronel gusta pasar a su salita particular...

MAZA.- Allá voy. (A THOMPSON.) Si quieres que te anuncie...

THOMPSON.- No hay prisa. Aquí veo una glorieta deliciosa para fumar un puro y digerir tu excelente comida...

MAZA.- No seas prosaico: confesá más bien que vas a soñar con la Diana de este bosque... ¡Hasta luego!

(Se siente un tropel por la derecha.)

Pero no te van a dejar tranquilo. Allá llega el ministro Mandeville con su fiel escudero, Mr. Love, editor del British Packet... (Se va por la galería, guiado por EL ORDENANZA.) [60]

Escena VI

THOMPSON, en la glorieta; luego MANDEVILLE, LOVE; después CORVALÁN.

THOMPSON.- (Se dirige a la glorieta y, tendido en un sillón rústico, enciende un cigarro.) ¡Diana! Sí, el nombre mitológico no sentaría mal a tanta gracia y esbeltez, si no trajera aparejada la imagen de un Júpiter paterno tan bellaco y cerril...

(MANDEVILLE y LOVE entran por la derecha después de dejar atados sus caballos al palenque -invisible para el espectador-. Visten traje de montar a la inglesa, de esmerada corrección el primero; el segundo, un si es no es grotesco con su calva absoluta coronando una cara lampiña de clown. Por el acento, además de una que otra exclamación inglesa sembrada en el diálogo, el público imaginará que los dos interlocutores se expresan, naturalmente, en su lengua.)



MANDEVILLE.- (Habla con la pausa imposable que se ha dado en llamar «flema británica».) Well, querido Love, henos ya en la cueva del tigre de las Pampas -que no tiene [61] tigres-. Este galopcito de una legua, en el tibio ambiente, me ha sentado a maravilla. (Pasando hacia la galería.) Parece que están todavía en la mesa: esperemos aquí, charlando al aire libre... Debo confesarle a usted que, aparte de la reserva que por mi puesto debo observar en mis relaciones con el Jefe del Estado, me sentiría muy poco llamado a visitarlo en su casa, a no hacer los honores de ella su hija Manuela.

LOVE.- Comparto su opinión, señor ministro, respecto del grado muy diverso de simpatía que una y otra persona inspiran. Pero, dicho esto... (Se interrumpe señalando la glorieta.) me parece que alguien está sentado allí...

MANDEVILLE.- (Tranquilamente.) Ha de ser algún sesteador criollo; alguien incapaz, en todo caso, de entender una palabra de inglés. Siga usted...

LOVE.- Iba a caracterizar ese como daltonismo que, a mi entender, afecta nuestra visión de las cosas argentinas, achacándolo precisamente a la escasa simpatía que les tenemos. Quiero [62] decir que para apreciar este país con equidad completa, nos falta, como forasteros, el indispensable elemento psicológico; entiéndase, todo lo que agrega al conocimiento íntimo de las cosas, nuestro amor por ellas.

MANDEVILLE.- De acuerdo, excelente Love; siempre que ese sentimiento de simpatía o antipatía no llegue a la pasión suscitadora de ilusiones [y sí exprese un promedio de juicio parciales -e imparciales-] sugeridos por otros tantos actos públicos. Aceptando, pues, la parte de verdad contenida en su observación, me permito pensar que en mis opiniones generales sobre el país -y en particular sobre el dictador, ya que de él estamos tratando- se combinan en dosis razonable la relativa simpatía y la razón crítica para que me atreva a tenerlas por aproximadamente justas. Para mí, por ejemplo, Rosas no es una fiera, ni siquiera un monstruo integral a lo Nerón o Calígula; sino un bárbaro, doblemente anormal por índole y por destino. En su índole veo amalgamados los más contrarios elementos, y que todos subsisten, si bien con actuación alternativa: estirpe noble, pero cargada de vicios ancestrales, educación doméstica y escolar casi nula; instintos de dominación [63] criados sin freno en la campaña selvática, para luego prosperar y conquistar absoluto predominio, gracias a este medio de convulsa anarquía político-social. Lo que de tan varias influencias ha resultado, es lo que vemos: un vistoso y vicioso ejemplar de déspota sudamericano, dotado de complexión a la vez robusta y neurótica, cuya crueldad felina o brutal, según el caso y la hora, alterna con rasgos súbitos de mansedumbre: un impulsivo de actividad morbosa en quien, a los lúcidos intervalos suceden accesos de verdadera demencia: un contraste chocante de urbano en la pampa y de rústico en la ciudad, a quien, sin embargo, se haría agravio desconociendo que cruzan la noche de su ignorancia relámpagos geniales. En suma, salvo error u omisión, veo en Rosas el producto híbrido de una semicivilización, que, aquí mismo, no hubiera, en tiempos regulares, dado mucho más de un gaucho malo enriquecido, pero a quien las circunstancias anómalas y el pánico de sus conciudadanos han encaramado a la dictadura, que él exigió con insistencia perversa, para ejercerla sin freno ni control.

LOVE.- (Sonriendo.) ¡Muy bien, señor ministro! Encuentro el [64] retrato muy vivo y sugerente, aunque quizá un tanto favorecido...

MANDEVILLE.- Se contenta usted con poco. Acaso le sorprenda lo que al déspota concedo a trueque de lo que le quito. Pero me es imposible no reconocer algunos rasgos de grandeza y altura de vistas, entremezclados como hilos de oro en la burda trama de su desatinada o criminal política. Así, lo que en su pobre cerebro, nutrido con fórmulas de gacetas sectarias, él denomina federalismo y propaga a sangre y fuego, no es sino un concepto rudimental del verdadero unitarismo, malogrado por el noble Rivadavia y sus actuales discípulos. Es igualmente un impulso oscuro pero soberano hacia la «Mayor Argentina», con una vaga reconstitución del virreinato, lo que lo mueve instintivamente en su guerra a Bolivia y su resistencia al bloqueo francés. Y por eso, su imposición sangrienta del «rosismo» en Buenos Aires y las provincias, lógica en el fondo, si bárbara en los medios, saca del suelo, como el gigante mitológico, una fuerza al parecer invencible, porque brota del más profundo sentimiento popular, que es el de la patria. [65]

LOVE.- De acuerdo; pero aquella fuerza, si no invencible, por lo menos indiscutible, no es, en manos de Rosas, hartos lo vemos, lo que ella representa, sino su disfraz y parodia sangrienta. [Sea como fuere, no dejará usted de concederme que cualquier designio así perseguido, aunque tendiera a un bien problemático, resultaría malogrado por el vicio incurable del instrumento. ¿Qué esperar de un ideal político que se exterioriza con mascaradas callejeras y charrerías de trapos y cintillos, por entre alaridos salvajes de muerte y exterminio?] Y cuenta que lo visto y sufrido hasta ahora no es sino el prelude de lo que vendrá después [siendo fatal que esa «mazorca», expresamente creada para el terror político, exija cebarse más y más en el pillaje y el asesinato].

MANDEVILLE.- El pronóstico es siniestro; felizmente basta cualquier accidente o deterioro imprevisto del instrumento aquél para que cesen sus estragos... En todo caso, yo espero estar lejos cuando se produzca tal paroxismo... [66]

LOVE.- [Así lo preveo yo también, y con sincero sentimiento personal de verle partir, señor ministro.

(Inclinación amable del MINISTRO.)

Y, supuesto que la indiscreción es la primera virtud del periodista, me permitiré preguntarle si en la actual discusión del convenio entre los dos países sobre tráfico de esclavos, ¿es cierto que se haya visto en el caso de soportar del gobierno los desaires personales que se complace en denunciar la prensa montevideana?]

MANDEVILLE.- [Hay en aquello mucha exageración, cuando no mentira pura. Desde luego, está de más decir que con el cultísimo ministro Arana, mis relaciones no han dejado un instante de ser corteses, hasta cordiales. En lo tocante al dictador, que es a quien, sin duda, alude su pregunta: siendo notoria su falta de civilidad, sería tan poco razonable enojarse por su rudeza gauchesca como por el pataleo de un bagual: lo que corresponde es no poner nuestro pie al alcance de su pisotón... Es lo que espero ver definitivamente realizado [67] en un año más, si mi gobierno atribuye a la conclusión del tratado bastante importancia para ascender a su negociador] y entonces le entregaré al ilustre Restaurador, sin rencor ni acrimonia, el finiquito y descargo de todas sus groserías...

LOVE.- Por lo visto, señor ministro, la diplomacia es una buena escuela de filosofía práctica...

MANDEVILLE.- Particularmente la nuestra, que impone como regla a sus agentes de cualquier jerarquía el perseguir la política de los resultados, posponiéndole, como futelezas accesorias, las fórmulas protocolares y hasta las personales comodidades. [A usted que como literato gusta del color local, le citaré un rasgo de mi aprendizaje diplomático. Hace veinte años era yo vicecónsul en Ianina de Albania, cuando la dominaba aquel terrible Alí Bajá, celebrado por Byron. Solía el viejo déspota invitar a tal o cual de los agentes occidentales allá acreditados a uno de sus almuerzos campestres. Éste consistía, sentados en el suelo los comensales, al rededor de un cordero asado en su piel y condimentado con [68] azafrán, en servirse cada cual un pedazo de la pieza con su cuchillo y comerlo, chorreando la grasa entre los dedos, como único cubierto. Recuerdo que a uno de esos festines habíamos sido invitados el cónsul francés y yo, como representantes de los dos países que a la sazón se disputaban las buenas gracias de Alí Bajá. Mi colega parisiense, a la vista de ese manjar de cíclope, se declaró indispuerto, yo repetí mi ración con heroico apetito. La consecuencia fue quedarme dueño del sitio, en tanto que, a las pocas semanas volvía mi delicado rival a saborear los finos menús parisienses. ¿No encuentra usted -con la variante del asado al asador- cierta analogía entre aquella situación y la actual de los dos mismos gobiernos europeos respecto del Alí Bajá pampeano?] Sea de ello lo que fuere, salgo esta noche para Montevideo en nuestro buque de guerra Calliope, llamado para discutir con el agente francés Martigny un punto relativo al bloqueo. No tiene más objeto mi visita a Palermo que despedirme del ilustre Restaurador. Y si le he pedido a usted que me hiciera agradable compañía, es porque, además de alguna vislumbre sobre la situación presente, que -a mí para el gobierno inglés y a usted para su periódico- puede igualmente interesarnos, sé que no envuelve usted a la hija de [69] Rosas en su antipatía por el rosismo.

LOVE.- (Súbitamente refocilado.) ¡Qué he de envolver, señor ministro! Si me atrevo a confesarle -contando con su indulgencia, porque sé que cojea del mismo pie- que no se me hace soportable la tediosa permanencia en Buenos Aires sino por la contemplación, la fervorosa admiración ¡ay platónica! de las porteñas. [Y por cierto que entre el fragante ramillete se destaca Manuela Rosas, no por una soberana hermosura, como su tía Agustina, pero sí por su exquisita elegancia y esa gracia que alguien dijo «ser más bella que la beldad».]

MANDEVILLE.- ¡Bravo, mi excelente Love! Veo que justifica usted su erótico apellido, según la teoría de Tristán Shandy...

LOVE.- (Con buen humor.) Sí, poco más o menos como justificara el suyo el coronel Masculino que, hace cinco años, conquistó incomparable prestigio entre el bello sexo porteño, inventando aquellos monstruosos peinetones -y creo que fuera la [70] única hazaña... «masculina» de ese guerrero de tocador.

MANDEVILLE.- (Riéndose.) ¡Oh, muy gracioso! ja, ja, ja!...

THOMPSON.- (Haciendo eco desde su escondite.) ¡Oh, yes, very funny, indeed!... (Se aleja por el fondo. MANDEVILLE queda estupefacto, con la boca abierta.)

LOVE.- (Aparte.) Creo que como resbalón diplomático no se puede pedir más...

## Escena VII

Dichos, CORVALÁN.

CORVALÁN.- (Baja de la galería y, después de los saludos, dirigiéndose a MANDEVILLE.) El señor Gobernador, informado de la presencia del señor Ministro, me manda decirle que si gusta pasar a su despacho... [71]

MANDEVILLE.- Voy al instante. (Al irse con CORVALÁN, le pregunta, indicándole a THOMPSON, a quien se divisa todavía por entre la espesura.) Dígame general, ¿quién es ese joven que estaba sentado allí?

CORVALÁN.- Es el señor don Jaime Thompson, segundo secretario de nuestra legación en Londres...

MANDEVILLE.- (Entre inquieto y satisfecho.) ¡Ah! tendré mucho gusto en conocerlo...

(CORVALÁN, después de entregarlo a un edecán, en la galería, vuelve a la escena, a tiempo que, por la derecha, entra el CORONEL CRESPO.)

### Escena VIII

CORVALÁN, LOVE, el CORONEL CRESPO, capitán del puerto.

CRESPO.- (De uniforme.) Muy buenos días mi querido general... (Apretones de manos.) [72]

CORVALÁN.- Mucho gusto de verle, coronel... ¿No se conocen? (Presentando.) El señor Love, redactor del British Packet, el coronel Crespo, capitán del puerto... (CORVALÁN, mirando a Crespo, exclama.) Pero, ¿qué veo... o no veo? ¡Presentarte así, todo afeitado! ¿Estás loco?

CRESPO.- (Golpeándose la frente.) ¡Qué cabeza la mía! Sabrás que no pudiendo usar bigote natural porque me salen unos fogajes en las ternillas de la nariz, me he resuelto a llevarlo postizo. Aquí lo tengo en el bolsillo, pues se me caía al venir a galope. (Saca su bigote postizo.) ¡Cuánto te agradezco la advertencia! Si tuviera un espejito...

LOVE.- (Sacando un espejo de bolsillo.) Aquí tiene usted uno, coronel, muy chiquito... Pero, ya se ve, ¡para mi pelambre!...

(CRESPO se arregla, presentándole LOVE el espejo.)

CRESPO.- Un millón de gracias. Ustedes me salvan de una catástrofe. Ahora puedo presentarme decentemente ante Su Excelencia. [73]

CORVALÁN.- (A media voz.) Que usa la cara afeitada para diferenciarse de sus súbditos. (Con admiración chacotona.) ¡Estás hecho un ogro federal!... Tengo orgullo en ir con vos. (Se alejan juntos.) ¡Ah! mi viejo Pancho: ¡cuando pienso que para llegar a estas mojigangas hemos cruzado la cordillera con San Martín!...

## Escena IX

LOVE, después MAZA y THOMPSON.

LOVE.- (Aparte.) Yo me divierto soberanamente. (Se dirige hacia la derecha, pero se detiene al ver llegar a MAZA por la galería y a THOMPSON por el fondo; éstos se juntan al pie de las gradas.)

THOMPSON.- ¿Cómo te ha ido de conferencia?

MAZA.- Muy bien, pero hasta ahora no ha pasado del introito, íbamos llegando al grano cuando nos interrumpió el ministro Mandeville. [Hemos [74] quedado en conversar a solas un poco más tarde.] ¿Y vos, no querés acercarte? Te aviso que el momento es propicio, pues el hombre está de excelente humor...

THOMPSON.- (Meneando la cabeza.) ¡Pobres de los que le han dado motivo para tal regocijo!... No; prefiero esperar que sea Manuela quien me indique el momento... Pero, estoy viendo ahí a un medio compatriota. ¿No lo conoces bastante para presentarme?

MAZA.- ¿Cómo no? (Se acerca a LOVE, que también da un paso hacia MAZA. Presentación.) El señor Love, el señor Thompson... (Inclinaciones, very glad, etc.) y ahora los dejo un momento para ir a decir una palabra a Rosita. (Vase.)

THOMPSON.- (Con buena gracia.) Debo excusarme, así ante usted como ante el señor ministro Mandeville, por haber sido involuntariamente indiscreto, hace unos minutos, escuchando su conversación...

LOVE.- ¿Una charla al aire libre? No podría haber [75] indiscreción aunque el oyente no fuera discreto y sabemos que lo es.

THOMPSON.- Demasiado amable. [Soy uno de sus lectores asiduos, sir; y para que no lo tome como una simple fórmula de cortesía (Saca de su bolsillo un periódico doblado.), he aquí la lectura con que me deleitaba en esa glorieta cuando ustedes entraron... Y a fe que su suelto de hoy sobre el beso -The Kiss- tiene toda la gracia festiva y sabor del asunto.] Me gusta, pues, poder dirigirle en persona la pregunta de Almaviva a Fígaro, el travieso patrón de los periodistas: «¿Qué es lo que le ha dotado de una filosofía tan alegre?...»

LOVE.- Y le contestaré como el jocoso barbero de Beaumarchais: «El hábito de la desgracia; me apresuro a reír de todo, para no verme obligado a llorar...»

(Se siente un tumulto de voces y risas, y se ve salir en la galería a los invitados que acaban de comer.)

THOMPSON.- Ya viene derramándose la «comilonitiva»; [76] ¿no quiere que nos desviemos de la primera oleada? En seguida nos mezclaremos a ella sin ser notados... (Se retiran a la glorieta.)

Escena X

Dichos; ROSAS, MANDEVILLE, CORVALÁN. MAZA; los generales LUCIO MANSILLA y LA MADRID; los coroneles CRESPO y GONZÁLEZ; MANUELA,

MARÍA JOSEFA, ROSITA, AGUSTINA ROSAS DE MANSILLA, MERCEDES R. DE RIVERA, MERCEDES FUENTES O. DE ROSAS, JUANA SOSA, MERCEDITAS ARANA; entre las niñas, PASTORCITO LACASA y otros lechuguinos, personajes mudos o tartamudos.

(Bajan de dos en dos por la gradería y forman en el escenario grupos de tres o cuatro, cuya cháchara llega al público por jirones intermitentes. ROSAS viste chaqueta oscura, chaleco punzó y pantalón azul con franja colorada. Los militares, de uniforme. Todos los hombres llevan la divisa y las señoras el moño federal.)

JUANA SOSA.- ¿De veras, che? ¡No me digás! ¿Le dio bolsa al novio por haberse presentado a comer con una divisa de media cuarta?

MERCEDITAS ARANA.- Lo que oís, che; y eso que el pobrecito [77] juraba no haberlo hecho por celo federal sino por miedo cervical...

MARÍA JOSEFA.- (Que va de un grupo a otro.) ¡Lindo moño punzó había yo de pegarle a ella en la cabeza y con alquitrán, para enseñarle a ser gente!...

AGUSTINA ROSAS.- (En otro grupo.) ¿Crerán ustedes que el bárbaro de Juan Manuel quiere prohibirnos llevar gorras francesas, calificándolas de salvajes unitarias?

JUANA SOSA.- (Escandalizada.) No puede ser; ¡sería lo último!...

ROSAS.- (Ha entrado conversando con MANDEVILLE.) Y aquí me tiene usted, señor Ministro, procurando, en este retiro campestre, dar tregua unas horas a las fatigas del gobierno y olvidar las calumnias de mis enemigos...

MANDEVILLE.- (Con ironía imperceptible.) Confíe Vuestra Excelencia en que, a la larga, la opinión pública, así nacional como extranjera, sólo le juzgará por sus actos. [78] [Respecto de esta última, y refiriéndome especialmente al gobierno francés, puedo adelantarle los más favorables augurios, a pesar quizá de algunos gestos inconsiderados de sus agentes en el Plata...] No dudo que en la próxima conferencia de Montevideo...

ROSAS.- A propósito de eso, mi querido Ministro, ya que se marcha usted esta noche... (Se han apartado y siguen conversando en voz baja.)

GENERAL LA MADRID.- (Cruza el escenario arrastrando de víctima oyente a un subalterno.) Pero, lo más notable, capitán, en ese combate nocturno de Tambo Nuevo, fue



la acometida que, con mis tres soldados, llevé al enemigo en número de doce hombres dormidos... (Pasan.)

GENERAL MANSILLA.- (Decidor y vividor escéptico, como más tarde el hijo, y capaz también, por cortos momentos, de dar coces contra el aguijón.) Sin embargo, créame usted, coronel (A CRESPO.); aquella hazaña muy auténtica de La Madrid, aunque nos la describa por vigésima vez, [79] presenta siempre alguna novedad, pues nunca la cuenta del mismo modo; por lo que propondría llamarla «el combate del Tambo siempre nuevo...»

CORONEL GONZÁLEZ.- (En otro grupo a que se agregan CRESPO, MANSILLA, etc.) ...Lo mismo que ese otro gacetero bachicha de Ángelis. ¿Pa qué lo necesita el Restaurador, teniendo a Mariño? ¿No dicen que fue lacayo del rey de Nápoles?

CRESPO.- No, hombre, ayo; ayo de los hijos de Murat...

MANSILLA.- (Con sorna.) Es que González confunde al rey de Nápoles con el Restaurador...

GONZÁLEZ.- Ayo, lacayo, lo mismo suena. (A Crespo.) Y dígame, compañero, ¿criollo de dónde es ese Murate? ¿A la cuenta será también bachicha?

CRESPO.- No, francés, y hace años que murió, pasado por las armas... [80]

GONZÁLEZ.- ¿Pasado por las armas?... ¿Que también allá?... (Hace el gesto de la degollina, pasándose la mano de filo por la garganta. Se alejan los dos.)

THOMPSON.- (Que está cerca, a MANSILLA.) ¿Quién es ese cernícalo?

MANSILLA.- (Soltando la carcajada.) ¿Cernícalo? Acertó usted, sin pensarlo, pues ese es el coronel don Vicente González [federal de hacha y tiza, y confidente de Rosas], el mismo a quien le dicen «El carancho del Monte».

THOMPSON.- ¡Dios nos asista!

(Vuelve ROSAS con MANDEVILLE, que se separa, acercándose a las señoras.)

ROSAS.- (A CORVALÁN.) Dígame, Corvalán, ¿sabe usted dónde se ha metido la Niña?

CORVALÁN.- Excelentísimo Señor, acabo de verla entrar en su salita, donde la esperaban una docena [81] de mujeres de toda edad y pelaje, que se habían colado sin tener audiencia de doña Manuela, para abusar, como siempre, de su inagotable bondad.

ROSAS.- (Cuyo buen humor persiste y se trasluce.) ¿Quiere hacerme el favor de llamarla por un minuto?

(Sale CORVALÁN.)

Bueno (Refunfuñando.), ya sé de antemano qué sangrías al bolsillo y qué zancadillas a la ley saldrán de estas súplicas a la Niña... ¡Pero hoy, según van las cosas, que sea todo enhorabuena!

(Entra MANUELA seguida de CORVALÁN, que se reúne al vecino grupo.)

MANUELA.- ¿Quería algo, tatita?

ROSAS.- ¿Cómo me dijistes que el joven Thompson vendría con Ramón y Rosita... y hasta ahora no se ha hecho presente (Con punta de malicia.) aunque la cosa te importe poco...

MANUELA.- (Con vivo afán.) Yo se lo buscaré, tatita... (Hace en voz baja una pregunta a CORVALÁN, quien le indica la glorieta; a ella [82] se dirige MANUELA, y al verla sale THOMPSON, quedando LOVE de pie tras él. Saludos.) ¿Es así, Jaime, cómo se apresura a cumplir con tatita?

THOMPSON.- No quería ser inoportuno, y sólo esperaba una indicación suya. Estoy a sus órdenes, Manuela...

MANUELA.- (Acercándose a su padre.) Aquí le traigo, tatita, a mi antiguo amigo Jaime Thompson, que desea presentarle sus respetos...

THOMPSON.- (Con profundo saludo.) Excelentísimo Señor: teniendo en cuenta sus graves ocupaciones, esperaba una oportunidad...

ROSAS.- Sea usted bien venido en su tierra y en esta casa, señor Thompson. (Le da la mano, hablando en tono afable.)

MANUELA.- (Visiblemente contenta.) Y ahora los dejo conversar, y vuelvo a mi audiencia de pobres y afligidos (Con gracia.), [83] previniéndole, tatita, que hoy me ha de conceder todo lo que le pida, que será mi verbena de San Juan.

ROSAS.- (Con buen humor y haciendo un gesto de amabilidad.) Bueno, Niña, se hará lo que se pueda... como en tiempo de bloqueo. (Vase MANUELA.) No me he olvidado de usted, señor Thompson, a quien conocí de niño, ni a su padre, que fue amigo mío y vecino de estancia. Tengo verdadero gusto en recibirle en mi casa particular, y espero verlo pronto en mi despacho de gobierno para que conversemos seriamente. Entretanto, ¿si quiere que demos algunos pasos fuera de este cotorreo?... (Se alejan del bullicio sin desaparecer.) ¿Y qué se dice allá de nuestras cosas, de nuestros trastornos, de mi administración? (Continúan conversando fuera del alcance del público.)

AGUSTINA ROSAS.- (En el grupo central, protestando con energía.) Pero hija, ¿estás delirando? ¡Comparar encaje de bolillos con el encaje de aguja! ¡Entre el punto de Alencon y la más fina blonda o guipure (Pronuncia: guipiur.) hay la [84] distancia del cielo a la tierra!

LOVE.- (Desde su puesto, no muy distante.) ¡Matemático!

AGUSTINA.- (Como picada por un alacrán.) ¿Cómo dice usted, mister?

LOVE.- (Algo corrido.) Dije «matemático», para significar «exactísimo»...

AGUSTINA.- (Sarcástica, mirando la calva de LOVE.) Buen «mate» para «mático» será el suyo... (Risa general a la que se asocian AGUSTINA y el mismo LOVE.)

LOVE.- (A media voz y sin mirar a su rededor.) Esta encantadora Agustinita tiene boca tan linda que, pasando por sus labios, resultan graciosas hasta las más insulsas... (Se ha dado vuelta hacia su vecino, que resulta ser el GENERAL MANSILLA.) ¡Oh! (Para sí.) el marido... (Fuerte.) Excuse me... [85]

MANSILLA.- Siga usted, querido Love, no hay plato roto mientras no le oiga mi mujer...

LOVE.- (Aparte, preparando su retirada.) Decididamente, es el día de los tropezones...

(ROSAS ha vuelto con THOMPSON, de quien se separa para acercarse al grupo donde está su hermana MERCEDES DE RIVERA.)

MERCEDES.- (A MANDEVILLE.) ¿Siempre sigue su afición al caballo, señor ministro?

MANDEVILLE.- (Con satisfacción.) Siempre, señora, pero me gusta más montar por la mañana...

ROSAS.- (Con cara hilarante, anunciadora de algún dicharacho.) ¡Lo que son los gustos! A mí... (Se inclina hacia su hermana, murmurando el fin de la frase, que sólo perciben ella y su vecino LA MADRID.) [86]

MERCEDES.- (Furiosa.) Mirá, Juan Manuel, te estás poniendo insufrible de grosero y malhablado: ¡sólo te faltan las botas de potro! (Reparando en LA MADRID que se ríe a la par de ROSAS.) Y usted, adulón, ¿de qué se ríe?

LA MADRID.- (Cuya risa se ha congelado súbitamente.) Merceditas... una broma inocente... (Volviéndose hacia ROSAS.) ¡y qué graciosa!...

ROSAS.- (Llevándose.) Venga, compadre, y no se meta a pelear con mi hermana Mercedes, pues le iría peor que con sus cuatro gallegos dormidos.

LA MADRID.- (Protestando.) ¡Eran doce, Excelentísimo Señor!... (Se alejan por un momento.)

MARÍA JOSEFA.- (En otro grupo, a MERCEDES ROSAS.) Dejáte de óperas y novelas europeas, literata. A mí, como buena federal, nada de extranjis me acomoda, ya se trate de modas o de teatro. Ni en vida de Encarnación quise saber nada de ese canto italiano. Figuráte ahora... [87]

MERCEDES.- ¡Jesús, qué herejía!... (Dirigiéndose al joven LACASA.) Lo vi anoche en el Victoria. ¿Ha oído usted nada más divino que el aria final de La Sonnambula por la Piacentini?

LACASA.- ¡Sublime inspiración! [Sólo que esa música de Bellini es demasiado profunda y sabia, sobre todo para nuestro público...] Precisamente he ensayado transportar para guitarra aquella melodía, simplificando un poco el complicado acompañamiento, y si tuviera aquí...

MERCEDES.- Pero tiene usted la guitarra de Manuela. (A ésta, que está conversando en un grupo.) ¿No es cierto, Manuela, que puedo pedir tu guitarra para Pastor?

MANUELA.- Con mucho gusto; ahora la hago traer. (Da la orden a un sirviente.)

MERCEDES.- (Alzando los ojos al cielo.) ¡Ah! Al escuchar aquellas armonías, ¿qué alma romántica no se arroba en celeste éxtasis?... [88]

ROSITA.- (Se junta con RAMÓN, mientras LACASA, a quien han traído la guitarra, empieza a tocar el aria de Amina con expresión ultrasentimental.) ¿Cómo te ha ido con el pariente Juan Manuel?

MAZA.- Buen recibimiento; pero de nada serio hemos hablado; quedamos en que seguiremos conversando dentro de un rato, después que se vayan todas las visitas, incluidas, Manuela y sus tías.

ROSITA.- ¿Cómo, me dejarás volver sola, casi a la oración?

MAZA.- Podrás ir en el coche de Manuela... Será cosa de media hora...

ROSITA.- (Algo febril.) No sé por qué siento inquietud...

MAZA.- No te aflijas, hijita mía, todo marchará bien. (Se aproxima al auditorio, donde PASTOR empieza a tocar.) [89]

ROSAS.- (Que ha vuelto en compañía de LA MADRID.) ¿Qué música de entierro es esa? Nada de gimoteos en día tan hermoso. Tocáenos una pieza más despabilada, Pastorcito, alguna tonada criolla...

LACASA.- (Interrumpiéndose despechado y dejando sobre una mesa el instrumento.) Perdone, Su Excelencia; pero no sé ninguna tonada de memoria...

ROSAS.- ¿No? ¡Vaya un músico! (A un sirviente.) ¡A ver, que me traigan al payador «Audón», que ha de estar por la cocina!...

MERCEDES.- (A LACASA.) Mientras traen de la cocina al artista de Juan Manuel, ¿no quiere que demos un paseíto por la quinta? Deseo oír su parecer sobre el último soneto que he compuesto...

LACASA.- (Lánguidamente.) ¡Ah, señora! su simpatía me entenece: encuentro en usted un alma poética, hermana de la mía. (Desaparecen en la espesura, mientras entra el gaucho ABDÓN.) [90]

## Escena XI

Dichos, menos LACASA y MERCEDES; el payador ABDÓN.

ROSAS.- A ver, Audón, si nos destapas alguna de tus tonadas nuevas para esta reunión tan distinguida...

ABDÓN.- (ABDÓN es el gaucho federal del año 40: alto sombrero cónico, con cintillo punzó; poncho recogido, de boca punzó; al cuello, el pañuelo de seda de igual color; chaqueta corta; chiripá; calzoncillos de fleco cayendo sobre la bota de potro; espuelas nazarenas; ancho tirador y facón; bigote federal unido a la patilla. Trae su guitarra en una mano y en la otra una silla de suela. A una señal de ROSAS, se sienta, dejando su sombrero en el suelo, empieza a afinar su instrumento y, después de un rasgueo, prorrumpe con voz sobreaguda.)

¡Que viva don Juan Manuel,

Ilustre Restaurador...

ROSAS.- (Interrumpiéndole.) No, lo que es hoy, dejate de sahumeros. Sacá más bien la décima que te encargué esta mañana... [91]

ABDÓN.- (Después de otro rasgueo, entona la décima.)

Cullen y Berón de Astrada,

salvajes de condición,

sacaron de su traición

premio igual en la patriada.

Berón en su disparada

de Pago Largo la erró.

Pues «pago corto» le dio;

y Cullen que por remedio

vino al Arroyo del Medio,

en medio arroyo quedó...

(Aplausos de adulación.)

EL GENERAL MANSILLA.- (Ha escuchado, fruncido el ceño, la «bocagansada», y luego interpela severamente al cantor. Éste, antiguo soldado, se pone de pie y, hecha la venia, queda en actitud reglamentaria.) Atienda el payador. Falta a la verdad quien afirme que el gobernador Berón de Astrada fue muerto en la jornada de Pago Largo, al huir del campo de batalla: sucumbió, peleando como bueno, en lo más recio del entrevero. Puede sentarse.

ROSAS.- (Afectando no haber oído la reprimenda.) Basta, Audón. Muy bien te ha salido la décima. Volvete «no más» a la cocina y echate [92] al garguero un vaso de caña a la salud de los buenos federales... (Vase ABDÓN con sus arreos.). Y ahora, señoras y señores: antes de marcharse, los invito a caminar una cuadra hasta la playa... (Todos se alejan en grupos de dos o tres, yendo últimos, para cambiar impresiones, ROSAS y MARÍA JOSEFA. Quedan en escena MANUELA y THOMPSON; éste, como en actitud de despedirse, tiene en la mano su sombrero y su látigo, que ha sacado de la glorieta.)

## Escena XII

THOMPSON, MANUELA, después el bufón BIGUÁ

THOMPSON.- Aprovecharé, Manuela, estos minutos en que estamos solos para despedirme de usted, agradeciéndole todas sus bondades, y por lo pronto, la molestia que se digna tomar con aquel pasaporte mío...

MANUELA.- No se ocupe de eso: estará despachado uno de estos días. Pero, ¡qué ceremonioso está usted... (Con una sonrisa.) en Palermo, al menos! ¿Acaso no tenemos más que decirnos en estos cortos momentos que preceden otra larga separación? [93]

(Aparece ROSAS en el camino de la playa, como habiendo vuelto al notar que MANUELA no seguía a la comitiva; desaparece después de unos segundos de observación.)



THOMPSON.- Sí, Manuelita, pero porque siento subírseme del corazón a los labios las palabras irrevocables, es por lo que me detengo indeciso entre la vana fórmula que nada dice y la confesión sincera, que quizás dijera por demás...

MANUELA.- ¿Por demás? ¿Por qué?

THOMPSON.- Le ruego, Manuela, que no me ponga en el duro trance de lastimar sus más delicados sentimientos de mujer y de hija... Y luego... hay ecos terribles o rasgos atroces del tumulto externo que no deben penetrar hasta el santuario del alma virginal...

MANUELA.- (Con amargura.) ¡Oh! ¡Déjese de escrúpulos! ¡En los tiempos presentes y con los hábitos reinantes, dada mi obligada figuración en fiestas de toda laya, bien se imagina usted todo lo que habré [94] oído o entrevisto, a pesar mío y con rubor de mis candores juveniles! Si nada impuro ¡gracias a Dios! ha penetrado en mi alma, mil contactos viles me han rozado. Hábleme, pues, francamente, Jaime, sin recelo de ofenderme ni sorprenderme, que al pasar por sus labios leales, cualesquiera alusiones a mi estado o familia perderán todo dejo amargo o repugnante...

THOMPSON.- De aquellas alusiones, Manuela, bien sabe usted que las que se alzan como obstáculos a nuestra felicidad, son las que atañen a su padre...

MANUELA.- Obstáculos ¿de qué parte? ¿Se refiere usted a los suscitados por él mismo o a los que sólo provienen de usted por causa suya? [Prefiero que dejemos de lado los primeros, puesto que yo me encargo de allanarlos, conveniendo o venciendo cualquier resistencia del «tirano», como le dicen, aunque para mí nunca lo ha sido ni espero lo será...]

[(THOMPSON revela su desconfianza con un gesto casi imperceptible.)] [95]

THOMPSON.- (Después de un silencio.) Pues bien, Manuela, debo confesarlo honradamente: por inmenso que sea mi amor e inestimable el precio que doy al suyo me sería imposible alcanzar la felicidad contra el grito de mi conciencia...

MANUELA.- ¡Dios mío! ¿Qué quiere usted decir?

THOMPSON.- (Continúa a media voz.) Aceptando vínculos de estrecho parentesco y hasta obligaciones de íntimo contacto con el que, por ley natural, usted quiere y respeta, y a quien yo nunca podría querer ni respetar...

MANUELA.- (Dolorosamente.) No intentaré combatir sus prevenciones. Me limito a preguntarle si corresponde, a un espíritu justo como el suyo, aceptar como ciertas todas las denuncias de la prensa opositora?...

(Se ve aparecer a ROSAS en el camino, medio oculto por el tronco del ombú, y dar en voz baja una orden al mulato BIGUÁ, señalando a MANUELA.)

EL BUFÓN BIGUÁ.- (Vestido de clérigo grotesco, se acerca al grupo.) Me manda Su excelencia el ilustre Restaurador, [96] para que le dé un beso a la Niña...

MANUELA.- (Con un grito ahogado.) ¡Oh! ¡Te atreves, mulato abyecto! Jaime, deme su látigo... (Se lo arranca.) ¡Tomá, bufón inmundo! (Le cruza el rostro de un latigazo.)

BIGUÁ.- (Lloriqueando al retirarse.) Niña Manuela, si he sido mandado por Su Excelencia... (Indicando con la cabeza a ROSAS que de lejos ha presenciado la escena, y da un paso adelante con gesto iracundo; pero luego se retira.)

MANUELA.- (Trémula de indignación.) ¡Andá a contarle a Su Excelencia lo que te ha pasado!... (Aparte.) ¡Oh! ¡Qué vergüenza, él presente! (Oculta el rostro entre sus manos.) ¿Qué pensará usted de nosotros?...

THOMPSON.- (Con gravedad triste que atenúa la dureza de los términos.) Pienso que por la ley de la naturaleza, que aquí agrava la desgracia de una casi orfandad, se halla usted en poder de quien, con quererla ciegame, no la comprende. Por lo demás, el incidente repugnante nada [97] me ha revelado que no supiera ya; y, respecto de quien lo ha promovido (Con alguna vacilación.), me permito pensar que demostraría, antes que orgánica perversidad, algo... como una aberración moral, más propia de la inconsciencia que del cinismo. Pero (Oyendo el tropel de los paseantes.) ya vienen a interrumpirnos. Separémonos, pura y abnegada víctima voluntaria, antes que otra palabra más pueda sonar como un ataque a su culto filial. Perdóneme si hoy he sido cruel. Volveremos a vernos. Antes de marcharme a las provincias, iré a despedirme. (Largo apretón de manos.) Dios la bendiga. (Se aparta.)

### Escena XIII

Dichos, ROSAS y toda la comitiva, inclusive LACASA y MERCEDES ROSAS, aprestándose las señoras a ponerse los abrigos para volver a la ciudad.

ROSAS.- (Echando afablemente a sus huéspedes.) Siento mucho verme obligado a abreviar la agradable tertulia; pero tengo que quedarme aquí un rato con mis oficiales. (A los grupos que se disponen a despedirse.) No, voy a acompañarlos hasta el vestíbulo, donde, de [98] pasada, tomarán sus abrigos. (Salen todos por la galería.)

THOMPSON.- (Acercándose a MAZA.) Te recomiendo, Ramón, la mayor prudencia con el bárbaro, y mucho cuidado si vuelves de noche. ¿Estás armado, además de tu espada?

MAZA.- Tengo la pistola de dos tiros que me trajistes de Londres...

THOMPSON.- Bueno; es un juguete de bolsillo que voltea a un hombre a treinta pasos. (Danse la mano.) ¡Hasta luego!

MAZA.- (Acompañando a ROSITA.) No tengas la menor inquietud, Rosita. Pero, si por cualquier inconveniente me demorara y no me vieras llegar hasta las nueve, no quedes sola en casa. Te vas a lo de tus hermanas Dolores o Justina; o, mejor aún, a casa de mi hermana Salomé, ya que Guerrico está en el campo. (Se alejan por donde se encaminó toda la concurrencia.) [99]

### Escena XIV

CORVALÁN; luego ROSAS.

CORVALÁN.- (Entregado a sus reflexiones.) ¿Qué es lo que se prepara aquí, mientras allá, en el monte, el bruto de Eusebio servirá de carnaza a los que desembarquen, para verse rodeados por nuestros soldados? (Meneando la cabeza.) ¡Triste vejez la mía! Pero, ¿cómo romper mi cadena si no la desata el tirano? (Se cuadra viendo venir a ROSAS por la galería.)

ROSAS.- (Caviloso, con voz breve que contrasta con su jovialidad anterior.) ¿Está todo expedito? ¿Eusebio en el sesteadero, los hombres armados y apostados en el monte, prontos para aparecer a la señal convenida?

CORVALÁN.- Todo está dispuesto, Excelentísimo Señor...

ROSAS.- (Sacando su reloj.) Las cinco menos cuarto; a las cinco en punto se dijo; y ya empieza a obscurecer. El momento no deja de ser grave, Corvalán. [100] Pero podrá usted dar testimonio de que me ha visto ahora tan tranquilo como cuando, en tal día como hoy -el 24 de junio del año 29,- firmamos con Lavalle esa ridícula convención de Cañuelas. ¡Tanta reconciliación y abrazo para encontrarnos otra vez en armas el uno frente del otro (Mirando hacia el fondo.) Allá vuelve Ramón. Dígale que aquí le espero, y a Álvarez Montes que se esté en la galería aguardando a que lo llame. Dé orden de que no enciendan los faroles hasta cerrada la noche. ¡Ah! ¿cuántos hombres han quedado en el cuerpo de guardia?

CORVALÁN.- Seis hombres, Excelentísimo Señor.

ROSAS.- Bien, que permanezcan armados y prontos para acudir a mi llamado. (Entra MAZA.) Y ahora déjenos solos. (Se retira CORVALÁN.)

Escena XV

ROSAS, MAZA.

(MAZA se queda a dos o tres pasos de ROSAS, inmóvil erguido, aunque no en posición militar.) [101]

ROSAS.- (Después de breve pausa le indica una silla.) Puedes sentarte... (Corrigiéndose.) Siéntese, comandante, si gusta... A pesar mío, lo primero que vuelve a mis labios es el tratamiento familiar de antes; pero debo defenderme contra todo retorno a la pasada confianza, para sólo emplear aquí el estilo del superior, del juez...

MAZA.- (Actitud firme, pero no agresiva.) Yo también, señor, prefiero que en esta entrevista no se use el tono amistoso que me traería recuerdos de infancia y de primera juventud, cuando se proclamaba usted el amigo agradecido de mi padre, en quien miraba, más que a un leal partidario, al apoyo más eficaz de su política...

ROSAS.- Bien, pues. Cuando nos interrumpió Mandeville, hace unos minutos, estaba empezando a desenvolver los hilos maestros del complot urdido contra mi vida, en combinación con los salvajes unitarios emigrados a Montevideo: conjuración de que es cabeza directiva el doctor Maza, presidente de la Junta y principal ejecutor su hijo Ramón, aquí presente. [102]

MAZA.- (Empleando el estilo oficial.) Señor Gobernador: contra mi padre no se han producido ni se producirán sino delaciones calumniosas. Mi padre, como suegro de Valentín Alsina, mantiene, naturalmente, correspondencia frecuente con él. Se ha limitado a censurar los abusos y excesos del actual gobierno de Buenos Aires; nunca ha entrado en conspiración alguna, y hasta ignora la existencia de cualquier trama urdida contra la persona del señor Gobernador. Esta es la pura verdad, y si me encuentro aquí ahora, defiriendo a un llamado del primer edecán, general Corvalán, es porque siento amenazada por las turbas enfurecidas, y ocultamente azuzadas, una noble existencia, que sería deber del gobernador Rosas, casi tanto como mío, preservar y proteger. En cuanto a mí, nada revelaré de nuestros planes [ni mucho menos denunciaré los nombres de sus presuntos autores o ejecutores]. Lo que sí afirmo, bajo mi palabra de soldado, es que no existe, ni ha existido jamás, complot contra la vida del general Rosas.

ROSAS.- Doble impostura. Su padre, el doctor Maza, ha pretendido usar de su prestigio personal y de su autoridad moral, como presidente [103] de la Junta, para comprometer en el plan revolucionario a algunos de sus miembros;

(Seña de denegación muda, pero enérgica, de MAZA.)

y en lo que a usted atañe, luego le exhibiré las pruebas de sus maniobras sediciosas como ciudadano, y de su traición a la bandera, como militar.

MAZA.- (Que empieza a perder su serenidad.) Doble calumnia, contesto a mi vez; no se funda en verdad ninguna de estas imputaciones, y estoy pronto para confundir mañana a mis acusadores ante el tribunal competente... En este estado de la discusión, pido a Vuestra Excelencia permiso para no seguirla y retirarme. He venido aquí por una invitación escrita emanada de Vuestra Excelencia, la que importa un salvoconducto...

ROSAS.- No existe en la Provincia otro tribunal competente que su Gobernador, legalmente investido de omnímodas facultades. Por lo que toca a retirarse de aquí, sepa que no salvará libre el portón de esta quinta sin orden mía: la que no será dada hasta haberse usted Justificado de aquellas acusaciones. [104] (ROSAS se vuelve hacia la galería y llama golpeando las manos, según lo convenido; entre tanto se ve a MAZA tantear la pistola que tiene en el bolsillo de la chaqueta.)

Escena XVI

Dichos y ÁLVAREZ MONTES; después CORVALÁN.

(Aquél entra sin mirar a MAZA y se cuadra a pocos pasos de ROSAS, quedando MAZA a la derecha. La noche está cerrando y a poco se irán encendiendo algunos faroles de la galería y del proscenio.)

ROSAS.- Capitán Álvarez Montes: bajo su palabra de honor como oficial argentino, va usted a declarar lo que sepa respecto de cierta conspiración tramada contra mi persona, y en cuya ejecución está comprometido el teniente coronel don Ramón Maza, aquí presente...

(ÁLVAREZ MONTES ha mantenido la mirada desviada de MAZA.)

MAZA.- (Con desprecio.) ¿Y podrá Vuestra Excelencia prestar fe a la delación de un miserable espión que fingió afiliarse a nuestro grupo para traicionarnos y en cuyas manos relucen todavía los dineros de Judas? [105]

ÁLVAREZ MONTES.- (Enderezándose bajo el ultraje.) (Aparte.) ¡Gracias a Dios que me insulta!... (En voz alta.) Excelentísimo Señor: ratificaré en pocas palabras las revelaciones que con todos sus pormenores tengo hechas ante Vuestra Excelencia. Sin ocuparme de las ramificaciones del complot con el movimiento revolucionario del Sud, en cuya ejecución tiene parte principal el teniente coronel Maza, aquí presente, declaro que este mismo es uno de los afiliados en dicho complot, que debería perpetrarse (Mirando su reloj.) dentro de pocos minutos, en un sitio vecino de esta costa, por un grupo de conjurados argentinos, conducidos en un bote francés de la escuadra bloqueadora. El fin de los criminales es atentar violentamente contra la vida del ilustre Restaurador, a quien se supone descansando, a esta hora, en un sitio próximo y de todos conocido.

MAZA.- (Dando un paso hacia el delator.) Esto último es una calumnia infame: nunca entré en el plan de los conjurados atentar contra la vida del Gobernador, sino apoderarse de su persona y exigirle hiciera renuncia de su tiránico poder... [106]

ÁLVAREZ MONTES.- (Prosigue sin inmutarse.) Todos los detalles del ataque premeditado, ya los conoce en gran parte por mí, Vuestra Excelencia; y nada tengo que decir de los medios que para frustrarlo ha discurrido su alta previsión. Lo único que ignoro, es la señal convenida, que en caso de inconveniente imprevisto (El rostro de MAZA expresa ahora una satisfacción intensa.) daría la alarma a los conjurados.

(Un reloj de pared, en la galería, da las 5. En ese instante se percibe el disparo de un cohete volador que, salido del techo de la ermita, cruza la altura y estalla en las tinieblas ya casi completas; después de un angustioso silencio de algunos segundos, sigue otro disparo, que transforma en una exclamación de alegría la visible inquietud de MAZA.)

MAZA.- (Sin poder contenerse.) ¡Salvados! Esta era la señal convenida que este miserable, felizmente, ignoraba y que su delación no ha podido estorbar...

ROSAS.- (Fuera de sí.) Corra, capitán, con soldados del piquete y rodeen la capilla, tomando preso a cualquiera que se encuentre allí o en los contornos... [107]

(ÁLVAREZ MONTES sale precipitadamente; a los pocos segundos, se ve, por el camino de la derecha, acudir soldados que rodean la ermita, mientras aquél penetra adentro.)

¡Quiera Dios que lleguen a tiempo y se pueda hacer inmediata justicia del criminal!

MAZA.- (En medio de la más dolorosa ansiedad.) Dios no ha de oír votos tan impíos; y sí permitirá que escape ileso el valiente que ha expuesto su vida para salvar la de sus hermanos...

(Minutos de silencio ansioso. Vuelve ÁLVAREZ MONTES.)

ÁLVAREZ MONTES.- (Anhelante.) ¡Nadie! El culpable ha tenido tiempo de huir: hemos oído el galope de un caballo, sin duda el suyo, que salía del monte, camino de la ciudad. Pero (Dando unos pasos hacia ROSAS.) conozco al prófugo, que vive cerca de Vuestra Excelencia, y a quien, hace una hora, he visto en conversación secreta con Ramón Maza.

ROSAS.- ¡Su nombre!



(En el momento en que ÁLVAREZ MONTES se prepara a pronunciar el nombre, mirando con sarcástica sonrisa de triunfo a MAZA, queda petrificado al ver que éste ha sacado su pistola y le apunta.) [108]

MAZA.- (Dispara el tiro y cae ÁLVAREZ MONTES.) ¡Infame delator, no has de consumir tu traición!

ROSAS.- (Al ver que MAZA ha quedado con el arma en la mano, da un grito de terror.) ¡Ramón!...

MAZA.- (Con desprecio.) No se asuste, señor general. No le está destinado el tiro que me queda.

(Han acudido a la detonación CORVALÁN, un OFICIAL y algunos SOLDADOS.)

Escena XVII

Dichos; CORVALÁN, OFICIAL y SOLDADOS, el TENIENTE DÍAZ; después DON EUSEBIO.

ROSAS.- (Recobrando su empaque imperativo.) General Corvalán, reciba la espada del teniente coronel Maza (Así se hace.) a quien conducirá preso a la ciudad, bajo la doble

inculpación de asesinato intentado contra mí y consumado contra un oficial de mi guardia...  
[109]

MAZA.- (Con voz vibrante.) En presencia vuestra, militares argentinos, protesto solemnemente contra la acusación de tentativa de asesinato dirigida al Gobernador de la Provincia, y en prueba de que es falsa, ved cómo tenía esta pistola un segundo tiro que descargo al aire.

CORVALÁN.- (Acercándose a MAZA.) Comandante, ¿me da usted su palabra de que no intentará escaparse en el trayecto hasta la ciudad?

MAZA.- Señor general, tiene usted mi palabra.

ROSAS.- Con palabra y todo, Corvalán, lleve una escolta para impedir cualquier tentativa de evasión...

MAZA.- (Con altivez indignada.) ¡Usted desprecia la palabra de honor de un oficial argentino! Esto completa al comandante de campaña que ostenta el grado de brigadier general, sin haber jamás hecho maniobrar un batallón ni menos entrado con él en el combate. (ROSAS hace un ademán imperativo y los SOLDADOS llevan a MAZA.) [110]

ROSAS.- (A un OFICIAL, indicando en el suelo el cuerpo de ÁLVAREZ MONTES.) Que se lleve a ese muerto o herido al cuerpo de guardia para que lo examine el cirujano.

(Dos SOLDADOS cumplen la orden, llevándose a ÁLVAREZ MONTES.)

Entre tanto, llámese al teniente Díaz que mandó la partida emboscada; y que se presente después su Excelencia don Eusebio de la Santa Federación.

(Se presenta el TENIENTE DÍAZ.)

TENIENTE DÍAZ.- Excelentísimo Señor: sólo tengo que comunicar a Vuestra Excelencia que a las cinco menos cuarto, distribuidos mis hombres en el monte, no tardamos en divisar a la distancia, en la semiobscuridad, un punto negro que debía ser el bote esperado, pudiendo luego percibirse el compás de los remos que batían el agua. A poco, siendo las cinco en punto, según vi en mi reloj, cruzó una luz por el aire, acompañada de un estruendo: era un cohete volador disparado, al parecer, desde esta ermita (La señala con la mano.); a los dos o tres segundos fue disparado otro [111] cohete desde el mismo punto. Después de un breve silencio, volvimos a sentir el ruido de los remos, pero ya, en vez de seguir reforzándose, más y más débil, señal de que el bote se alejaba. Corrí hacia la playa con algunos de los soldados, y mandé hacer fuego sobre el bulto oscuro que apenas se divisaba. Nos respondieron; si bien, visto el ningún efecto de sus fuegos, me di cuenta de que, por la distancia creciente y la obscuridad, lo mismo pasaría con los nuestros. Reuní a mis hombres y aquí estamos de vuelta, esperando las órdenes de Vuestra Excelencia.

ROSAS.- (Despide al OFICIAL, ocultando su despecho.) Está bien, teniente, puede retirarse.

(Vuelve EL OFICIAL del cuerpo de guardia.)

EL OFICIAL.- Excelentísimo Señor: declara el cirujano que la herida del capitán Álvarez Montes es grave, pero no necesariamente mortal...

ROSAS.- (Con indiferencia.) Lo mismo da. Mándese avisar a su padre, don Nicolás Álvarez Montes, para que venga a hacerse cargo del herido, o del cadáver, [112] y pase mañana a percibir en Tesorería la suma asignada por el servicio extraordinario.

(Sale EL OFICIAL.)

(Aparte.) A pesar de todo (Restregándose las manos.) la jornada ha sido buena... Hasta que cierre la noche y sea hora de volver a la ciudad, quedaré aquí tomando algunos mates, a la luz de la luna y al reparo de este ombú.

EL OFICIAL.- (Con respetuosa solicitud.) ¿Qué no teme Su Excelencia que le sienta mal el relente de la oración?

ROSAS.- ¿Qué me va a hacer este fresco? ¿Soy acaso algún pueblerito de alcorza? ¡Si habré pasado noches al raso en el Colorado! Tráiganme el poncho puyo de mi compadre Ibarra y que venga Su Excelencia don Eusebio. (Le traen un poncho que se pone sobre la chapona y se sienta en un sillón de suela para tomar mate, al reparo del ombú. [Óyese una batahola de gritos y carcajadas y aparece DON EUSEBIO, vestido con el mismo traje de ROSAS, que en su cuerpo, raquíto y deforme, le convierte en una caricatura del gobernador. Lo traen algunos SOLDADOS, entre empujones y pellizcos, contra los que el bufón protesta con gruñidos y manotones grotescos que aumentan la hilaridad.]) [113]

DON EUSEBIO.- (A los SOLDADOS.) [¿Quiéren dejarme? (En un crescendo de injurias.) ¡Malevos! ¡Salvajes unitarios! ¡Franceses!]

ROSAS.- (Con fingido enojo.) [¿Quién se atreve a faltarle al respeto a Su Excelencia? Tráiganle al punto su sillón oficial.]

(Le traen como asiento una cabeza de buey. En el acto de ir a sentarse en ella el bufón, UN SOLDADO la retira y el infeliz cae con su redondez en el suelo. Gran algazara. DON EUSEBIO se rasca la parte ofendida, entre las risotadas de los circunstantes.)

(Que goza enormemente aunque trata de contener la risa.) [No haga caso el señor Gobernador: no ha sido sino un error de asiento... Va a ver cómo ya se instala sin accidente. (DON EUSEBIO se sienta con grandes precauciones después de mirar atrás y a los lados.) Y ahora (Tomando de mano de su ORDENANZA el mate cimarrón.) cuéntenos Su Excelencia cómo le ha ido en el monte, y qué sustos le han pegado aquellos salvajes unitarios con sus aliados los inmundos piratas franceses...]

DON EUSEBIO.- [(Abre la boca para principiar su relato...)]

(Telón.)

[115]

### Acto III

En la casa de ROSAS (calle del Restaurador, hoy de Moreno). Sala de recibo y de despacho oficial del Gobernador. Puerta al foro, y otra a la derecha que da al despacho privado y habitaciones de ROSAS; otras dos puertas a la izquierda: la de primer término conduce a las habitaciones interiores de MANUELA ROSAS, la otra a una sala de espera. Alfombra roja de tripe y paredes del mismo color. Escritorio «ministro»; dos o tres mesitas de arrimo. De cada lado de la puerta del foro, confidentes de caoba con forro de damasco punzó; sillas de lo mismo; araña central de ocho luces, apagadas; una chimenea a la derecha, primer término; repisas; armarios con libros. En el fondo, uno arriba de cada confidente, dos retratos de gran tamaño en marco dorado: el de la derecha es el de ROSAS, en uniforme de brigadier general; el de la izquierda representa a doña ENCARNACIÓN DE EZCURRA (el que se encuentra en el Museo histórico). En las puertas, cortinas con abrazaderas. Lámparas encendidas en dos de las mesas, que dan escasa luz. Silencio, que a ratos interrumpen ruidos de sables y espuelas arrastrados en el patio: impresión general de terror y lobreguez. La hora es a medianoche del 27 de junio de 1839 (fecha del asesinato del doctor MAZA) y entrada de la mañana siguiente. Se oirán a su tiempo las campanadas del Cabildo, distante menos de tres cuadras en línea recta.

ADVERTENCIA.-El mobiliario de la pieza, aquí descrito, es, poco más o menos, el que resulta del inventario mandado levantar, después de la caída de Rosas, por el gobierno de la Provincia y existente en el Archivo general de la Nación. [116]

### Escena I

CORVALÁN, DON BERNARDO VICTORICA, jefe de policía, un ORDENANZA.

LA VOZ DEL SERENO.- ¡Viva la Federación! ¡Mueran los salvajes unitarios! ¡Las doce y media han dado y sereno!...

VICTORICA.- Las doce y media, y nada todavía del Restaurador ni de su hija. ¿A qué atribuye usted, Corvalán, una demora tan insólita?

CORVALÁN.- Muy claro me parece, Victorica: al deseo de ocultar a Manuela, siquiera hasta mañana el asesinato de esta tarde...

VICTORICA.- (Sombrío.) Días terribles se nos anuncian, Corvalán; hace una semana, el fusilamiento de Cullen; hoy, el asesinato del doctor Maza, y esta noche ¿quién sabe qué suerte espera al hijo de la reciente víctima? Y esto, es lo que trasciende [117] al público, fuera de lo que sólo nosotros sabemos. Momentos tengo, mi viejo amigo, en que se me hace intolerable esta existencia. Sin contar con que de estos actos, algún día se nos pedirá cuenta, por más que pretendamos no haber sido sino instrumentos de obediencia pasiva.

CORVALÁN.- Tan cierto es, que yo suelo bendecir esta vejez mía que probablemente me evitará esa hora fatal de la liquidación, señalando a mi vida un término más breve que a la tiranía...

VICTORICA.- [Lo único que me incita a continuar en este odioso oficio, entre las patadas del amo y los insultos de los enemigos, es precisamente ¿lo creerá usted? el mismo vociferar continuo, y calumnioso por su exageración, de aquella prensa unitaria que desde el extranjero nos cubre de ignominia...] ¡Qué destino el nuestro! Esta noche, al venir de casa al departamento, la ciudad me semejaba un cementerio, y me sentía tétrico como al volver de un entierro de familia. [118]

CORVALÁN.- (Meneando la cabeza.) Sí, nuestra vida es triste.

(Un ORDENANZA asoma a la puerta.)

¿Qué hay?

EL ORDENANZA.- (Dirigiéndose a CORVALÁN.) El teniente coronel Maestre y el capitán Manuel Gaetán, que se encuentran en la antesala desde las nueve, hacen preguntar al señor general si seguirán esperando...

CORVALÁN.- El comandante Maestre puede retirarse, pero el capitán debe quedar hasta la venida del señor Gobernador, que no puede tardar...

(Venía y salida del ORDENANZA.)

Basta y sobra (Mueca de repugnancia.) con el tal Gaetán. (Parando el oído hacia la calle.) Siento un ruido de coche: han de ser ellos. (Se levantan los dos, ya abierta la puerta del patio, se colocan a uno y otro lado. Entran ROSAS, MANUELA y MARÍA JOSEFA. ROSAS está de poncho y sombrero de copa alta y cónica, a la moda del tiempo; las señoras de velo y vestido negro, bajo sus abrigos. Éstas saludan afablemente a los dos FUNCIONARIOS; ROSAS apenas les mueve la cabeza, tratándolos como sirvientes.)  
[119]

Escena II

Dichos, ROSAS, MANUELA, MARÍA JOSEFA.

ROSAS.- (Sombrío.) Victorica, pasemos un momento a mi despacho particular, para que me dé el parte de la noche. (Entran a la derecha.)

CORVALÁN.- (A MANUELA.) Ante todo, Manuelita, le aviso que Rosita Fuentes ha estado aquí dos veces esta noche, en busca de usted; la acompañaba Jaime Thompson. Muy abatida, la infeliz, con la tragedia de esta tarde, como usted sabrá... sin contar, demás...

MANUELA.- (Impetuosamente.) ¿Qué tragedia? Si no sé nada...

MARÍA JOSEFA.- Pero ¿está usted loco, Corvalán? Recibirnos con esos chismes...

MANUELA.- (Imperiosa.) No te entremetas, ¿no, María Josefa? a querer engañarme como a una chicuela... Y [120] usted, Corvalán, refiérame en dos palabras lo que ha sucedido.

CORVALÁN.- (Desabrochándose a la fuerza.) Pues, esta tarde, a las seis y media, en su despacho de la Junta, ha sido asesinado el doctor Maza...

MANUELA.- (Dando un grito y llevándose las manos a la cabeza.) ¡Oh! ¡qué horror!... (Silencio.) Por eso habría venido Rosita, llena de aflicción, y también acaso... (Con acento febril.) No me oculte nada, Corvalán: Ramón está, como quien dice en capilla, ¿verdad?

(CORVALÁN inclina la cabeza sin contestar.)

Pues, hágame un gran favor: ordene de mi parte que vaya el coche a traer a Rosita; ha de estar todavía en casa de Salomé Guerrico... Que la espero...

(CORVALÁN se inclina y sale a cumplir.)

Gracias, mi viejo amigo. (A MARÍA JOSEFA.) ¿Por qué no aprovechas el coche que cruza la calle de Potosí y te deja en tu casa?

MARÍA JOSEFA.- Me parece bien. Buenas noches, Manuelita: no te aflijas tanto. (Le da un beso y se va.) [121]



MANUELA.- Buenas noches, María Josefa. Disculpá mis nerviosidades que hartos motivos tienen. Yo paso a mi dormitorio, aunque por cierto no me acostaré... (Se separan, yéndose MARÍA JOSEFA por el foro y MANUELA por la izquierda. Al rato vuelve CORVALÁN, a tiempo que salen de la pieza inmediata ROSAS y VICTORICA.)

CORVALÁN.- (Desde la puerta sin fijarse en que MANUELA no está.) Ya está todo cumplido... (Aparte.) ¡Oh! ¡ya se ha retirado!... (Se queda sobrecogido delante de ROSAS.)

### Escena III

Dichos; después el CAPITÁN GAETÁN.

ROSAS.- (Suspica.) ¿Qué ha ocurrido Corvalán?

CORVALÁN.- (Procurando evitar el chubasco.) Nada que merezca atención, Excelentísimo Señor. La señorita Manuelita, sabedora de que Rosita Fuentes la había buscado esta noche, le ha mandado el coche para que venga [122] a hablarla, si tiene urgencia.

ROSAS.- Pero, ¿sospecha algo la Niña?

CORVALÁN.- (Balbuciendo.) Señor, me ha interrogado en forma tan apremiante que no he podido ocultar...

ROSAS.- (Con un gesto de ira.) ¡Ah, viejo estúpido! ¡Ya la embarró!... (Al punto se contiene.) ¿Y qué hizo Manuela al recibir la noticia?

CORVALÁN.- (Temblando.) Entre suspiros y lágrimas, se retiró a sus habitaciones, disponiendo que después de dejar a doña María Josefa, fuese el coche a buscar...

ROSAS.- (Interrumpiéndole brutalmente.) ¡Ya lo dijo! ¡Que está chocho! (Después de reflexionar.) ¡Bah! tanto vale... De todos modos era imposible mantener por más tiempo el secreto.

VICTORICA.- (Para acabar de disipar la tormenta.) Excelentísimo Señor, el Capitán Gaetán está esperando las órdenes de Vuestra Excelencia. [123]

ROSAS.- ¿Gaetán? ¿Por qué no también el comandante Maestre?...

VICTORICA.- Señor, también estaba; pero le permitimos retirarse porque Gaetán solo es quien ha ejecutado el acto; el otro apenas lo ha presenciado, como éste se lo explicará... Pero si Vuestra Excelencia...

ROSAS.- Luego veremos. (Con cierta repugnancia.) Que entre el Gaetán. (Se sienta al escritorio de la derecha.)

GAETÁN.- (Con uniforme de cuartel; hace la venia.) Excelentísimo Señor...

ROSAS.- (Indicándole su derecha, a tres pasos.) Póngase delante de mí, a la luz, y refiera lo hecho, en pocas palabras, sin rodeos ni floreos...

GAETÁN.- (Cuadrándose, habla sin un gesto.) Excelentísimo Señor: a las seis y media, conforme a la orden recibida, siendo ya de [124] noche oscura, penetramos en el local de la Junta el teniente coronel Maestre y yo, quedando afuera, para guardar la entrada, el pardo Félix Patín. Encontramos al presidente Maza escribiendo en su despacho, a la luz de una vela, que a gatas alumbraba la mesa. Entrando de puntillas por la puerta que él tenía a la espalda, pudimos acercarnos sin ser sentidos. Yo traía mi daga desnuda; en momento de levantarla nos vio el oficial de sala don Domingo Cabello, que estaba junto a la mesa. Echó a correr hacia la sala de sesiones, donde se perdió, perseguido por Maestre, mientras yo me arribaba al presidente hasta tocarlo y le hundía mi puñal en el pecho. Dio un grito sordo y se levantó a medias al recibir el golpe, repitiendo: «Basta, paisano, basta...» Le contesté, asestándole una segunda puñalada... No sé si debo repetir lo que me salió...

ROSAS.- (Aparentando calma.) Diga no más...

GAETÁN.- «¡Qué basta, ni qué basta, traidor, hijo de una tal...» Hizo un último esfuerzo para incorporarse y volvió a caer: estaba muerto. [125] Limpié mi puñal en el papel en que estaba escribiendo y que resultó ser su renuncia. Es todo...

ROSAS.- (Después de un rato de silencio angustioso en que todos contienen su respiración.) Ignoro si han cumplido una orden de la Sociedad Popular... Pero supongo (Con acento de ira y desprecio.) que nadie les mandó ultrajar a la víctima en su agonía...

CORVALÁN.- (Desconcertado y balbuciente.) Excelentísimo Señor...

ROSAS.- (Aparte.) ¡Mi viejo Manuel Vicente!... (Reportándose; alto a VICTORICA.) Aunque le consta a usted que no se ha obrado de orden mía, no debo desautorizar a la

Sociedad Popular.... A lo hecho, pecho... (A GAETÁN.) Puede retirarse. (GAETÁN se retira, haciendo la venia sin que ROSAS se digne mirarlo.) A éste no se le pierda de vista, por si reclama una presa la vindicta pública. (A CORVALÁN.) ¿Se habrá recogido la Niña? [126]

CORVALÁN.- Excelencia, voy a preguntarlo a la negra Eugenia... (Sale por la puerta de la izquierda.)

ROSAS.- (Solo.) ¿Con quién abrirme? ¿De quién escuchar una opinión que no sea la sugestión del miedo o el impulso del egoísmo? (Vuelve CORVALÁN.)

CORVALÁN.- Me contestan que la señorita Manuela se encerró en su dormitorio después de marcharse doña María Josefa...

ROSAS.- (Usando un tono de insólita consideración.) Aunque sea tarde, no se vaya todavía, Corvalán; ¡ésta sí, mi viejo amigo, que es de veras y para los dos, noche de servicio extraordinario! (CORVALÁN se inclina y queda inmóvil, mientras ROSAS emprende un paseo por la pieza, visiblemente perturbado y hablando solo, apenas consciente de quien lo está oyendo.) Me siento como nunca perplejo y desorientado... Quisiera oír una voz de verdadero amigo. Pero, ¿a quién dirigirme? Felipe [127] Arana no hará sino galoparme a la par, asintiendo a cuanto yo diga, y convirtiendo en aguachirle mi pensamiento. ¿Mis parientes ricachos? Así Plata Blanca como Macuquino estarán a estas horas enroscados en sus cobijas, fuera de que uno y otro, temiendo comprometerse... ¿Garrigós, Mariño, Medrano y demás? Unos serviles, faltos de sinceridad o consistencia... Sólo en mi viejo compañero y compadre Terrero me confiaría, por lo mismo que nada me deja pasar... Pero, si no está recogido, ¿en qué tertulia pescarlo a media noche, para meterlo en estas andanzas...

(Abre la puerta un ORDENANZA.)

¿Qué hay? ¿Quién está ahí?

EL ORDENANZA.- Pregunta el señor don Juan Nepomuceno Terrero...

ROSAS.- (Su primer impulso es precipitarse hacia la puerta; pero luego, reflexionando, se detiene.) No; (Aparte.) será mejor escuchar primero a qué viene... (A CORVALÁN.) Recíbalo mientras yo voy a buscar un papel y vuelvo en seguida. (Entra a la derecha.)

CORVALÁN.- (Al ORDENANZA.) Que entre el señor Terrero.

(Vase el ORDENANZA.) [128]

Escena IV

CORVALÁN, DON JUAN NEPOMUCENO TERRERO, luego ROSAS.

TERRERO.- Buenas noches, Corvalán. (Se dan la mano.)

CORVALÁN.- Vamos tirando, Terrero. El Restaurador ha entrado un momento en su habitación... Estaba por mandarlo buscar a usted cuando se ha presentado...

TERRERO.- Sí; el taimado de siempre: me mandaba llamar y ahora que vengo se hace el sorprendido. Óigame, amigo Corvalán, y no necesito recalcar en la importancia de mis palabras. Rosita Fuentes va a llegar en busca de Manuelita, y sin duda pasará directamente a sus habitaciones. Le ruego que la vea a la entrada y le diga que, después de recibido su mensaje, ha venido aquí para servirla en cuanto pueda... (Entra ROSAS trayendo una carta abierta, que deja en la mesa. Apretones de manos.) [129]

ROSAS.- (Efusivo.) Perdoná que te haya hecho esperar un minuto, Juan Nepomuceno; y decime, ¿a qué debo tan grata visita, a estas horas?...

TERRENO.- (Más frío.) Estaba aquí cerca, de tertulia en casa de Lahitte, donde, como pensarás, no se ha hablado sino de la tragedia de la Legislatura. Al retirarme, he experimentado el deseo, casi diría la necesidad, de hablarte, de oírte, aunque esto de andar solo a deshoras en Buenos Aires...

ROSAS.- No te preocupes: te haré llevar en mi coche... No necesito que me digas con qué ánimos entras a verme. Pues bien: para prevenir tu primera pregunta o destruir una

falsa prevención -y no ignoras que jamás te he ocultado la verdad:- yo no he ordenado el asesinato.

TERRERO.- Cuestión de forma. A todos, en torno suyo, les consta cómo hace días nada ignorabas de [130] lo que se tramaba; sabían tus sicarios que podían acometer impunemente al anciano desarmado, ¡a tu amigo de treinta años!... Y tampoco esta vez, como cuando se trató de perseguir a los sayones de Barrancayacu, instrumentos visibles de un brazo oculto...

ROSAS.- (Interrumpiéndole con un principio de irritación.) Mirá, Juan; mejor será que no revuelvas lo pasado...

TERRERO.- (Sin inmutarse.) Me parece sentir en tus palabras como un retintín de amenaza...

ROSAS.- (Reprimiéndose y en tono afectuoso.) No te amenazo, Juan Nepomuceno, mi viejo amigo y compadre, bien sabés que puedes hablarme hoy con la misma libertad que hace veinte años, cuando éramos socios en estancias y saladeros... En prueba de ello, te confesaré que estaba por mandarte buscar cuando entrastes, previniendo mi deseo. Así, no hagas caso de alguna brusquedad que se me escape. (Con expresión sincera.) Estoy desazonado, Juan. La relación que se me ha hecho del asesinato me ha movido algo aquí dentro (Tocándose el pecho.). Basta ya. De esa maldita conspiración, en que estaba metido Manuel [131] Vicente con los salvajes de aquí o de allá, y haya sido él instigador o instigado, te juro que no quisiera saber más...

TERRERO.- (Vivamente.) ¡Pero, precisamente, lo que te falta saber, y tenés que oír ahora, es la verdad!

ROSAS.- (Trayendo la carta que ha dejado sobre la carpeta.) ¡La verdad!... Lee esta carta. Está, como ves, dirigida a Valentín Alsina; es tan breve como significativa: en ella, Manuel Vicente insiste con su yerno para que Lavalle se pronuncie sin dilación...

TERRERO.- Ante todo, decime ¿cómo ha llegado a tus manos este documento?

ROSAS.- Por la policía, que lo recibió de la Sociedad Popular Restauradora...

TERRERO.- ¿Por qué no dices de la Mazorca? ¡Esa pandilla criminal de veinte lobos que atrañlan [132] a doscientos podencos, y en cuya lista ¡gracias a Dios! no se ha visto ni se verá el apellido de Terrero! (Sarcásticamente.) Te felicito por la procedencia... Veamos, con todo. (Toma el papel y lo lee con atención.) ¡Ah! ya di con lo que buscaba y estaba seguro de encontrar: la prueba del fraude. El estilo de esta carta (Devolviéndosela.) aparece tan burdamente falsificado como su letra. Me consta que Manuel Vicente nunca tuteaba a Alsina, ni lo llamaba por su nombre de pila, sino siempre por su apellido. Son indicios que saltan a la vista.

ROSAS.- ¡Qué avisado estás, Juan Nepomuceno! Nunca (Con ironía.) te creí tan legisperito. ¡Cómo se ve que salís de aquella tertulia de lomos negros, donde te has afilado el pico y el espolón para la riña!...

TERRERO.- (Gravemente.) Burlas a un lado, Juan Manuel. ¡Espero que todavía no haya llegado a tanto tu falta de sensibilidad que echés a broma un asunto en que, después de la muerte del padre, está en juego la vida del hijo!... [133]

ROSAS.- (Recobrando su seriedad.) Si has venido a pedirme el indulto de Ramón, no puedo concedértelo. ¡Y lo que te niego a ti, mi mejor amigo, y negaría a esa pobre criatura que va a enviudar al mes escaso de casada, tendré asimismo que negarlo, cuando venga a suplicarme- ¡y sabemos de qué modo suplica para otros!- a mi hija Manuela, ¡al ser que más quiero en el mundo! Y esto, creemelo, no por crueldad ni resentimiento, sino por el alto concepto que tengo de mi deber como gobernante. Es posible que el padre no mereciera morir; el hijo lo merece diez veces. Además de su inteligencia con Lavalle y la facción unitaria vendida a los franceses, Ramón Maza era el jefe reconocido del complot urdido contra mi vida y que se frustró el 24. En mi presencia, hirió mortalmente a un oficial en servicio cerca de mi persona, apuntándome luego con su pistola cargada. Después de este doble atentado, tomado preso y reducido a la impotencia, me ha dirigido en público, a mí, jefe del Estado y autoridad suprema del ejército, insultos sangrientos... Te repito, Juan, que ha merecido la sentencia de muerte por mí pronunciada, y que irremisiblemente se cumplirá dentro de una hora, en el mismo patio de la cárcel... [134]

TERRERO.- (Sin desconcertarse.) Vamos por partes. (Se sienta mientras ROSAS queda de pie, yendo, agitado, de un extremo al otro de la pieza.) Te concedo que Ramón -unido, siquiera en intención, a la mitad del pueblo de Buenos Aires- esté comprometido en una vasta conspiración contra tu gobierno. Reconozco que, después de preso, Ramón te ha dirigido graves insultos personales. En cuanto a la «muerte» de Álvarez Montes, el caso se reducirá, según el cirujano, a una herida curable... Creo que es todo. Y ahora, Juan Manuel, quiero que me declares, hablando aquí con toda sinceridad, ¿cuál de los delitos enumerados te parece merecer la pena capital que, como juez y parte, has pronunciado?...

ROSAS.- (Con vehemencia medio sincera, medio histriónica.) Cualquiera de ellos, como atentado de lesa patria. Pero, por sobre todos los citados, la connivencia sacrílega de esos unitarios con la tentativa de conquista extranjera, la que ya se puso de manifiesto en el asalto de Martín [135] García, primer avance violento de este bloqueo francés que nos arruina... Ayer, cuando sacrificaba a Cullen, la prensa adversa -y perversa- de Montevideo me acusó de no haber perseguido en él más que la satisfacción de mis odios personales. Es una de las cien calumnias propaladas por mis enemigos: a quien únicamente perseguí fue al aliado venal de la Francia invasora. En este caso, como en cualesquiera otros análogos, la causa santa que defendí no fue siquiera la de mi partido, fue la de la patria; ¡y los ejecutores de mis órdenes no tenían por qué exhibir la mezquina escarapela de un bando, cobijándose bajo los gloriosos colores de mi bandera!...

TERRERO.- (Con amarga ironía.) ¡Los colores de tu bandera!... Mirá, Juan Manuel: yo no soy más que un buen estanciero, acaso algo más leído que vos; si bien, en cambio, desprovisto de toda experiencia en los negocios del Estado. Pero me doy cuenta de la parte

de verdad que encierran tus razones. No niego que, en el fondo, defiendas quizá la causa de la patria; pero sí afirmo que este fin plausible, si es el tuyo, intentas realizarlo por medios abominables. ¿Cómo podés afirmar que no acaudillas un [136] bando si, a estas horas, para los llamados federales, un compatriota unitario es mucho más odioso y odiado que el aparente o supuesto invasor? Proclamas, y te hacen coro tus periodistas, unísonos con tus legisladores, que la dictadura fue indispensable para salvar al país de la disolución; y entonces dijistes, para conseguirla y cohonestarla, lo que repites hoy: a saber, que tu tiranía providencial era el único baluarte preservador de la anarquía... Yo, que creí en tus promesas y he marchado en tus huellas, me detengo ahora, perplejo y ya sin fe ni confianza, en las tinieblas del caos actual... ¿Qué mayor y más atroz anarquía puede existir, decime, que la presente, con la guerra civil en diez provincias y el Terror en Buenos Aires, donde contemplamos a los hijos de la misma ciudad persiguiéndose unos a otros, puñal en mano, con vociferaciones feroces y soeces, desde las bancas de la escuela hasta el interior de los hogares, y desde las cátedras universitarias, ya casi desiertas, hasta las de los templos, profanados por invocaciones y anatemas igualmente sacrílegos?

ROSAS.- Esos males transitorios han sido necesarios para destruir los privilegios de una oligarquía [137] urbana que abusivamente pesaba sobre la desheredada mayoría campesina; aquellas violencias representan las imposiciones de un gobierno fuerte y despótico -te lo confieso- empeñado en esbozar un pueblo civilizado con nuestra muchedumbre bárbara...

TERRERO.- ¿Qué pueblo civilizado vas a formar, si bajo tu tiranía no se ha creado otra institución que la Mazorca? ¿Si en diez años de dictadura omnímoda no has hecho sino apagar las antiguas luces sin encender ninguna nueva?

ROSAS.- ¡Famosas luces las que propagan tus unitarios de levita!...

TERRERO.- ¿Por qué llamarlos mis unitarios? Bien sabés que yo soy federal, y más legítimo que vos, puesto que mi federalismo repudia los crímenes tolerados o fomentados por el tuyo. Condeno en general las conspiraciones, los complots tenebrosos que combaten la ilegalidad gubernativa con la emboscada alevosa e irresponsable... Por lo mismo, cortando estas [138] vanas disputas y volviendo al objeto especial de mi visita, te declaro que no apruebo la actitud sediciosa de Ramón Maza y que admito en principio la justa vindicta de la ley, aunque no el castigo arbitrario y cruel impuesto por tu resentimiento. Pero, ya que tienes poder para ser implacable, usalo esta vez para mostrarte clemente. Lo que solicito no es una absolución, sino un indulto, bajo el compromiso formal de renunciar Ramón a todo manejo subversivo y entregarse a sus trabajos de campo... Te pido que algo pese en tu balanza el sacrificio injusto del padre inocente, como circunstancia atenuante o redentora de la culpa del hijo. (Con emoción.) Te lo pido en nombre de nuestra amistad de treinta años, de tu hija Manuela, cuyos sentimientos conozco; por fin, en nombre de esta desgraciada Rosita Fuentes, hermana de tu nuera y criada casi en tu hogar.

(Se presenta un ORDENANZA.)

EL ORDENANZA.- Está en la sala de espera la señora doña Rosita Fuentes con el caballero Thompson... Dice que ha sido llamada por la señorita doña Manuela y vienen en su coche... [139]

ROSAS.- Hacelos pasar a la salita de la Niña y que le avisen... (Refunfuñando a media voz.) ¡Todavía ese boquirrubio por acá!..

TERRERO.- ¿Cómo querías que Rosita cruzara sola la ciudad, a la una de la mañana?

ROSAS.- Ya sé; pero no me gustaría que el gringuito diera en menudear sus visitas. Sabrás que, según informes que tengo, anda ya «salvajeando»...

TERRERO.- ¿Se habrá hecho unitario con frecuentar a Manuelita?... Dejate de cavilaciones...

ROSAS.- Es que el tal Jaimito se me viene sentando en la boca del estómago...

TERRERO.- Naturalmente, es tu tema de siempre: te basta sospechar alguna simpatía entre él y Manuela... Y será el décimo pretendiente, o tenido por tal, a quien despaches. Pero en [140] eso no me meto y (Mirando el reloj.) ya es hora de tocar retirada. Con que, compadre y amigo, ¿en qué quedamos? ¿Qué quieres que diga a esta afligida criatura que va a detenerme al pasar?

ROSAS.- (Después de reflexionar.) Mirá, Juan; sos, te repito, la única persona en el mundo a quien nunca he intentado encubrir la verdad. No te oculto que tus razones me han impresionado, si no convencido. No te prometo todavía modificar mi resolución, pero sí procurar algún modo fundado para modificarla. Como juez supremo y sin apelación, voy a ordenar que traigan aquí a Ramón, para interrogarlo en presencia de Victorica y de Corvalán, como testigos. Entiendo que él nada sabe todavía de la muerte de su padre: no puede, pues, abrigar contra mí nuevas prevenciones sobre las antiguas, que es de suponer se hayan atenuado un tanto en tres días de calabozo. Así que, según lo que resulte del interrogatorio, procederé, te lo juro, sin odio ni rencor.

TERRERO.- Pero, Juan Manuel, no me dejes ir bajo esta dolorosa incertidumbre. ¿Cuál es tu intención, tu previsión acerca del resultado? [141]

ROSAS.- (Sincero.) Pues bien, (Le da la mano despidiéndolo.) mi presentimiento, amigo y compadre, acorde con mi deseo, es que de esta conferencia ha de resultar ser puesto Ramón en libertad. Todo depende de su actitud: en sus manos está su propia suerte. Adiós. (Camina TERRERO hacia la puerta, acompañado por ROSAS; pero éste se detiene antes de llegar al umbral.) Y ahora (Prestando el oído.) te dejo en poder del grupo mujeril que se nos viene; mientras yo aprovecho doblemente el paréntesis, descansando unos



minutos y esquivando la enojosa escena de llantos y suspiros. Pero, cuidado con excederte en tus confortaciones a Rosita; sería quizá prepararle desengaños: lo dicho y nada más. (Al ORDENANZA.) Llámeme al oficial de servicio. (Al OFICIAL que al punto se presenta.) Vaya al Departamento de policía y prevenga de mi parte al señor jefe que se sirva venir trayendo al reo teniente coronel don Ramón Maza, con la correspondiente escolta. (Sale el OFICIAL por el foro, mientras ROSAS se va por la puerta de la derecha.) [142]

## Escena V

TERRERO, MANUELA, ROSITA, de luto, THOMPSON.

ROSITA.- (Corre hacia TERRERO.) ¿Qué nuevas me tiene, mi gran amigo?

TERRERO.- He hablado largamente con Juan Manuel; y me limito, Rosita, a transmitirte mi estado de ánimo: tengo mucha esperanza...

ROSITA.- (Con precipitación febril.) Pero, Terrero, ¿dese cuenta de mi agonía, cuando puede estar tan próximo el momento fatal! A las once, he recibido una carta de Ramón dándome el supremo adiós, pues su ejecución estaba fijada para las dos de esta madrugada...

TERRERO.- Calma, hijita. Queda un recurso que quizá importe la salvación. Ramón va a venir para comparecer ante el Gobernador. Hacele decir, o mejor decíselo vos, si logras hablarle, que en esta conferencia se abstenga de toda [143] expresión irritante para Rosas o injuriosa contra su política: de su moderación pende su vida. ¡Ah! decime: parece que Ramón no está informado de la catástrofe de esta tarde, importa que siga ignorándola una hora más, para evitar (Bajando la voz y echando una mirada a MANUELA.) algún estallido irreparable. Y ahora, hija mía (Con afecto paternal.) Dios nos dé buena suerte... (A MANUELA.) Tu tatita se ha retirado allí (Señalando la puerta de la derecha.), diciendo que iba a descansar un rato. Pero estas fórmulas no rezan con vos: entrate sin miramiento, que el tiempo urge, y hablale como sabes hacerlo, llevando a cabo lo que dejo empezado. ¡Adiós! (Vase.)

MANUELA.- Me parece buen consejo el de Terrero, y sin más tardanza voy a seguirlo.  
(Entra a la derecha.)

ROSITA.- (Siguiéndola con la mirada.) ¡Alma noble y valiente, Dios te oirá!

THOMPSON.- (Hablando consigo.) Sí: es un ángel en la puerta del infierno. En esta monstruosa dictadura del padre, la hija se ha reservado el ministerio de la caridad. Y reconcilia con la naturaleza humana [144] el comprobar que del coro formado por la depravación de los malos y la abdicación de los buenos, no se alza una voz desafinada para desconocer la virtud de Manuela Rosas... [Y ¿quién sabe si de esta fusión de los ánimos en un concierto de alabanza a la hija, no resultará algún día la «gracia» del padre ante la opinión: parte de la enmienda del déspota, parte de la amnistía que le concedan los despotizados?...] ]

ROSITA.- [¡Qué bien dicho, amigo mío!...] En medio de mis angustias presentes, Jaime, me es un inmenso consuelo tenerlos a los dos cerca de mí, y ver cómo... se entienden.  
(Silencio.)

MANUELA.- (Volviendo del cuarto vecino.) Tatita dice que pases, que consiente en hablarte. Es excelente síntoma. Pero (Notando en ROSITA ciertos celos y timidez.), no es el momento de acortarse ¿entiendes? sino de hablar con fuerza y vehemencia. Ya sabes cómo tatita te quiere. ¡Vamos, valor!

ROSITA.- (Caminando resueltamente hacia la puerta.) ¡Vaya si lo tendré! ¡Para salvar a Ramón me metería en la jaula de un tigre! [145]

THOMPSON.- (Aparte, mientras MANUELA abre la puerta a ROSITA.) No está mal hallado el símil...

Escena VI

THOMPSON, MANUELA.

MANUELA.- (Alegremente.) Ya que toman mejor cariz los asuntos graves, hablemos algo de los suyos, que felizmente no lo son tanto. ¿Sabe en qué actitud encontré a tatita? Releyendo la solicitud de usted para ausentarse a las provincias, junto al pasaporte que acababa de firmar...

THOMPSON.- (Sonriendo con algo de ironía.) ¡Qué celeridad! ¿No será el caso del refrán «¿Al enemigo que huye, puente de plata?» [(Seriamente.) De todos modos, Manuela, le agradezco este servicio más que debo a su inagotable bondad...]

MANUELA.- ¿Por qué [me habla así, con fórmula de trivial cortesía, como a persona extraña?... [146] ¿Por qué, sobre todo, (En tono de suave reproche.) alude siempre a tatita con ironía o acritud?

THOMPSON.- (Con acento sencillo y profundo.) Sí, tiene usted razón; son de pésimo gusto estas saetillas irónicas que en presencia de usted todavía se me escapan. Mucho más, cuando parece que Rosita y todos los que queremos a Ramón, nos vamos a ver en el caso de celebrar un acto de gobierno que importe un gesto de generoso olvido...

MANUELA.- (Aprobando con la cabeza.) Espero que así sea... Y ¿será larga su ausencia?

THOMPSON.- Por lo menos de algunos meses; acaso un año...

MANUELA.- (Pensativa.) ¡Un año de trabajos, de luchas en aquel desierto, bajo un clima riguroso, entre gente tan primitiva! ¿Por qué, Jaime (Con interés afectuoso.), condena usted su juventud a tan austero sacrificio? [147]

THOMPSON.- Podría decirle -y no mentiría- que primero me movió la ambición de ser útil a mi país. Pero, al atractivo natural que me volvía a la patria, no se me ocultaba que estaba unido otro más íntimo y profundo. Y hoy, por fin (Tomándole la mano.), si tengo premura en alejarme de usted, tesoro y bien supremo de mi vida, es sobre todo porque así anticipo la hora del retorno, confiando en Dios que, para entonces, habránse quitado los obstáculos que alzan hoy una valla insuperable a nuestra felicidad.

MANUELA.- Un año más sin vernos ¡qué eternidad! Con todo, nos será breve si trae ese cambio de fortuna que pueda unirnos para siempre. ¡Oh, gozar la paz deliciosa de la obscuridad! ¡Verme libre de papeles decorativos! ¡Sacudir este disfraz paródico de no sé qué ridícula princesa pampeana, para no ser sino una esposa amada y reina de su apacible hogar!...

THOMPSON.- (Atrayéndola a sus brazos.) Sí; tal viviremos juntos, siéndolo todo el uno para el otro en el universo, aquí o en [148] cualquiera parte de la tierra. Y acaso entonces no esté de más al lado nuestro tu anciano padre, redimido por su caída y amnistiado por la proscripción... Dime una vez más que me amas...

MANUELA.- ¡¡Oh, Jaime mío!!

(Silencio palpitante; la puerta se abre, apareciendo en ella ROSITA.)

ROSITA.- (Secándose los ojos, exclama con alegría.) ¡Vivan los novios!... (Se acerca.)  
¡Al fin, parece que salvaremos este paso terrible! Tu padre está dispuesto a perdonar,  
siempre que Ramón se avenga a desistir definitivamente de sus malditas ideas  
revolucionarias. ¡Yo le hablaré aquí mismo, dentro de un momento, y espero, amigos míos,  
espero, espero!... ¡Ah, Dios santo, qué rayo de luz en mis tinieblas! [Y por lo visto, todos  
aquí vamos a ser felices: sí, nosotros seremos testigos satisfechos de la dicha suya, como  
han sido ustedes partícipes de nuestra aflicción...] (Presta atención hacia afuera.) Creo que  
ahí vienen... [149]

## Escena VII

Dichos; CORVALÁN, que abre la puerta del foro.

CORVALÁN.- Ya llega Ramón con su escolta. Tendrán ustedes que retirarse...

MANUELA.- Nos retiramos de aquí. Pero, dígame, Corvalán, ¿no podría colocarnos de  
modo que oyéramos lo que va a pasar, sin ser vistas, naturalmente? Comprenderá usted  
(Con insistencia afectuosa.) que no es cosa de curiosidad, sino el deseo de seguir lo que tan  
hondamente nos interesa...

CORVALÁN.- (Halagado, con solicitud senil.) Para darle gusto a usted, Manuelita, todo  
me es fácil. (Se dirige hacia la puerta izquierda y desprende de sus abrazaderas las cortinas,

abriendo luego dicha puerta.) Ya está el escondrijo. En caso de acercarse algún indiscreto no tendrán más que retirarse a esta pieza, cerrando la puerta... [150]

MANUELA.- Perfectamente. (MANUELA se coloca tras la cortina, que deja entreabierta por el lado del público, quedando así por momentos visibles los personajes escondidos.)

## Escena VIII

Dichos, MAZA, VICTORICA, UN OFICIAL y SOLDADOS; luego ROSAS.

ROSITA.- (Ha quedado fuera del escondite y se acerca a CORVALÁN.) Le suplico, general, que me permita hablarle aparte algunas palabras... (Seña de asentimiento. MAZA se acerca a ROSITA que ha quedado anhelante en medio del escenario: abrazo convulsivo; luego se apartan hacia el ángulo izquierdo del proscenio.)

MAZA.- (Procurando dominar su emoción.) ¡Rosita mía!...

ROSITA.- (Entre sollozos.) ¡Oh! mi Ramón, verte así... imposibilitado hasta de apretarme en tus brazos... [151]

ROSAS.- (Entra por la derecha y después de mirar un segundo al grupo.) ¡Quítenle las esposas!... (A VICTORICA, con rudeza.) ¿Que tienen miedo que se les escape?

VICTORICA.- Excelencia, como no había orden... Con verdadero gusto obedezco. (Le desaprisionan las muñecas.)

MAZA.- (Con pasión, estrechando a su mujer.) ¡Ven ahora, que te dé yo el fuerte abrazo, bien mío!...

ROSITA.- (Viendo una seña de ROSAS.) Nos están separando, pero confío en que no será sino por unos minutos... (Hablando a media voz y con precipitación.) Sé que a Rosas le animan las mejores intenciones: acaba de decírmelo. Sólo quiere que accedas a algo que te

va a pedir, no sé qué dato y compromiso sobre tu conducta política. No te negués, Ramón, te lo pido de rodillas: en nombre mío y... en nombre... (Le desliza una breve frase el oído, cuyo sentido se adivina.) [152]

MAZA.- (Con viva emoción.) ¡Oh! sí, te lo prometo: me contendré y cederé hasta los límites de mi honor de hombre y de soldado... (Después de alejarse un paso, vuelve.) Pero, decime, Rosita, ¿por qué estás de luto?

ROSITA.- No estoy de luto; visto de negro desde que estás lejos de mí...

MAZA.- Estoy inquieto; ¿no has tenido esta tarde noticias de mi padre? Desde ayer nada he sabido de él...

ROSITA.- (Con esfuerzo para ocultar la verdad.) No; no sé nada... Ha de estar en la quinta... Pero, no te inquietes. ¡Otro abrazo!

(ROSAS se sienta tras el escritorio de la derecha. MAZA está de pie, delante de la misma mesa, en actitud reglamentaria de formación; CORVALÁN también de pie, al lado de ROSAS; VICTORICA en el fondo; los dos SOLDADOS guardan la puerta. ROSITA se ha retirado por la puerta de la izquierda, segundo término; aparecerá luego, junto a MANUELA, tras de la cortina. Un ESCRIBIENTE de gobierno, sentado en la cabecera de la mesa escritorio, está tomando apuntes para la redacción del acta.) [153]

ROSAS.- (Con acento breve, apenas imperativo.) Teniente coronel Maza: deseo que este interrogatorio sea tan breve como decisivo. Conoce usted las causas de su prisión: no volvamos sobre ello... Lo considero a usted como un oficial pundonoroso, extraviado quizá por sugerencias y doctrinas perversas (Movimiento de RAMÓN, al punto reprimido.) le pido primero que jure aquí solemnemente, bajo su palabra de soldado, renunciar para siempre a tomar parte en cualesquiera maquinaciones o complots subversivos contra el Estado y el gobierno legal del país...

MAZA.- (Con voz clara y firme.) Excelentísimo Señor: si he de conservar la vida, me consideraré desde este momento, y para en adelante, en la situación de un prisionero de guerra que contrae la obligación solemne de no llevar las armas contra el enemigo durante toda la campaña. Juro, pues, sobre mi honor -ya que no tengo espada,- como militar y como ciudadano, que no tomaré parte en ninguna tentativa tendiente a combatir el actual régimen gubernativo. [154]

ROSAS.- Acepto y tengo por bueno el compromiso jurado del teniente coronel Ramón Maza, que oportunamente se formalizará. Ahora, como primera sanción de este mismo compromiso, exhorto al comandante Maza, a que, renunciando a la actitud de obstinado mutismo, en que hasta ahora ha persistido, se avenga a revelar, como secreto importante a la seguridad del Estado, los nombres de sus cómplices en la criminal intentona del día 24.

MAZA.- (Después de unos segundos de angustioso silencio.) Excelentísimo Señor: me siento obligado, por un dictamen de conciencia, a mantener mi anterior actitud; [por lo tanto, rehúso categóricamente delatar a uno solo de los que fueron mis compañeros de causa].

(Sensación en el auditorio.)

ROSAS.- (Sin irritarse todavía.) Teniente coronel Maza: piense bien en las consecuencias de su negativa... (Después de unos segundos de reflexión.) Pues bien: para que conste mi actual inclinación a la lenidad [155] en este asunto, declaro no ser mi propósito perseguir criminalmente a los miembros de cierta logia, culpables o sospechosos de conspiración. Y en prueba de ello, anuncio que, terminada la información, serán puestos en libertad los presos Avelino Balcarce, Santiago Albarracín, José María Ladines y Carlos Tejedor, comprometidos en dicho complot. Pero tengo especial y justo empeño en descubrir a algunos empleados del Gobierno que abusan de sus funciones para traicionarlo; y aquí me refiero en particular al individuo que en la citada tarde, con la señal hecha desde la ermita de Palermo, fue causa de que los fautores del atentado escaparan al condigno castigo. El nombre de este servidor desleal -probablemente militar,- a quien vió conferenciando con usted (Dirigiéndose a MAZA.) un testigo que actualmente no está en condición de declarar, es el que pido (Con un marcado acento de amenaza.), el que exijo serme revelado sin demora.

MAZA.- (Con fría e imperturbable firmeza.) He pesado las consecuencias probables de mi negativa, Excelentísimo Señor, y persisto en ella: no cometeré la felonía que se me exige. [156]

ROSAS.- (En un estallido de ira.) ¡Basta ya de miramientos y contemplaciones! (Al OFICIAL de la escolta.) Que se repongan los grillos al reo y se le vuelva preso a su calabozo hasta la hora de dar cumplimiento a la sentencia.

(Óyese un grito de mujer tras de la cortina: es ROSITA que se había adelantado fuera de la puerta y cae desfallecida en brazos de MANUELA; ésta indica a THOMPSON que la lleve al interior de la habitación, quedando sola a la vista, después de cerrada la puerta. Entretanto, la escolta lleva al preso.)

General Corvalán: vea lo que hay allí...

MANUELA.- (Presentándose en escena.) Yo soy, padre mío: y el grito que ha oído era de Rosita, que ha presenciado este horrible interrogatorio hasta donde sus fuerzas se lo han permitido. Voy a disponer que sea conducida a su casa y luego volveré a conversar a solas con usted. (Mirando a su padre con firmeza y honda intención.) Y créame, padre mío, esta conferencia es necesaria y urgente, pudiendo tener consecuencias tan graves para usted como para mí. (Se retira por la puerta de la izquierda, después que ROSAS le ha contestado con una seña de asentimiento.) [157]

Escena IX

ROSAS, VICTORICA, CORVALÁN; después MANUELA.

ROSAS.- (Con siniestra frialdad.) Victorica, ¿para qué hora se fijó el fusilamiento?

VICTORICA.- Excelentísimo Señor: un oficial lo notificó al reo a las diez de la noche, dándole un plazo de cuatro horas para sus últimas disposiciones: será, pues, ejecutado, en el patio de la Policía, hoy a las dos de la mañana, salvo que otra cosa disponga Vuestra Excelencia.

ROSAS.- Nada tengo que modificar en la orden dada: la sentencia ha de cumplirse (Recalcando.) exactamente ¿oye usted? a la hora fijada. Ello entendido, ponga toda su



atención en el alcance de mis palabras. Dígame primero: ¿en cuántos minutos suele uno de sus gendarmes, al galope corto del caballo, recorrer las tres cuadras que median entre esta casa y la Policía? [158]

VICTORICA.- Excelentísimo Señor: en dos minutos, segundos más o menos.

ROSAS.- Bien. Ahora, Victorica, no pierda una sílaba de mis instrucciones, que sólo debe conocer y hacer cumplir sin apartarse un punto de ellas. A las dos menos cinco minutos, estará formado en el patio de la cárcel el pelotón ejecutor al mando de un oficial. El reo será luego extraído de su calabozo y sentado en el banquillo, de modo que, junto con el toque de las dos por el reloj del Cabildo, se ejecute, sin pérdida de segundos, el fusilamiento ordenado, levantándose después el acta correspondiente. Todo ello, por supuesto, salvo orden contraria, escrita y firmada de mi puño y letra... (Mirada significativa a VICTORICA.) que probablemente no le llegará.

VICTORICA.- (Inclinándose.) Así se hará, Excelentísimo Señor... Ahora, sólo falta, para la ejecución, la orden escrita de Vuestra Excelencia... [159]

ROSAS.- (Mostrándose poco inclinado a esta formalidad.) En caso tan especial, Victorica, ¿la cree usted indispensable? ¿No bastaría la orden verbal?

VICTORICA.- Indispensable, Señor, para el oficial ejecutor y para el Archivo.

ROSAS.- (Después de un segundo de vacilación.) Sea, pues... (Se sienta en el escritorio de la derecha, donde se pone a escribir con la esmerada aplicación y la mueca de un pendolista convencido; se le ve subscribir sus cuatro líneas con su firma y la complicada rúbrica. Entretanto, ha entrado por la izquierda MANUELA, que se detiene allí.) Un momento, Niña.

MANUELA.- (Indica a CORVALÁN que se acerque para hablarla aparte.) Tengo que pedirle un favor, Corvalán. (Seña de aquiescencia.) Rosita se retira a su casa, acompañada de Thompson. Éste ha quedado en volver aquí, a saber el resultado de mi conferencia con tatita. Le ruego que [160] ordene al soldado de guardia que deje penetrar a Thompson, y al ordenanza, que lo conducirá a la salita de espera (Indicando la primera puerta de la izquierda.) hasta que yo le pueda hablar. Gracias, mi buen amigo...

ROSAS.- (Se levanta con el papel en la mano; después de indicar a VICTORICA que se acerque, se pone a leerle lo escrito, barbotando las primeras palabras y pronunciando distintamente las siguientes:) «Y se ordena al Jefe de policía que el reo parricida de lesa América, teniente coronel Ramón Maza, sea fusilado en el patio de la Cárcel pública, a las dos de la mañana del día de hoy, 28 de junio de 1839.- Juan Manuel de Rosas.-» (Entrega el papel a VICTORICA, que lo guarda después de echarle una rápida ojeada.)

VICTORICA.- (Despidiéndose con un profundo saludo.) Excelentísimo Señor: todo será cumplido estrictamente. (Se va.)

LA VOZ DEL SERENO.- (En la calle.) ¡Viva la Federación! La una y media ha dado y serenooo... [161]

CORVALÁN.- (Aparte.) A Ramón Maza le queda media hora de vida...

ROSAS.- Déjenos solos, Corvalán, y que nadie nos interrumpa ni se acerque a esta pieza.

(CORVALÁN se retira por el foro, cerrando la puerta.)

Escena X

ROSAS y MANUELA.

ROSAS.- Sentate, Manuelita. (Le indica el sofá que ella no acepta, quedando de pie, apoyada en un sillón; él se sienta adelante del escritorio, revelando con su actitud, además del cansancio, cierta inquietud y como aprensión de lo que va a ocurrir.) Debería dejarte la palabra, ya que sos vos quien ha querido esta conversación, a la una y media de la mañana. Pero me siento esta noche algo cansado de cuerpo y espíritu; y como preveo de antemano, por el tema probable de la discusión, que ella será penosa [162] para los dos prefiero abreviarla lo más posible. ¿No te parece mejor así?

MANUELA.- (Con fría aquiescencia.) Será como usted gusta, padre mío...

ROSAS.- ¡Hum! «padre mío»: mal principio. ¿Ya no soy tu tatita?

MANUELA.- (Con una débil y forzada sonrisa.) No me salió de pronto el tratamiento infantil; pero no me costará volver a él: hable usted, tatita... (Se sienta en un sillón.)

ROSAS.- Comprendo tu aflicción presente: te has criado como hermana con Rosita, y debes sentir casi a la par suya la gran desgracia que la hiere. Pero de esto a la actitud que te veo pronta a asumir, como si te unieras a mis enemigos, hay todo lo que va del respeto por los deberes filiales al olvido completo de esos deberes. Y te prevengo que ni un instante habría de tolerar tal conducta.

MANUELA.- (Con una calma que encubre su indignación aunque recalando cada palabra.) [163] Señor: no pienso rehuir la explicación completa que usted mismo provoca; aunque temo que en el curso de ella llegue mi lenguaje a asumir una forma que por cierto no me es habitual y podría sorprender en boca de una hija que se dirige a su padre. Pero segura estoy de que usted (Con amarga ironía.) no compartirá tal extrañeza: usted que, de algún tiempo acá, me expone al vil contacto de su clientela plebeya y hasta de sus inmundos bufones, desde que me falta la presencia tutelar de una madre que sabría preservar a su hija de toda salpicadura exterior, ya que, para la custodia interna, gracias a Dios, ella sola se basta...

ROSAS.- (Con inusitada mansedumbre, entre fingida y sincera.) Convengo, Manuela, en que algunas veces pude incurrir en el descuido de hacerte testigo y hasta, en cierto modo, partícipe de mis groseras diversiones.

MANUELA.- Sea; dejemos por ahora esas miserias, indignas de recuerdo y mucho más en este momento crítico; ¿será creíble, señor, que esté pendiente de un hilo la vida de un militar [164] valiente y leal, a quien sólo se reprocha -ya que los otros cargos se daban por excusables o compurgados- una actitud tan honrosa como la de no querer convertirse en delator de un amigo y compañero de causa?...

ROSAS.- (Severamente.) Si la prevaricación de un funcionario es un delito punible, no puede ser acto honroso su encubrimiento, que importa una complicidad.

MANUELA.- En alguno de los documentos que usted me obliga a leer y copiar, me parece haber visto, que no es delito sino el hecho que como tal califica la ley, interpretada por juez competente. ¿Qué tribunal ha juzgado a Ramón y sus amigos?

ROSAS.- (Recobrando su habitual grosería.) ¡Qué bachillera estás! ¡Y cuán diversa de la hija sumisa y buena federal que hasta ayer veíamos lucirse en las fiestas de las parroquias y hasta en los bailes de tambor!...

MANUELA.- (Indignada.) ¿Cómo puede usted, padre mío, mentar nuevamente aquellos fétidos candombes, y [165] no siempre de negros, a que me arrastraba, alegando conveniencias políticas, y de cuyo ambiente nauseabundo me retiraba mareada y medio enferma? Pero, a buen seguro que tales condescendencias no se repetirán. A falta de quien en mi familia se cuidara de evitarme contactos que manchan, ha bastado que me abriera los ojos la presencia de un amigo, dechado de nobleza y sinceridad, para que nunca más tolere en adelante tan abyectos rozamientos...

ROSAS.- (Soltando ya la rienda gauchesca.) ¡Hola, todas estas novedades tenemos! No me sorprende ya sino tu frescura en manifestarlas. Días hace que he visto andarte rondando

el galancete que sin duda te sopla estos remilgos. Me ha bastado observarlos juntos el otro día, en Palermo, para saber a qué atenerme. Bueno, yo sabré atajarle los piropos al mozalbillo. No tendré más que ponerles sobre el rastro a mis sabuesos de la Sociedad Popular que, te prevengo, vienen husmeando la presa. Me avisan que Cuitiño ya lo tiene clasificado como salvaje unitario... ¡Verás qué prontito le arreglan la cuenta! [166]

MANUELA.- (Alzándose impetuosamente y con voz vibrante.) ¿Son amenazas que usted profiere contra Thompson? Escúcheme ahora sin asombro, padre mío, aunque siento que me van a salir de los labios algunas palabras muy poco parecidas a las que con usted he venido usando hasta hoy. El sentimiento que usted no comprende es una pasión tan honda y pura que ella absorbe todas las potencias de mi ser, como si en ella se resumieran a un tiempo los afectos filiales que me van fallando: así el de la madre perdida, como el del padre que me había quedado y temo estar a punto de perder... (Movimiento de ROSAS.) Ahora bien: por odio instintivo a lo que no concibe, y obedeciendo a no sé qué sugestiones perversas o prevenciones voluntariamente infundadas, -pues es sabido que Jaime Thompson no ha rozado la política sino para interesarse en la desgracia de Ramón Maza...

ROSAS.- (Interrumpiendo.) Está afiliado en una logia unitaria... [167]

MANUELA.- ¡No es cierto!... A este hombre superior, digo, dotado del cerebro más privilegiado, puesto sobre el corazón más noble y altivo; al elegido de mi alma -lo proclamo sin rubor,- que desde la infancia encarnó mi lejano ideal y en quien hoy coloco mi suprema esperanza de felicidad: ¡es a él a quien se atreve usted a amenazar, designándole como presa a una horda de asesinos! Pues bien, padre mío, escuche lo que me falta decirle y debe mirar como un propósito inquebrantable: el día en que Jaime Thompson sucumbiera bajo algún atentado aleroso, indudablemente instigado por usted; ¡ese día (Dando unos pasos hacia el retrato de DOÑA ENCARNACIÓN colgado en la pared y extendiendo la mano para el juramento.) juro a Dios, ante el retrato de mi madre, que usted ya no tendría hija!...

ROSAS.- (Más que estupefacto, fulminado por el inesperado estallido.) ¡Manuela! ¡Es posible que sea mi hija quien me habla así: el ser de mi carne en quien he puesto todo mi cariño!... [168]

MANUELA.- (Con acento de firme resolución.) Todo está previsto y fácilmente realizable a una indicación mía. María Josefa está pronta para seguirme a España, donde tengo parentela materna y podré residir hasta que, gracias a mi mayor edad -recién cumplida,- resuelva por mí sola si debo o no entrar en religión y terminar en un convento esta ostentosa y desgranada orfandad...

ROSAS.- (Con una expresión sombría en que al dolor paterno se une el despecho del déspota.) ¡Tu orfandad! ¡Será cierto que de veras hayas alguna vez arrostrado fríamente el pensamiento impío de irte, única lumbré de mi enlutado hogar, dejándome solo delante de cenizas apagadas!... ¡Qué existencia de desesperada soledad sería la mía, faltándome tu presencia querida, única tregua de fresco e íntimo solaz después del choque horrible con los hombres! Y luego (Hablando consigo mismo.) ¡qué triunfo para mis enemigos! ¡Cómo harían retumbar ante el mundo mi catástrofe doméstica, mostrando a mi propia hija fugitiva

de la para ella intolerable mansión paterna, y cuyo abandono vendría [169] a confirmar los peores ataques de sus libelos! ¡Es la obra de toda mi vida la que se raja en su pared maestra; el confortativo de mis fuerzas, que amenaza fallarme cuando ellas ya declinan en el umbral de la vejez!... (Después de una pausa de reflexión, echa una mirada rápida a MANUELA, que ha vuelto a sentarse en un sillón de la izquierda.) No, esto no puede ser. Quiero evitarlo a cualquier precio... tanto más cuanto que (Mirando el reloj y cruzándosele ya una sugestión de su incurable bellaquería.) quizá todo pueda conciliarse.... (Toca una campanilla y al ORDENANZA que se senta.) Al general Corvalán, que venga al punto...

(A los pocos segundos se presenta CORVALÁN.)

## Escena XI

Dichos, CORVALÁN; después THOMPSON, VICTORICA, un OFICIAL, dos SOLDADOS.

ROSAS.- (A CORVALÁN.) Tenga la bondad, general, de escribir las líneas que le voy a dictar. (Movimiento de atención de MANUELA.): «El Gobernador de la Provincia ordena al señor Jefe de policía don Bernardo Victorica, que suspenda hasta segunda orden la ejecución del reo teniente [170] coronel Ramón Maza. Despacho de gobierno, 28 junio de 1839, una y media de la mañana...» Y firmo. (Llama al ORDENANZA, mientras se sienta a firmar, CORVALÁN mira el reloj, moviendo la cabeza.) Ahora, entregue esta orden a un soldado para que la lleve al Departamento en seguida, que apenas hay tiempo...

MANUELA.- (Dirigiéndose a la puerta de la izquierda.) ¡Oh! ¡Qué dicha! ¡Voy a anunciar la feliz nueva a Thompson, para que vuele a casa de Rosita!... (Vase por la puerta de segundo término, para volver a los pocos segundos.)

CORVALÁN.- (Entra por el foro y de nuevo mira el reloj.) ¡Y no poder decir a estos pobres ilusos que todo este aparato es una farsa monstruosa del tirano que no quiere perder su venganza!... (Fija la mirada en ROSAS, quien sigue la marcha del reloj; ambos aplican el oído, ansiosos por lo que preven próximo a producirse; MANUELA ha vuelto y está de pie, apoyada al sillón. El reloj del cabildo toca las dos: a los pocos segundos de angustioso silencio, se escucha la voz del sereno en la calle.) [171]

EL SERENO.- ¡Viva la santa Federación! Las dos han dado...

(Cubre su voz una descarga de fusilería que indica haberse cumplido la sentencia.)

ROSAS.- (Aparte, ocultando una sonrisa diabólica.) ¡Esto es hecho!...

MANUELA.- (Lanzando un grito de horror.) ¿Qué es eso santo cielo?...

ROSAS.- (Fingiendo sorpresa pesarosa.) Dios ha querido que el indulto llegara demasiado tarde...

MANUELA.- (Con acento indignado y sin mirar a su padre.) ¡Dios ha permitido que una vez más prevaleciera la perversidad humana!...

(Silencio. Al rato se oye un tumulto de gritos y tropel en el patio. Abrese la puerta del foro y aparece THOMPSON pálido, el traje en desorden, las facciones demudadas, arrastrado por SOLDADOS; entre éstos un sereno, en su arreo tradicional: gorro de manga, capota de capucho, farol y lanza con trapo federal. También entra en el [172] grupo CORVALÁN, que se adelanta en la escena. Para hacer méritos, un SARGENTO, por detrás, empuja brutalmente a THOMPSON gritando: «¡Marche!» Éste se vuelve airado contra el agresor, y con una sorda exclamación: «¡Cobarde inmundo!» le aplica, según los principios del más correcto boxeo londinense, tan formidable «directo» en la mandíbula, que lo lanza desmayado en brazos de los SOLDADOS. ROSAS tiene un gesto airado, pero se reprime al punto.)

CORVALÁN.- (Que interiormente admira el golpe.) Téngase, Thompson. (A los SOLDADOS.) Suelten al preso. ¡Dos pasos atrás!... (Al OFICIAL.) Dé usted parte de lo ocurrido a Su Excelencia. (Aparte.) ¡Y qué puños los del mozalbete!...

EL OFICIAL.- Excelentísimo Señor: junto con la descarga hecha en la cárcel, indicando la ejecución del reo, sentimos gritos desaforados en esta cuadra; corrimos y encontramos a este hombre que volvía hacia esta casa, profiriendo injurias atroces contra el ilustre Restaurador. Lo hice detener inmediatamente y lo traigo a presencia de Vuestra Excelencia, para que se sirva dictaminar sobre su suerte...

(Silencio general en presencia de ROSAS, que también está callado, reflexionando.) [173]

CORVALÁN.- (Creyendo interpretar el mutismo de ROSAS.) Su Excelencia está esperando las explicaciones del señor Thompson.

(Desde el extremo del proscenio, MANUELA ha dado un paso hacia THOMPSON, aunque éste al pronto no ve su actitud patética.)

THOMPSON.- (Con voz vibrante.) He protestado y protesto, no sólo contra la injusta sentencia, sino también contra la perfidia de un indulto falaz...

MANUELA.- (Juntando las manos en ademán de súplica, a media voz.) ¡Jaime!...

THOMPSON.- (Se interrumpe ante la actitud de MANUELA y se ve que, para obedecer la muda súplica, está conteniendo las imprecaciones que se agolpan a sus labios.) Nada más tengo que explicar...

ROSAS.- (Después de una lucha interna, ha tomado su resolución: habla sin mirar a THOMPSON, que espera, impasible, un acto de rigor.) Me doy cuenta de cómo el señor Thompson, recién vuelto a su patria y amigo íntimo [174] del reo, se haya conmovido, por

el acto de cruel justicia que acaba de consumarse, hasta incurrir en un verdadero extravío. [No dudo de que le pesará (Muda denegación de THOMPSON.) su protesta violenta contra el merecido castigo, cuando conozca mejor las razones en que se ha fundado,] Sea como fuere, excuso ofensas que no me alcanzan, ni quiero conocer injurias que no he oído y doy por no proferidas. El señor Thompson queda en libertad. Pero, como a estas horas las calles de la ciudad no estarían muy seguras para él, acompáñenlo dos soldados de escolta hasta el domicilio que él indique.

THOMPSON.- (Haciendo una seña negativa.) No; si estoy en libertad, iré solo... (En medio de un silencio de estupefacción, se cumple la orden, saliendo THOMPSON después de una mirada de MANUELA. Se retiran los SOLDADOS.)

VICTORICA.- (Acaba de entrar y se acerca a ROSAS, revelando emoción en su semblante sombrío.) Excelentísimo Señor; se ha cumplido la sentencia. (Silencio.) Para terminar con el señor Thompson, me permitiré preguntar a Su Excelencia ¿qué curso se da al pasaporte [175] otorgado a dicha persona para ausentarse a las provincias?

ROSAS.- Envíeselo a su domicilio para que haga uso de él a su albedrío.

(VICTORICA se inclina.)

Hoy mismo, general (A CORVALÁN.) se servirá usted pasar en mi nombre un oficio al gobernador de Córdoba, rogándole que, al saber la llegada allí del señor Thompson, tenga a bien proporcionarle todas las facilidades posibles para su viaje al interior. También escribirá usted a mi amigo Brizuela, gobernador de La Rioja, pidiéndole que atienda en todo al ingeniero don Jaime Thompson, como si fuera... una persona de mi familia.

MANUELA.- (Que permanecía sentada, mirando al suelo, se levanta al oír las últimas palabras de ROSAS, clava en éste sus ojos y luego, conmovida, camina algunos pasos hacia su padre, despidiéndose a media voz.) Buenas noches, tatita. (Se retira por la puerta de la izquierda, después de una seña amistosa a CORVALÁN y a VICTORICA.) [176]

ROSAS.- (Muy quedo.) Buenas noches, Niña... (Se dirige a su habitación de la derecha, despidiendo desde la puerta a sus subordinados.) Caballeros, pueden retirarse. (Vase.)

VICTORICA.- (Se dispone a salir con CORVALÁN por la puerta del foro; allí detiene un instante a su compañero poniéndole la mano en el hombro y señalando la puerta de la derecha.) Vea, general: a ese hombre, ni en veinte años de estudio y contacto diario, acabaremos de conocerlo.



(Telón.) [177]

#### Acto IV

En el Fuerte (Casa Rosada); noche del 25 de mayo de 1840. El proscenio representa una salita, que MANUELA ROSAS se ha reservado contigua al gran salón de baile. Alfombra, sofaes, sillones, sillas, etc., todo de rojo muy pálido, tirando a rosa. Araña central y candelabros encendidos. Mesas volantes; otra hacia el medio, algo mayor con recado de escribir. A la derecha, un tocador junto a un gran espejo con pies, dorado, estilo Imperio (psyché). Puerta muy ancha al foro, con mampara que, al descorrerse, deja ver una parte del primer salón de baile. Dos puertas a la derecha; la de primer término, disimulada, abre sobre una escalerita privada que descende al piso bajo, desde donde una galería conduce a la «puerta de socorro», sobre la playa del río de la Plata; la de segundo término comunica con el interior. A la izquierda, dos ventanas que miran al norte, sobre la plaza de 25 de Mayo, frente a la bocacalle del mismo nombre. -Son las once de la noche. Para que empiece el baile sólo se espera la llegada del Gobernador y del ministro británico con su comitiva, que han asistido a un banquete en la Legación. Se oyen ya vagos preludios de orquesta, apenas perceptibles por estar las puertas cerradas.

#### Escena I

LOVE, ANGELIS.

(Primero LOVE, luego ANGELIS, entran uno tras otro, con intervalo de segundos, por la puerta de la derecha, y siguen un rato, sin [178] conocerse, tomando apuntes en su respectivo cuaderno de bolsillo. Visten de etiqueta, a la moda del año 40. ANGELIS luce una constelación de cruces y medallas europeas que hacen marco a la divisa federal. Acento napolitano de ANGELIS, más marcado que el inglés de LOVE.)

LOVE.- (Mirando al recién entrado.) ¡Oh, señor de Angelis, cuánto gusto!

ANGELIS.- Good evening, mister Love. (Se estrechan la mano.) Siempre al pie del cañón...

LOVE.- Lo mismo que usted, querido colega...

ANGELIS.- ¡Oh! yo no estoy aquí esta noche más que como periodista de ocasión. He venido, de orden superior, únicamente a tomar algunas impresiones de visu para una crónica en francés destinada al Messenger de Montevideo. Si por mí fuera, muy otras serían mis tareas de pluma.

LOVE.- Me doy cuenta del desapego de usted, conociendo sus antecedentes literarios. Por eso [179] mismo, más de una vez me he preguntado, ¿cómo ha podido un hombre de su talla intelectual, después de cometer el primer desatino de desterrarse adonde nada lo llamaba, incurrir en el segundo, mucho mayor, de perpetuar su destierro, estableciéndose donde nadie se lo agradecerá?

ANGELIS.- En dos palabras le daré la explicación de mi venida y permanencia en el Plata. Soy de Nápoles, donde, después de educar a los hijos de Murat, serví a su sucesor, el rey Fernando, que me nombró su ministro residente en San Petersburgo. De aquella corte autócrata me sacó la revolución carbonaria, mandándome... a completar mi aprendizaje liberal en la Francia ultra de la Restauración. En París, tropecé con Rivadavia; y, conquistado por su ardiente apostolado civilizador, acepté la idea de venir a secundar su obra, prestándole mi concurso periodístico que, por supuesto, no había de retardar una hora el fracaso de la prematura utopía unitaria. Después, urgido por la hereje necesidad -que agravaba la presencia de una esposa amada,- he continuado más y más este oficio de foliculario oficial, siguiendo la misma curva descendente que el gobierno a quien servía. Y es así como, venido para [180] coadyuvar a una cruzada civilizadora, me encuentro, después de doce años, asociado a una reacción vandálica de ignorancia y barbarie...

(Pausa silenciosa.)

LOVE.- (Algo impresionado por la confesión.) Permítame decirle que, al deprimirse así, usted exagera notablemente. En lo que a mí respecta, y guardadas las distancias, procuro no cavar tan hondo, contentándome con envolver en una capa de escepticismo mi rebajada condición actual. Así, con no mirar sino el buen lado de las cosas, consigo no ver el malo. Tal me pasa, por ejemplo, con el jubileo de hoy, celebrando -por una «providencial» coincidencia que no dejaré de hacer resaltar en mi British Packet,- además del glorioso aniversario patrio, el vigésimo cumpleaños de nuestra graciosa reina Victoria y el vigésimo segundo de la encantadora hija del Restaurador. Dicho está que en este rumboso tirar la Casa Rosada por la ventana, en plena crisis del bloqueo francés, abundarán los tropezones de gusto; pero no los querré notar. Al describir las pompas de esta noche no habré visto sino el lujo desplegado [181] en los tres salones de baile y sus anexos: todo iluminado a giorno, alegrado por dos orquestas, donde se agita un vivo calidoscopio de uniformes militares y diplomáticos... Y para olvidar una hora las miserias populares y los horrores callejeros, (Se acerca a la mampara del foro y la entreabre sin mostrarse.) me basta contemplar aquella corona de beldades porteñas, de ojos más centelleantes que sus joyas, de carne más blanca y perfumada que las rosas y jazmines de los floreros, quedando miope para las feas, si las hay... Ahí están sentadas y formando marco deslumbrador, algunas hijas de las familias patricias de Buenos Aires: las de Riglos, Azcuénaga, Beláustegui, Alvear, Arana, Lasala, Peña, Oromí...

ANGELIS.- Y no omita consignar que también se encuentran allí codeándose con ellas, las de González Salomón, Mariño, Álvarez Montes, Maestre, Parra y... otras cepas análogas. Pues, lo que caracteriza al régimen actual no es, como lo proclaman aquellos emigrados unitarios, el predominio de la plebe con exclusión de la clase decente, sino la mezcolanza de una y otra sin... distinción. Siam frantelli... [182]

LOVE.- (Que ha dejado caer la cortina.) Acaba usted de mencionar a la familia de Álvarez Montes. Yo no creía que fuera también de aquella estofa.

ANGELIS.- No; era gente buena, aunque modesta; son los dos hombres, padre e hijo, los que la han encanallado, sobre todo este último. Sé que usted se encontraba en Palermo, el año pasado, momentos antes de que Ramón Maza le asestara en el pecho el balazo que se creyó mortal... y, dicho sea de paso, poco se habría perdido con que lo fuera. Desde entonces -o sea después de los tres o cuatro meses que duró su curación,- el que antes no pasaba de ser un tronera de taberna y garito, resucitó hecho un malvado. Hase convertido en un proveedor activísimo de la «Sociedad Popular», rival de Salomón y Maestre, que

también brillan en esta fiesta. No parece sino que la vista próxima de la laguna Estigia le hubiera inoculado instintos infernales.

LOVE.- Yo atribuyo a la degradación del tipo un origen menos mitológico. Procede, para mí, de una pasión loca -¡oh, sí, verdaderamente [183] insensata!- de este obscuro oficial Paraguayo por... ¿a que no adivina usted por quién?

ANGELIS.- ¿Cómo quiere usted...?

LOVE.- Pues, nada menos que por la que podría elegir entre cien candidatos, así argentinos como extranjeros...

ANGELIS.- ¿Qué me dice usted? ¿Pretender a Manuela Rosas, aquel mostrenco marcado en la frente por el desprecio público?

LOVE.- Lo que oye. De más está decir que, en lo tocante a Manuela, está desahuciado; pero parece que algo esperara por el lado del padre, con exagerar su fanatismo federal...

ANGELIS.- Nada conseguirá. Todos sabemos que Rosas es opositor nato a toda candidatura matrimonial. Además está visible que la independencia de Manuelita es hoy casi absoluta. [184] Con toda su bondad ingénita y suavidad de modales, deja revelar muy a las claras ser ella sola quien regla su conducta. Tampoco las relaciones entre padre e hija son ahora lo que antes fueran. Hay mar de fondo. Algo ha debido ocurrir que ignoramos. Por simple conjetura, lo vinculo a la persona del joven Jaime Thompson, aquél -¿recuerda usted?- que movió tan descomunal alboroto cuando la ejecución de Ramón Maza, y cuyos insultos al Restaurador quedaron sin castigo por razones desconocidas... Para explicar tan rara impunidad, se habló entonces de una intervención de Manuela en favor de aquél, por quien guarda una profunda simpatía de infancia, si no algo más... Sea lo que fuere, supe que a los pocos días Thompson se había marchado al interior, de donde volvió hace algunas semanas. Ignoro el resto... Pero usted, familiar de la legación británica ha de tener noticias más frescas del inglesito...

LOVE.- (Después de alguna vacilación.) Voy a confiarle un secreto, pidiéndole -siquiera por una hora- la más absoluta reserva, como que en ello va la vida de aquel joven. (Se acerca a la ventana de primer término, cuya cortina entreabre un momento.) Sabrá usted [185] que yo vivo en aquella casa de enfrente. Es un departamento del antiguo hotel de Faunch, recién convertido en cuartos de huéspedes, todos ingleses. Ayer fui llamado a la Legación por el ministro Mandeville, que me manifestó tener el mayor interés en ofrecer, por un par de días, un asilo seguro a un joven argentino de distinción, perseguido por la Sociedad Popular. Tuvo a bien agregar que no lo asilaba en la misma Legación porque aquél necesitaba hospedarse lo más cerca posible del embarcadero inmediato a la Casa de gobierno. Habiéndole parecido muy adecuado para el caso mi boarding house, convinimos en que Thompson -pues de él se trataba- ocupara un cuarto del piso alto, comiendo en su dormitorio para no ser visto de nadie. Desde anoche, en efecto, Thompson está instalado en su refugio. (Volviendo a la ventana.) Su ventana es aquella que se ve con luz encendida, lo que prueba estar él allí, esperando sin duda la hora de su embarco clandestino. De su riesgo personal, lo único que él sabía, por aviso seguro, es que, clasificado como «salvaje unitario

de frac», según la rúbrica, su casa debía ser asaltada esta misma noche por una partida de la Mazorca. Parece que la treta ha sido eficaz y que los sabuesos han perdido el rastro pues en todo el día no se ha divisado por [186] aquí ninguna de las caras patibularias que hasta ayer rondaban el domicilio de Thompson. ¿Conseguirá éste salvarse, como lo han logrado muchos fugitivos, gracias a nuestra Legación? ¿O bien, vendido por algún espía, correrá la misma suerte que otras víctimas, sacrificadas en la playa por asesinos oficiales?... Tiempos lúgubres son los que atravesamos, don Pedro, y, mucho me temo que no sean sino anuncios de otros peores en lo futuro...

ANGELIS.- Sí; es de prever una próxima furiosa embestida del tigre popular, azuzado por los mismos que, después de cebarlo, no se atreven a ponerle bozal: ¡arremetida tanto más sanguinaria cuanto que, para cohonestar sus excesos, se la presentará como una defensa necesaria a la Santa Federación! Y a esa irrupción de la ferocidad plebeya, no le pongo plazo más lejano que unos pocos meses. Auguro que ocurrirá cuando terminen las negociaciones entabladas con el enviado francés: ¡será el premio de la dichosa paz - ¡satánico regocijo!- un desencadenamiento tal de matanzas y violencias callejeras, que quedará [187] estigmatizado en la historia el Terror del año 40!

LOVE.- ¡Tétrica perspectiva! Pero, dígame, señor de Angelis, usted, más metido que yo entre telones gubernativos, ¿cree también que sea Rosas el que ordena aquellos atentados y a quien debe tenerse por responsable de todos ellos?

ANGELIS.- (Con acento convencido.) A Rosas le toman de improviso muchas de esas infamias, que no ha ordenado ni previsto. Con decirle a usted que ignoró el alevoso asesinato que, hace veinte días, horrorizó esta población: aquel bárbaro degüello de Lynch, Maison, Oliden y Riglos, quienes, al intentar embarcarse para Montevideo, fueron sorprendidos por una partida mazorquera en el camino de Barracas, ¡junto a la quinta del ministro inglés!... Con todo: es justiciera la vindicta de la opinión, cuando achaca al tirano la responsabilidad de los crímenes cometidos con el instrumento forjado por la tiranía - hasta de aquellos en que él no tomó parte ni acaso llegaron a su noticia.

(Aparece en la puerta de la izquierda, segundo término, el mayor ÁLVAREZ MONTES; uniforme de gala, con la divisa.) [188]

Escena II

Dichos; ÁLVAREZ MONTES.

ÁLVAREZ MONTES.- Caballeros, buenas noches. (Apretones de manos, flojos.) Veo que han elegido esta salita para tomar sus apuntes periodísticos...

ANGELIS.- Sabíamos que esta es pieza reservada de la señorita Manuela; pero, en ausencia suya, nos hemos permitido aprovecharla unos minutos lejos del gentío...

ÁLVAREZ MONTES.- Lo mismo he pensado yo para una breve conferencia que tengo con otro oficial, miembro de la Comisión del baile bajo la superintendencia del general Mansilla. Así que, hasta que se anuncie a la Serenísima Infanta... si es que ustedes han concluido...

ANGELIS.- Precisamente, íbamos a retirarnos. (Le hace un vago saludo, dirigiéndose a la puerta, seguido de LOVE.) [189]

LOVE.- (A media voz.) El mocito no es corto de genio. (Salen por la puerta de la derecha, segundo término.)

Escena III

ÁLVAREZ MONTES, después un ORDENANZA.

ÁLVAREZ MONTES.- Necesitaba apartar a estos moscardones... En realidad, no estoy aquí más que para una ojeada estratégica, ni tengo que conferenciar sino con el ordenanza de plantón. Pero ¡cosa más curiosa que desde ayer se haya perdido el rastro de ese Thompson (Con odio profundo.), el preferido de Manuela! ¿Se habrá embarcado anoche? Algo me dice que no, y que hoy, aquí mismo, será la despedida de los amantes... ¿Cómo saberlo, para ajustarle la cuenta al retirarse? (Toca la campanilla.) A todo evento apostaré dos hombres en cada puerta de salida a la plaza. (Al ORDENANZA, que acaba de entrar.) ¿Sabe usted quién soy yo?

ORDENANZA.- No, señor mayor; pero me permitiré advertirle que esta salita... [190]

ÁLVAREZ MONTES.- (Con acento de autoridad impone al subalterno.) Ya sé lo que me va a decir. Formo parte de la Comisión y sólo entro un momento a orientarme. Contésteme a dos o tres preguntas de servicio ¿me entiende? que le voy a hacer... ¿Esas ventanas miran a la calle 25 de Mayo y a la Alameda, verdad? (Sería afirmativa del ordenanza.) Esta puerta grande conduce al primer salón de baile (Continuando su inspección.), aquella (Mostrando la de la derecha, segundo término.) es la que da a la galería, por donde entré... ¿Y esta otra, disimulada en la pared?...

ORDENANZA.- Conduce a una escalerita que, abajo, da, por la derecha, a una puerta privada sobre la plaza, y por la izquierda a un pasadizo secreto que lleva a la antigua «puerta de socorro», abierta sobre la playa...

ÁLVAREZ MONTES.- ¿Que acaso se usa todavía?

ORDENANZA.- Cerrada hace años, desde los tiempos de Dorrego, que por ella se escapó, según nos [191] cuenta el mayordomo. Pero parece que esta noche ha vuelto a habilitarse, pues hace un rato encontré al negro de doña Manuelita que allí se dirigía, como de guardia, según me dijo, por orden de la Niña...

ÁLVAREZ MONTES.- (Súbitamente interesado.) ¡Oh! ¡muy curioso! (Aparte.) Será cosa de no descuidar la puerta de socorro una vez cerciorado de que está el pájaro en la jaula...

ORDENANZA.- (Que está aplicando el oído hacia afuera.) Me parece que oigo abrir la puerta de la plaza, han de ser las señoras...

ÁLVAREZ MONTES.- Bueno, me retiro; era simple curiosidad. (Vase.)

MANUELA, MARÍA JOSEFA.

(Aparecen por la puerta de la derecha, primer término, vestidas de baile, medio luto: MANUELA de terciopelo negro; rich black velvet dress, dirá la crónica de LOVE.) [192]

MARÍA JOSEFA.- (Entra jadeante por la subida de la escalera.) ¡Uf! Estos pisos altos con su escalera de mis pecados!... ¡Estoy sofocada!... (Se deja caer en un sofá.)

MANUELA.- (Durante toda la escena aparece preocupada y nerviosa.) No te fatigues, María Josefa; toma asiento mientras yo me echo una mirada en el espejo. (Se acerca al tocador y sigue hablando mientras se arregla el tocado.) Pero te prevengo que quiero aprovechar la tardanza de los banqueteadores oficiales en la Legación británica, para charlar con vos largo y tendido...

MARÍA JOSEFA.- (Enderezándose.) [Siendo así, descansada estoy. El día que me declare impedida para charlar con vos, encanto y gloria mía, estaré en los últimos.] Abrime, pues, tu corazón, niña querida. (Se ha levantado y la abraza, mirándola a la cara.) Bien me doy cuenta hace tiempo de que algo serio te está pasando... Por Jaime estás pensativa y triste, ¿no es así? [193]

MANUELA.- Sí, por causa de él, pero no por culpa suya. [Son escrúpulos respetables, si no todos fundados, los que le detienen en el umbral de nuestra común felicidad.] Constándole que cedería la oposición de tatita con sólo adherirse a la causa federal, se resiste a admitir una condición que le repugna.

MARÍA JOSEFA.- (Alzando los ojos al cielo.) ¡Haceme favor!... Pero, decime, ¿es cierto que, desde su vuelta no se han visto sino una vez?

MANUELA.- Sólo aquella tarde, en casa de la pobre Rosita, [donde vos me dejastes y volvistes a tomarme. Hace diez días, pues, tuvimos allí nuestra explicación completa]. Todo lo que teníamos que decirnos, nos lo dijimos entonces para no tener que repetir las entrevistas. Pero ayer... escuchame, María Josefa: antes de revelarte un secreto de que pende la vida de mi Jaime, necesito oírte declarar que puedo contar con tu dedicación entera a mi persona... aunque fuera contrariando (Ensayando una débil sonrisa.) tu chifladura federal... [194]



MARÍA JOSEFA.- (Con sentimiento profundo bajo lo sencillo o vulgar de la expresión.) Mirá, Manuelita: Yo conozco mis defectos y mis ridículos, que la opinión se encarga de exagerar; pero, llegando a ponerse en cuestión la suerte de mi Manuelita, nada en el mundo existiría para mí: sólo me acordaría de que Dios me ha puesto a tu lado como una segunda madre. Y para evitarte un disgusto... mirá... ¡sería capaz de arrojar al brasero mi moño punzó!... (Se toca la cabeza.)

MANUELA.- (Bromeando para disimular su emoción.) ¡Y qué humo daría!... Pero estás exagerando, y no te pido tanto.

MARÍA JOSEFA.- No te burles. Estoy dispuesta a sacrificarlo todo por vos y sin que me cueste el sacrificio...

MANUELA.- (Abrazando a la vieja, que enjuga una lágrima.) Doy completa fe a tus palabras, vieja querida. He aquí, pues, el grave asunto de que se trata. Al regresar de La Rioja, Jaime, en [195] abril último, quiso pasar por Tucumán, y se encontró con que ese loco de La Madrid acababa de sublevar la provincia contra tatita, que lo había mandado en comisión. Jaime simpatizó con el movimiento, aceptando, al venir, ser portador de comunicaciones para la Comisión argentina de Montevideo. Estas cartas, substraídas, han caído en poder de la Sociedad Popular, que al punto ha inscrito a Jaime en su lista de sangre. Me consta que él, desde que llegó, no se acuerda más de su llamarada unitaria, y sólo se ocupa de su viaje a Europa. Se disponía, pues, a embarcarse en estos días para Montevideo e Inglaterra; lo que, sabido por la Sociedad Popular, le ha bastado para lanzarse tras la presa que se le escapaba. Esta misma noche debía asaltar su casa una partida de mazorqueros, a quienes capitanea el infame delator de Ramón Maza...

MARÍA JOSEFA.- ¿Álvarez Montes? Pero, ¿por qué tanto ensañamiento contra Thompson, a quien apenas conoce?

MANUELA.- (Con asco visible.) ¿Por qué? Me da repugnancia decirlo: porque ese «tape» abyecto tiene la insolencia [196] de pretenderme. Despreciado por mí, quiere vengarse en el que amo: ¡cosa más fácil en estos tiempos de restauración!...

MARÍA JOSEFA.- No te exaltes, Manuela, ¿No temes acaso que tus acusaciones alcancen a tu padre?

MANUELA.- (Arrebatada por la indignación.) Nada temo cuando expreso la verdad. En cuanto a mi padre, cosas más duras ha oído de esta boca; y precisamente, para no exponerme a repetirlas, he preferido tomarte de intermediaria en este conflicto... [Pero parece que estuvieras, más que conmigo, con los verdugos de los Maza, que también quieren serlo de Jaime Thompson...]

MARÍA JOSEFA.- (Que se ha dejado caer en un sillón, habla con voz entrecortada en la que se siente próximo el sollozo.) [Yo estoy con vos y con nadie más, bien lo sabés, y deberías ahorrarme cualquier palabra dura...]

MANUELA.- (Abrazándola.) Perdoname el repentón, mi vieja; sigo con lo que te quería decir... Fui avisada ayer [197] del asalto preparado contra Jaime. Ya citados los de la cuadrilla, faltaba tiempo para atajar el golpe. Sólo quedaba la fuga, que el ministro Mandeville combinó el mismo día. A esta hora -para ser breve- Jaime se encuentra refugiado en esa casa de enfrente, esquina de 25 de Mayo. (La indica abriendo un postigo de la ventana.) Todo está arreglado; su equipaje puesto a bordo del buque inglés, y él esperando una señal mía para venir aquí por una puerta y galerías secretas, a despedirse y juntarse con el oficial que ha de embarcarlo. Creo que nada se ha dejado de

prever, y que he logrado poner a Jaime en salvo, [aunque sea (Hondo suspiro.) desgarrándome el corazón...]

MARÍA JOSEFA.- ¿Por qué no desembarcaría en Montevideo, donde tiene parientes, desde luego a don Juan Thompson?...

MANUELA.- Si desembarca, será por muy corto tiempo; tiene que volver a Inglaterra, a dar cuenta de su cometido. Allá, sin duda, se establecerá, [subsistiendo, para no regresar a su país, las razones que tiene para dejarlo]. Él me ha declarado que, por dolorosa que le sea [198] la separación, no ha de volver a Buenos Aires durante la dictadura. Por otra parte, sé que tatita no aceptará nunca un yerno hostil a su política. Ahora comprenderás cómo, a la dicha de apartar de Jaime este peligro mortal, se mezcle la amargura de no haberlo salvado sino a costa de perderlo... [Trance tan duro que, por instantes, alzo mis ojos al cielo, preguntando si es justicia de Dios que en este conflicto, sólo sea inmolada la víctima inocente: o bien, si ésta, al cabo (Como afrontando una resolución que no formula.), no tendría algún derecho para defenderse del sacrificio, aunque fuera pasando sobre deberes que hasta hoy ha respetado...]

MARÍA JOSEFA.- (Inquieta por la reticencia de MANUELA.) Hija mía, no te des por vencida: tenemos todavía una hora de plazo. Cuando venga Jaime, procura inclinarlo a una conciliación, mientras yo intercedo con Juan Manuel... Pero si resultasen vanos nuestros esfuerzos y te resolvieras a un partido extremo (Le toma la cabeza y la besa en la frente.) cuenta con esta madre, que te acompañará a donde quieras y para lo que quieras...

(Se oyen afuera las cornetas que tocan ¡atención! rompiendo cajas y clarines con la marcha de honor por la llegada de la comitiva oficial.) [199]

MANUELA.- Ahí viene el intermedio de alta comedia, emparedado entre escenas de drama. [Teniendo que recibir aquí al Ministro británico y su cortejo], traeme a Agustina, Mercedes Fuentes, Mercedes Arana y dos o tres más, para que me rodeen.

(Sale MARÍA JOSEFA y quedan abiertas las dos hojas de la puerta del foro.)

Vamos, Manuelita. (Aparte.) ¡A tu papel de reina Victoria platense! (Se acerca al espejo para acabar de arreglarse ligeramente algunos detalles del tocado y traje. La banda rompe con los primeros compases del Himno de los Restauradores, mientras entra el cortejo oficial.)

Escena V

Dichas, AGUSTINA, MERCEDES FUENTES DE ORTIZ DE ROSAS, MERCEDES ARANA y demás señoras, después ROSAS, MANDEVILLE, CORVALÁN, MANSILLA, SOUZA DÍAZ, ministro del Brasil, y algunas personas del cortejo, diplomáticos y generales.

(Las señoras, menos MERCEDES FUENTES, que también está de medio luto, lucen trajes [200] de baile amplios y con prendidos de flores en la falda, a la moda francesa de 1840. ROSAS ostenta uniforme de capitán general; MANDEVILLE, el diplomático de gala, y así el resto del séquito. Los civiles visten calzón claro ajustado y frac negro con botones de metal sobre el chaleco punzó. Todos los argentinos llevan la divisa, y las señoras el moño federal.)

(Coro de señoras formando un murmullo de saludos y felicitaciones, etc., etc. Cesa la música a una seña de ROSAS. Mientras ROSAS suelta a media voz algunas chabacanerías que causan risa a sus vecinas, MANDEVILLE se acerca a saludar gravemente a MANUELA, besándole la mano, y después a las damas vecinas, quedando luego cerca de la primera.)

MANDEVILLE.- (A media voz.) Confío, señorita Manuela, en que todo aquello seguirá marchando a medida de sus deseos... Más tarde conversaremos...

SOUZA DÍAZ.- (A AGUSTINA, siguiendo una charla mundana.) ¿Qué no se decidirá, señora, a visitar algún día nuestra capital?...

AGUSTINA.- (Creyendo mostrarse amable.) Tendría muchísimo gusto, señor Ministro, pero temo un poco esa fiebre amarilla. ¿Hace muchos estragos, verdad? [201]

SOUZA DÍAZ.- (Con una sonrisa diplomática.) No es negable que causa todavía algunas víctimas... Representa algo así como nuestra Sociedad Popular... despobladora.

AGUSTINA.- (Sin comprender.) ¡Ah!...

ROSAS.- (A MANDEVILLE.) Señor Ministro: esta brillante concurrencia, y especialmente la juventud, está impaciente por dar principio a su diversión. Espero que en homenaje al doble aniversario, que hoy, coincidiendo con nuestro día patrio, con tanto júbilo celebramos, se dignará Vuestra Excelencia, en unión del señor Ministro del Brasil, inaugurar el baile.

(MANDEVILLE se inclina y se acerca a ofrecer el brazo a MANUELA; así también el MINISTRO DEL BRASIL que le hará vis-a-vis con AGUSTINA.)

MANDEVILLE.- (A MANUELA.) El honor será doble para mí si la señorita Manuela se digna acompañarme... (Se dirigen al salón, seguidos de las demás parejas. La puerta

queda abierta, y a los pocos segundos toca la orquesta el minué de Don Giovanni que, fuera de la vista del público, las dos parejas oficiales empiezan a bailar.) [202]

ROSAS.- (Ha quedado en pie cerca de la puerta, mirando la danza, por cortesía. A MANSILLA que está por entrar.) ¿Por qué abren el baile con esa marcha de procesión, y no con nuestro minué federal?

MANSILLA.- El minué serio es de regla al empezar, Juan Manuel. A su tiempo vendrá el otro, más alegre, con su injerto de «Cielito, cielito, que si...»

ROSAS.- Enhorabuena. Y de veras que el gringo no lo hace tan mal... para la edad que tiene. (A un EDECÁN.) Llámeme a Victorica, y que traiga los partes de policía. (Sigue mirando. A los pocos segundos se presenta VICTORICA.)

## Escena VI

ROSAS, VICTORICA.

ROSAS.- ¿No le parece bien recuperar algo del tiempo perdido en tanto holgorio? [203]

VICTORICA.- (Con varios pliegos en la mano.) Estoy a las órdenes de Vuestra Excelencia... (Se inclina respetuosamente.)

ROSAS.- (Retirándose de la puerta.) Bueno, para política, basta ya de mosquetería. (Al EDECÁN.) Cierre la puerta y la mampara, que vamos a trabajar, invadiendo unos minutos los dominios de la Niña. (Con una punta de burla.) Me avisa cuando termine la danza el señor Ministro británico... ¿Ha traído los partes del día?

VICTORICA.- (Preocupado.) Aquí están, Excelentísimo Señor...

ROSAS.- Sentémonos para despachar a unos cuantos salvajes... (Con risita sardónica que VICTORICA, caviloso se esfuerza en festejar.) al compás de ese minué... (Se sientan a

la mesa central, ROSAS frente al público, VICTORICA al lado derecho, con un lápiz para apuntar las observaciones, mientras ROSAS escribirá con tinta sus notas o decretos.)

¿Hay alguna novedad de bulto? [204]

VICTORICA.- Nada que merezca especial atención. Cinco o seis muertes en las calles; una docena de riñas con cuchilladas en pulperías y garitos; asaltos y otras menudencias. Total: unos treinta presos nuevos entre delincuentes y salvajes denunciados. Tengo aquí los partes de las comisarías...

ROSAS.- Esta noche, no me exponga sino los casos de individuos conocidos, prescindiendo de la chamuchina de poncho o chaqueta. A ver algunas clasificaciones nuevas, entre los salvajes unitarios de frac o levita...

VICTORICA.- (Empieza a leer rápidamente.) Santiago Viola, Pedro Goyena, doctor Zorrilla, Joaquín Belgrano, Juan Rubio, Gregorio Tagle, doctor Roque Pérez, el clérigo Agüero, Manuel José Cobo...

ROSAS.- (Interrumpiéndole.) ¿Éste es el casado con la hermana del salvaje unitario Lavallo?

(Seña afirmativa de VICTORICA.)

Bueno, basta; ya me doy cuenta. Vayan todos destinados al servicio de las armas, [205] con multas los pudientes, desde dos hasta cuatro mil pesos, y diez personeros para no marchar...

VICTORICA.- (Con voz notablemente alterada.) Sólo quedan, Excelentísimo Señor, dos asuntos dignos de su atención. El primero se refiere a cuatro jovencitos clasificados como salvajes unitarios [y presos en el Depósito de policía] por conato de conspiración: resultan convictos y confesos, si bien el propósito criminal no ha tenido principio de ejecución: esperan la resolución de Vuestra Excelencia.

ROSAS.- (Impasible.) Escriba: (Dictando a VICTORICA, que ha tomado la pluma con mano mal segura.) «Trasládense a la cárcel pública, con grillos, para ser fusilados el jueves próximo, Juan Manuel de Rosas.»

(VICTORICA que, desde el principio, ha revelado la más intensa agitación, se detiene, temblando su mano hasta imposibilitarle escribir.)

VICTORICA.- (Alejando de sí el papel y balbuciente.) Señor: mi mano se rehúsa a trazar esas líneas... [206]

ROSAS.- (Ya irritado.) ¿Qué es lo que le pasa ahora, so gallina?

VICTORICA.- (Con voz apagada.) Excelentísimo Señor: creo que uno de ellos... es hijo mío...

(Silencio angustioso. Al fin, ROSAS toma la pluma y escribe lo siguiente en el papel, leyéndoselo después a VICTORICA.)

ROSAS.- (Leyendo.) «A mérito del fausto aniversario de hoy y por celebrarse el jueves próximo la fiesta de la Ascensión del Señor: sobreséase en la causa para reverla en oportunidad. Juan Manuel de Rosas.»

VICTORICA.- (Con un gran suspiro de alivio.) Excelentísimo Señor: le quedo, por lo que me toca, profundamente agradecido. Para terminar, me permitiré detener un instante a Vuestra Excelencia con un último asunto. Hasta ahora no sale del carácter privado, pero, dada la condición de la persona en él comprometida [me he creído en el caso de solicitar una decisión de la suprema autoridad]. [207]

ROSAS.- (Ya de pie.) Diga ligero. ¿De quién se trata?

VICTORICA.- (Observándolo.) Excelentísimo Señor, se trata de Jaime Thompson...

ROSAS.- (Súbitamente interesado.) Veamos eso... (Vuelve a sentarse.)

VICTORICA.- (Continuando.) Don Jaime Thompson, que regresó hace poco del interior, ha sido denunciado ante la Sociedad Popular como salvaje unitario y partícipe en la reciente traición de La Madrid, en Tucumán, acusándosele de haber traído

comunicaciones para los salvajes de Montevideo. En vista de ello, la Sociedad ha dispuesto que una partida armada se presente esta noche en la casa de Thompson...

ROSAS.- ¿Quién ha sido el delator?

VICTORICA.- Es el mayor Álvarez Montes. [208]

ROSAS.- (Refunfuñando.) ¡Mal enemigo se ha echado encima el Jaimecito!... (A VICTORICA.) ¿Sabe usted si se ha comprobado la complicidad de Thompson en la chirinada del pilón La Madrid y de ese mequetrefe de Avellaneda?

VICTORICA.- Hasta ahora, Excelentísimo Señor, la policía no ha tomado cartas...

ROSAS.- ¡Famosa policía! Eso es lo primero que debe averiguarse. A resultar probada su culpa reincidente, no habrá sino dejar que las cosas sigan su curso, lavándose las manos. (Se abre la puerta del foro y aparece el EDECÁN; sin darle tiempo para hablar, ROSAS aprovecha la diversión para dirigirse hacia el foro.) ¿Ya terminó aquello? ¡Allá voy!

VICTORICA.- (Aparte.) ¡Lavarnos las manos! Si será otra vez con sangre... Y siempre queda uno sin adivinar su pensamiento, y con la duda de si en el fondo el muy socarrón está o no porque den su golpe los asesinos... (Sale.) [209]

## Escena VII

Dichos, MANDEVILLE dando el brazo a MANUELA; después MARÍA JOSEFA.

ROSAS.- (Amablemente.) Me dirigía a felicitarle, señor Ministro, por la perfección con que se ha desempeñado...

MANDEVILLE.- (Devolviendo el cumplido.) Con tal elegante y distinguida compañera, no habría danzador novicio que no saliera airoso... (Saluda a MANUELA al separarse de ella. Ésta se aleja hacia la derecha, inquieta por ver llegar a MARÍA JOSEFA, que al fin



aparecerá, mientras los dos conversan de política.) Ante todo, Excelencia, permítame reiterarle mis sinceros parabienes por el brillo de estas fiestas doblemente conmemorativas.

ROSAS.- (Con mucha dignidad y empaque de jefe de Estado.) Gracias, señor Ministro y muy apreciado amigo. Sé todo lo que en las presentes circunstancias debemos a su gobierno, de cuyas vistas pacíficas tengo ahora testimonio fehaciente por la nota secreta que el mismo [210] mariscal Soult dirigió hace poco a su agente en Montevideo y que he logrado procurarme en el texto original.

MANDEVILLE.- (Con verdadera sorpresa.) ¿Es posible? Pica en extremo mi curiosidad esta noticia y me interesaría sobremanera...

(En este momento aparece MARÍA JOSEFA en la puerta de la derecha, cerca de donde MANUELA estaba en espera; las dos cambian el siguiente diálogo, mientras ROSAS refiere a MANDEVILLE la historia del documento substraído.)

MANUELA.- A toda costa, María Josefa, es necesario que ahora mismo converse con tatita. Quiero saber a qué atenerme antes que venga Jaime, para tomar un partido definitivo...

MARÍA JOSEFA.- Perdé cuidado; Juan Manuel no se irá de aquí sin oírme. (Siguen hablando en voz baja, en tanto continúa el diálogo de los dos hombres, ya perceptible para el público.)

ROSAS.- (Volviendo a su tono jovial y campechano.) Sí, mi querido Ministro; este escamoteo me cuesta diez mil pesos oro; pero no siento [211] el desembolso, que me deja informado sobre la actual orientación de la política francesa. Contemplo, pues, con serenidad el porvenir; y confío en que bastarán los seis meses de mi breve y recién renovado mandato, para someter a los rebeldes y entregar la república en paz a mi sucesor...

MANUELA.- (Aprovechando el momento para acercarse.) Señor Ministro, si ha terminado la conferencia, me tomaré la libertad, con permiso de tatita, de recordarle que hace un rato me avisó usted que algunos marinos de la división inglesa solicitaban serme presentados.

MANDEVILLE.- (Inclinándose y ofreciéndole el brazo.) Me es altamente satisfactorio de servir de intermediario para el favor que la señorita Manuela dispensa a mis compatriotas. (Se dirigen hacia la puerta del foro.)

ROSAS.- (Preparándose para seguirlos.) Pues, yo aprovecharé estos minutos para ir a charlar un rato con mis viejos amigos Terrero, Arana, Beláustegui y otros, en algún rincón tranquilo... (Al intentar salir se ve atajado por MARÍA JOSEFA; MANUELA se ha detenido en la puerta.) [212]

MARÍA JOSEFA.- Juan Manuel: necesito absolutamente que me escuches un momento...

ROSAS.- (Con mal humor.) Dejalo para más tarde o mañana; no estoy ahora para oír tus historias...

MANUELA.- (Dándose vuelta desde la puerta.) Yo conozco, tatita, las razones que tiene María Josefa para insistir, y créame (Con intención muy marcada.) nos importa a todos que la escuche...

ROSAS.- (Resignándose, después de unos segundos de vacilación.) Sea, pues; (A MARÍA JOSEFA.) te escucharé, con tal que no te alargues... (Salen MANDEVILLE y MANUELA.)

## Escena VIII

ROSAS, MARÍA JOSEFA.

MARÍA JOSEFA.- (Se expresa con un acento resuelto y cortante que hace contraste con su cháchara habitual.) [213] [Para concederme esta audiencia, Juan Manuel, a mí, hermana de tu Encarnación -¡tan sentida después de muerta!-] me has exigido ser breve. Te prometo que lo seré; y para no perder tiempo empiezo por decirte que Jaime Thompson, el prometido de tu hija...

ROSAS.- (Interrumpiéndola con una mezcla de asombro e irritación.) ¿Qué decís, mujer? ¿Estás loca?

MARÍA JOSEFA.- Vos sos quien ya empieza a alargar la plática con interrupciones destempladas. Continúo. Jaime Thompson, el novio de tu hija ya mayor de edad, se encuentra perseguido por una cuadrilla de la Mazorca; no quiero preguntarte si lo sabes - para no oírte contestar que lo ignoras,- y acaso sea verdad... Veo por tu semblante que te sorprende lo resuelto de mi lenguaje: [es que nunca, hasta ahora, había visto en peligro la felicidad de Manuelita]. El dolor de tu hija, la previsión de su desgracia, si ella no se resuelve, como se dice a cortar por lo sano: es lo que me da valor para desafiar tus iras. [214]

ROSAS.- (Más alarmado ya que iracundo.) ¡Manuela desgraciada, si no toma una resolución...! ¿Qué querés decir, María Josefa?

MARÍA JOSEFA.- Oíme: para salvar su vida amenazada, Jaime no tenía otro recurso que la fuga al extranjero. La realizará, sin que haya obstáculo que lo impida. Pero esta separación sin término destroza el alma de Manuelita, y debes temer algún partido extremo [que pudiera presentarse a su espíritu...]

ROSAS.- (En un arranque de furor da un paso hacia MARÍA JOSEFA.) ¡Tal vez el de seguir a su amante! ¿Y es el consejo que te atreverías a darle, miserable mujer?...

MARÍA JOSEFA.- (Que se encoge de hombros ante el gesto amenazador.) ¡Un amante! ¡Así te expresas, insultando a ese ángel! En ningún caso, no se trataría sino de un esposo. Por otra parte, ella no necesita aconsejarse de esta pobre vieja... Pero, ¿parece que no conocieras a tu hija?... [215]

ROSAS.- (Moviendo la cabeza, dominado ya por la situación.) Sí, que la conozco... Sé toda la firmeza de carácter que se oculta bajo su dulzura. Hace un año me amenazó con un abandono posible. Pero la razón, entonces, era su creencia en un atentado mío contra su Jaime. Hoy el caso es distinto... Viniendo a lo presente: ya que según tu propio dicho, Jaime no corre peligro, ¿qué es lo que en realidad pretende Manuela?

MARÍA JOSEFA.- Lo único que pide Manuela es no sufrir el dolor de esta separación... No se le escapa, en presencia de dos voluntades tan poco flexibles, lo difícil de llegar a un acuerdo. Con todo, entre las resistencias morales del uno y las conveniencias políticas del otro, no parece imposible una conciliación. Consistiría, según entiendo, en que los dejaras vivir separados de vos después del casamiento, quedando Jaime -y naturalmente también Manuela- sin contacto alguno con la persona del Dictador ni mucho menos con su partido... [216]

ROSAS.- (Con gravedad, después de una pausa.) La alternativa en que ustedes me ponen, María Josefa, es la de elegir entre la negación de mi causa y la ruina de mi hogar, entre el suicidio del gobernante y la agonía del padre. La disyuntiva es cruel. Con lo primero, la obra de mi vida entera es la que se vería gravemente comprometida, si no arruinada, por la actitud condenatoria de los llamados a ser sus primeros adeptos... Ahora (Con visible esfuerzo.) queda la otra solución, o sea la huida de mi hija al extranjero, espero que en tu compañía ¿no es así?

MARÍA JOSEFA.- (Sencillamente.) Es seguro que si Manuelita se decidiese por este partido, no la dejaría sola hasta después de casada.

ROSAS.- Se casaría, pues, en Montevideo, en el Brasil, en Europa, para vivir allá con su marido. Y mientras ellos saboreasen su colmada felicidad, edificada sobre los escombros de la mía, yo envejecería aquí, en el aislamiento helado de la omnipotencia, -hasta que un brazo criminal o un movimiento sedicioso diera cuenta de mi resto de vida... [217]

MARÍA JOSEFA.- No exageres; abundan en todas partes los ejemplos de hijas casadas contra la voluntad de sus padres y que, transcurrido algún tiempo, se reconcilian y viven en paz. Además, ¿por qué hablas de tu completa soledad? ¿No tienes a tu hijo Juan, a tus hermanas y sus niños? Te avendrás a reemplazar a la ausente con los presentes...

ROSAS.- (Sombrío.) Hablas lo que no sientes, María Josefa; bien sabés que Manuela representa para mí más que todos aquellos juntos. Ella es -era, tendré quizá que decir mañana (Su voz se altera.)- algo más que mi hija: es mi conciencia, mi salvaguardia, mi fuerza y supremo refugio; todo eso es lo que no me resigno a perder, porque nada lo reemplazaría. (Su voz se quebranta y desfallece, terminando en un ahogado sollozo mientras MARÍA JOSEFA se seca los ojos.) Andá, María Josefa: referile lo que estás presenciando; pero no digas a otros que has visto a Rosas próximo a llorar: que sería tema de mofa para mis enemigos...

(Se abre la puerta del foro y aparecen MANUELA y MANDEVILLE.) [218]

Escena IX

Dichos, MANDEVILLE, MANUELA.

MANDEVILLE.- (Inclinándose.) Mil gracias. Y ahora que está usted nuevamente instalada en su boudoir, me pongo a las órdenes de Su excelencia (A ROSAS.) para las otras presentaciones oficiales...

ROSAS.- (Que ha recobrado su serenidad.) Perfectamente, señor Ministro, vamos al punto, dejando que esta niña (Cruza con ella una mirada profunda.) reflexione con toda libertad.

(Salen juntos, y María Josefa corre vivamente a cerrar la puerta del foro y la mampara, para que no entre nadie más.)

Escena X

MARÍA JOSEFA, MANUELA.

MANUELA.- (Agitada, algo febril.) Está todo arreglado con Mandeville. Pero ya se acerca la hora y es tiempo de hacer la señal convenida. (Se arrima a la ventana y mira [219] al frente.). Hay luz en su cuarto. Veamos si está acechando. (Toma un candelabro encendido y lo levanta y baja como señal.) Contesta en la misma forma (Pausa.) Ya se apaga la luz: debe estar en marcha para venir aquí, [entrando por la puerta de la playa, donde lo espera mi negro fiel...]. Entretanto, referime tu entrevista con tatita. ¿En qué han quedado?

MARÍA JOSEFA.- No cede en su actitud con Jaime, no por aversión personal -más parece tenerle simpatía,- sino por razones políticas. No sale de la disyuntiva: franca adhesión de Jaime a la causa, o absoluta oposición al casamiento.

MANUELA.- (Lentamente.) ¡Ah! ¿Y no ha considerado que yo también podría plantear, como él dice, mi disyuntiva?

MARÍA JOSEFA.- De otra cosa no hemos hablado... Pues bien: ¿quieres que te diga, Manuelita? Esa explicación que empecé irritada por el empaque de tu padre, la terminé enternecida por la expresión desgarradora de su dolor, al [220] imaginar como posible... tu partida. Al verlo así de veras, me he conmovido...

MANUELA.- (Poniendo la mano en el corazón y dando un gran suspiro.) ¡Pobre tatita!...

(En medio del silencio doloroso, se abre bruscamente la puertita de la derecha, primer término, y aparece THOMPSON en el umbral.)

¡Al fin, Dios mío!... (Da un grito y corre radiante hacia él, olvidada de todo. Convulsivos apretones de manos, apenas contenidos por la presencia de MARÍA JOSEFA, hacia quien THOMPSON se dirige cariñosamente.)

Escena XI

Dichas, THOMPSON.

THOMPSON.- ¡Mi buena María Josefa! (Estrechándole la mano.) Siempre fiel y abnegada...

MANUELA.- ¡Nunca apreciará en lo que vale este corazón de oro! [221]

MARÍA JOSEFA.- Bueno; es otro mandamiento de Dios: no estorbar... Los dejo unos minutos, que mucho tienen que decirse. Voy a impedir que nadie venga a interrumpirlos. Pero unos minutos, no más; el tiempo apura. (Después de asegurar la puerta del foro, se va por la derecha, segundo término.)

Escena XII

MANUELA, THOMPSON.

(Éste, que ha dejado su capa en una silla, cerca de la puerta, aparece vestido de etiqueta, hecho un «fashionable» de Bond Street.)

MANUELA.- (Disimulando su emoción bajo el tono festivo.) Buenas noches. ¡Y qué elegante ha venido!.. (Con solicitud.) ¿No teme cruzar así la rada, a la intemperie?

THOMPSON.- (Sonriendo.) Como venía a un salón de fiesta y no sabiendo qué papel me tocaría desempeñar en [222] ella... Por lo demás no hay cuidado; envuelto en esa capa, he pasado más de una noche al raso, en Famatina.

MANUELA.- Hablemos de lo nuestro. [Ya que ¡gracias a Dios! ha logrado penetrar aquí sin tropiezo, cambiemos algunas palabras de suprema despedida.] ¡De nuestra triste y angustiosa separación, acaso eterna, sólo porque no quieren los que están en pugna ceder un punto de su rígida intransigencia!

THOMPSON.- (Suavemente.) No quiera Dios, Manuela, que mis últimas palabras hoy puedan herirla en sus más nobles sentimientos. No debo, en su presencia, volver a proferir queja alguna, si no es contra el bárbaro destino que opone a nuestra felicidad un obstáculo insalvable.

MANUELA.- ¿Por qué habría de ser insalvable? Hace menos de una hora, delante de María Josefa, tatita no se ha mostrado hostil a nuestra unión, siempre que usted consintiera en adherirse a su causa... ¡Oh! Jaime, amado mío, ¿le es de veras imposible hacerme la concesión de no tomar en cuenta esos extravíos o [223] excesos que acaso, sean el fruto de la barbarie más que de la perversidad? No le pido que abjure sus convicciones, sino que las reserve; que desvíe la vista de aquellas miserias, o de aquellas infamias, para sólo fijarla en el cuadro radiante de nuestra dicha ¡ay! tan distante, pudiendo ser tan próxima... Si es cierto que me ama, como lo dice y lo creo, ¿no me da este amor algún derecho para pedirle que le sacrifique algo de su noble rigorismo moral, ¡el que por cierto admiro, al deplorarlo! (A media voz, bajo un impulso irresistible.) ¿No lo merece tu Manuela, que durante cinco años, a través del tiempo y la distancia, te ha guardado su fe?

THOMPSON.- ¡Todo lo mereces, criatura adorable!... [Desde que volví a respirar el aire de la patria, sentí en torno mío tu protección tutelar, como parte de la influencia benéfica que esparces sobre el país entero]. Y cuando pienso que este tesoro de perfección pudo haberme sido destinado, siento subírseme del pecho a los labios una efusión de agradecimiento y ternura, fervorosa como un himno y dulce como una plegaria... (Pausa. MANUELA se ha sentado en el sofá y JAIME, inclinado hacia ella, la contempla; [224] sus manos se han juntado. Bruscamente, se abre la puerta de la derecha, primer plano, y aparece en el umbral ÁLVAREZ MONTES. MANUELA lanza un grito y se incorpora, en tanto que THOMPSON da un paso hacia el intruso.)

Escena XIII

Dichos, ÁLVAREZ MONTES.

ÁLVAREZ MONTES.- (Sin salvar el umbral, con sonrisa sardónica.) No quiero interrumpirlos: estoy enterado...

MANUELA.- (Deteniendo a THOMPSON.) No manche su mano tocando a ese mestizo. Luego haré que se castigue su insolencia.



(ÁLVAREZ MONTES ha desaparecido.)

#### Escena XIV

Dichos; menos ÁLVAREZ MONTES.

THOMPSON.- (Queda de pie.) La intrusión de ese villano nos vuelve a la realidad. Después de lo dicho, no necesito agregar, Manuela, que, orgulloso y agradecido, [225] le consagraría mi vida. Lo poco que soy y pueda valer, lo pongo a sus pies, mirándome satisfecho si se digna recogerlo. Todo lo que poseo es suyo y de todo puede disponer, menos de mi honor. Ahora bien: este honor viril -[y perdóneme, ángel mío, si, para justificar mi actitud, vuelvo a lastimar su piedad filial-] es el que me prohíbe amnistiar los crímenes que forman el programa y la historia cotidiana de este régimen de terror, de cuya persecución sólo por la fuga consigo preservarme...

MANUELA.- (Con amargura.) ¡Oh! ¡qué conclusión desconsoladora! ¡De suerte que su amor está pronto para cualquier sacrificio, excepto el que nos traería la felicidad!...

THOMPSON.- (Suavemente.) Sí, Manuela; mi honor de hombre -en el que no entra un átomo de odio ni de rencor- es el que opone a nuestra felicidad una valla más alta aún que la erigida por su amor filial ante la idea de dejar solo, en el hogar desierto, el que su santa ilusión de hija contempla exento de culpas si no de errores. Ahora bien: (Con acento insinuante.) ¿no quiere usted que cerremos tan penoso debate, [226] examinando juntos, con nuestros corazones leales, este angustioso trance de nuestro común destino, que es fuerza resolver sin dilación?

MANUELA.- Hable, mi Jaime: ante la inminente catástrofe que nos amenaza, estoy tan ansiosa como usted de conciliar mi amor con mi deber...

THOMPSON.- Yo no puedo quedar un día más en Buenos Aires, lo sabe usted mejor que yo. [Desafiar a la jauría mazorquera, azuzada por el que acaba de sorprendernos, no sería muestra de valor sino de insensatez. Para escapar con vida, tengo, pues, que valerme del ardid salvador que usted, mi ángel tutelar, ha discurrido.] Así las cosas, [y unidas como están nuestras almas por un vínculo indisoluble], ¿por qué he de partir solo? [¿Qué sentencia justa y fatal nos manda sacrificarnos en nombre de una convención que la misma ley positiva no siempre respeta, al fijar límites a la potestad paterna si se torna despótica? Su padre, Manuela, contra toda razón, se muestra implacable en negarnos su consentimiento; ¿por qué hemos de acatar, a costa de nuestra dicha, una imposición tan arbitraria? [227] Sí, después de un último esfuerzo, se estrellan en una obstinada negativa todas sus súplicas], ¿por qué no cruzaría usted, con María Josefa, el río de la Plata, para reunirse conmigo en Montevideo y celebrar allí nuestro matrimonio, en presencia de nuestros parientes y por cierto, con general aprobación de nuestros compatriotas y amigos?...

MANUELA.- (Soñadora, murmura algunas palabras ante el cuadro evocado.) Montevideo... sólo el río de por medio, tan cerca, que desde allá se divisa la patria.

THOMPSON.- (Persuasivo.) Sí, Manuela, un destierro tan cercano y, sin duda, tan breve que sería nuestro viaje de bodas, nuestra luna de miel iluminando un paraíso. (Se acerca a ella, que parece arrobada en la delicada visión, y al hablar, poco a poco la va enlazando en sus brazos.) Piensa en la delicia de nuestra unión allá, lejos del mundo, en la divina soledad, sin una nube en nuestro cielo, pues tu padre no soportaría mucho tiempo la tristeza de tu alejamiento y se avendría a perdonar sin condiciones... ¡Oh! consiente, amada mía, dame tu promesa, tú que nunca has mentido; dime que esta noche puedo partir [228] solo, pero lleno de júbilo, sabiendo que voy a preparar allá el nido de nuestro amor... (Pausa. Luego continúa, pero bajando de las alturas, sin sospechar que la insinuación «práctica» tendrá por efecto volver a MANUELA al terreno de la fría realidad.) Y acaso, para ahorrarte otra escena dolorosa, podrías embarcarte callada, dejando a tu padre una carta de explicación... (MANUELA, como recién despierta de su sueño, queda frunciendo el ceño, moviendo negativamente la cabeza.) ¿Pero, qué te pasa, en qué estás pensando?

MANUELA.- (Irguiéndose resueltamente.) ¡Yo, Manuela Rosas, huir de la casa paterna, ocultamente como una culpable!... No, no ¡¡eso no se verá!! ¡Rechazo una felicidad vergonzante, fundada en una fuga a hurtadillas! Lo que me propones, Jaime mío, no sería digno de nosotros; y por mi lado, lo miro impracticable: no porque me faltara resolución para seguirte en el destierro, confiada en tu lealtad, sino porque me sobra afecto a mi padre para asestarle este golpe terrible. Hablabas de su reciente entrevista con María Josefa: ¡ella te dirá cómo, ante la perspectiva de un posible abandono, ha visto a Rosas sollozar! Ante esta tortura de mi padre, no veo ya sino mi deber de hija; y ese deber, por doloroso que se presente, lo [229] acepto entero y lo cumpliré hasta el fin.

(Aparece MARÍA JOSEFA en la puerta de la derecha.)

Escena XV

Dichos, MARÍA JOSEFA, luego MANDEVILLE.

MARÍA JOSEFA.- (Sofocada por el notición que trae de carrera.) ¿Sabes, Manuela, lo que ocurre?

MANUELA.- ¿Qué hay?

MARÍA JOSEFA.- En la sala de fumar, ese truhán de Álvarez Montes se puso a contar, en alta voz, delante de un corrillo de jefes, que te había sorprendido en esta pieza reservada en compañía de Jaime Thompson, y con tales aspavientos mal intencionados que el mayor Jimeno le gritó ¡mentís!, dándole vuelta de un bofetón. Gran alboroto. Mansilla, superintendente de palacio, ha mandado arrestar a los dos oficiales, y está dando cuenta del hecho al Gobernador... ¿Qué vas a hacer? [230]

MANUELA.- (Conteniendo su indignación.) Luego verás...

(Aparece en la puerta de la derecha MANDEVILLE.)

MANDEVILLE.- Vengo a avisarles que ya están en la puerta de socorro los marineros del Acteon...

MANUELA.- (Con voz vibrante.) Gracias, señor Ministro, pero le pido algunos minutos de espera,

(Mandeville se inclina.)

y le diré para qué. Acabo de ser insultada cobardemente por un Álvarez Montes: una calumnia que está ya circulando por las salas de baile. Quiero, según acostumbro, hacer frente al ultraje con mi actitud. Voy a pedir a mi amigo de infancia, Jaime Thompson, a quien usted conoce y aprecia, que me ofrezca su brazo para dar juntos un breve paseo por los salones, y dejar confundida la maledicencia

MANDEVILLE.- (Con toda gentlemanship.) Me habían contado la villanía, y habría opinado porque usted la despreciara; pero ya [231] que opta por aplastar bajo el pie la araña venenosa, me concederá el honor de entrar a su lado para que atravesemos juntos el primer salón... (Así lo hacen, saliendo los tres por la puerta del fondo. Se oye la orquesta distante que principia el Minué federal de Esnaola, que seguirá tocando hasta el fin del acto.)

Escena XVI

MARÍA JOSEFA sola, después CORVALÁN y MANDEVILLE.

MARÍA JOSEFA.- La gente queda boquiabierta al paso de la pareja. ¡Y qué garbosa va! Sin que sospeche nadie que los novios ¡pobrecitos! están apurando su último trago de felicidad...

(Entra CORVALÁN.)

CORVALÁN.- Tan sólo una palabra, María Josefa. El incidente aquel despeja la situación. Arrestado Álvarez Montes, quedan sin órdenes los sayones que quizá habrían intentado estorbar [232] la salida. Aunque se hubieran estrellado en la pared de los marineros ingleses, mejor es evitar el incidente. La dejo. Me despediré de Jaime en la puerta de socorro. (Vase.)

MARÍA JOSEFA.- Vuelve el Ministro... (Retrocede hasta el proscenio. Entra MANDEVILLE.)

MANDEVILLE.- ¡Una hermosa y elegante pareja, doña María Josefa! Lástima que en la vida los negocios no se arreglen siempre a medida de los deseos y de las conveniencias, ¿no le parece?

MARÍA JOSEFA.- Ya le entiendo, señor Ministro; y demasiado preveo lo que van a sufrir Manuela y Jaime con esta separación. Pero él, en aquel torbellino europeo, ha de encontrar esparcimiento... La peor parte, como siempre, será para la que queda aquí, revolviendo su amargura, sin más consuelo que el de haber cumplido con su deber. [233]

MANDEVILLE.- (Disimulando cierta ironía interior.) Felizmente, el sujeto, sin duda, es digno de tal afecto...

MARÍA JOSEFA.- (Con toda convicción.) ¡Eh! ¡Ningún hombre es digno de tanta abnegación!... Así y todo mirando las cosas de arriba, quizá debamos felicitarnos por el... diré «desenlace»... Al cabo, sin Manuelita al lado, Juan Manuel y su gobierno serían un poco peores de lo que son... Pero allí vuelven los novios en agonía...

Escena XVII

Dichos, MANUELA, THOMPSON, después UN OFICIAL INGLÉS.

MANDEVILLE.- Sólo esperaba su vuelta para despedirme del señor Thompson. (A THOMPSON.) Todo está listo. El oficial inglés que le va a acompañar hasta el bote está esperando en ese pasadizo. (Señalando la puerta de la derecha, primer término.) De todo corazón le deseo a usted un feliz viaje y (Con intención.) un pronto retorno. [234]

THOMPSON.- Señor Ministro: no necesito protestarle a usted que le guardaré una gratitud eterna por el gran servicio que me está prestando. Espero volver a verle antes de mucho en Londres, para reiterarle esta expresión de mi reconocimiento; entre tanto, hago votos sinceros por su bienestar en mi país, donde tanto le aprecian... (Se dan un cordial apretón de manos. Se retira MANDEVILLE. A MARÍA JOSEFA:) Adiós, María Josefa, se la confío. (Le da un abrazo; y MARÍA JOSEFA, llorosa y discreta, se va a sentar en un sillón de espaldas al grupo, a la izquierda. THOMPSON y MANUELA quedan de pie, estrechadas las manos, mirándose un instante con indecible angustia.) Adiós, Manuela: no encuentro palabra que encierre mayor dulzura que tu solo nombre pronunciado. Un cruel destino nos separa; pero quizá esta ausencia no sea tan larga como la primera, a que nuestro amor supo resistir... [235]

MANUELA.- (Meneando tristemente la cabeza.) Entonces me sonreía la indefinida juventud. Ahora, con cada año que llegue, irá estrechándose más y más mi horizonte. Mientras allá, entre el placer y el estudio, el mundo te brinde distracción, si no completo olvido, yo me sentiré aquí, al paso del tiempo inexorable, invadida gradualmente por la vulgaridad del medio, contra el que, antes, una cara imagen bastaba a defenderme; y mi segunda juventud, desteñida como el recuerdo, habrá de parecerse cada vez menos a la primera iluminada de esperanza... Pero yo nunca olvidaré. Quedaré fiel a la engañosa ilusión que me forjé en las breves horas de tu presencia, [aunque muy caras las pague ahora con el dolor de tu partida...] ¡Adiós, mi Jaime, el Cielo te proteja!...

THOMPSON.- ¡Adiós, mi paraíso perdido!... [Quizá querrá la suerte reunirnos antes que sea tarde para transformar en una felicidad dos infortunios...] Esperemos: que esta palabra nos quede en el oído como el eco prolongado de la despedida, sellada (Con voz apenas [236] perceptible.) por el silencio doloroso y divino de nuestros labios juntos... (Se estrechan, dejando MANUELA caer su cabeza en el hombro de JAIME, mientras MARÍA JOSEFA se seca los ojos, tras de su sillón. Al fin, THOMPSON se arranca de MANUELA, que va a caer en el sofá vecino, y se dirige a la puerta de la derecha, donde se presenta EL OFICIAL INGLÉS, quien le hace la venia: When you please, sir... Desaparecen los dos en el instante en que MANUELA, por un impulso irresistible, se ha alzado, dando un paso y abriendo los brazos hacia el que ya no está. Vuelve a desplomarse en el sofá.)

## Escena XVIII

Dichos, menos THOMPSON y ROSAS.

ROSAS.- (Entra como un huracán, gritando desde la puerta.) Decime, Manuela, ¿qué escándalo es ese que has promovido esta noche?

MARÍA JOSEFA.- (Irguiéndose indignada.) El escándalo mayor es el que causas vos con el atropello salvaje, en momentos en que este ángel se está sacrificando... [237]

ROSAS.- (Comprendiendo después de un instante de estupor.) ¡Mi Niña querida!... (Se precipita hacia MANUELA que, inerte, abandona su cabeza al abrazo paterno. Cae lentamente el telón, entre los acordes, muy apagados, del Minué federal.)

FIN

---

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).